

EL ESCRITOR
Y EL FOMENTO
DE LA LECTURA



Sociedad de Escritores de Chile

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

Ubicación..... 10 M (095-2)
Año Ed. 1996- Copia
Registro Seaco. 16.3541
Registro Notis. AAT 1697-

BIBLIOTECA NACIONAL



0350536

AAJ 1697.-

SEMINARIO

EL ESCRITOR
Y EL FOMENTO DE
LA LECTURA

SEMINARIO
EL ESCRITOR
Y EL FOMENTO DE
LA LECTURA

POTENCIAS



ASOCIACIÓN DE ESCRITORES
DE CHILE

Santiago - 1994

Publicación realizada con el apoyo de
Cincoeta (Asociación
del Libro y la Lectura)

163541

**SEMINARIO
EL ESCRITOR Y EL FOMENTO DE LA LECTURA**

SOCIEDAD DE ESCRITORES DE CHILE

PRESIDENTA

INÉS VALENZUELA ÁRANCIBIA

SECRETARIO GENERAL

FERNANDO QUILODRÁN RODRÍGUEZ

COORDINADOR DEL SEMINARIO

RAMÓN DÍAZ ETEROVIC

COMISIÓN ORGANIZADORA

POLI DÉLANO

FERNANDO JEREZ

ESTEBAN NAVARRO

DIEGO MUÑOZ VALENZUELA

SECRETARÍA

MARÍA ESTER CÉSPEDES

PRODUCCIÓN Y PRENSA

CVC COMUNICACIONES

PATRICIA CORTEZ

MARÍA ELENA CORREA

GLORIA PÉREZ

ACTIVIDAD REALIZADA CON EL APOYO DE:

CONSEJO NACIONAL DE FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA

CENTRO CULTURAL DE ESPAÑA

EL ESCRITOR Y EL FOMENTO DEL LIBRO

La pérdida del hábito de lectura y el desplazamiento del libro del interés cultural de los chilenos son realidades que impulsaron a la Sociedad de Escritores de Chile a organizar el Seminario “El Escritor y el Fomento del Libro”, con la finalidad de analizar, desde la perspectiva de los autores, el estado actual de la lectura en Chile y proponer algunas iniciativas que profundicen el impacto del libro en los lectores.

El seminario se realizó con el apoyo del Consejo Nacional del Libro y la Lectura. Durante tres días –desde el 28 al 30 de septiembre de 1995– se reunieron escritores latinoamericanos con un significativo público compuesto por escritores, críticos, bibliotecarios, profesores y estudiantes de Santiago.

Mediante esta publicación, la Sociedad de Escritores de Chile quiere proyectar los contenidos del seminario, por cuanto ellos se entienden como un aporte para superar la crisis en el hábito de la lectura que hoy experimenta nuestro país, después de largos años de oscurantismo que obligan a extremar los esfuerzos por reconstruir el tejido cultural que nos caracterizaba como país, y tenía en la mayoría de sus habitantes, receptores activos y entusiastas.

La SECH agradece el apoyo otorgado por el Consejo Nacional del Libro y la Lectura, el Centro Cultural de España y la Dirección Regional Metropolitana del Ministerio de Educación. Asimismo, agradece a todos los escritores, críticos, periodistas, profesores y bibliotecólogos que participaron en los foros y actividades del seminario.

Ramón Díaz Eterovic
Coordinador

DISCURSOS DE INAUGURACION

Inés Valenzuela Arancibia
Presidenta Sociedad de Escritores de Chile

Hugo Montes Brunet
Presidente Consejo Nacional del Libro y la Lectura

Marcia Scantlerbury Elizalde
Jefa División de Cultura, Ministerio de Educación

Antonio Torres Dulce
Director Centro Cultural de España

LARGA VIDA AL LIBRO

Inés Valenzuela Arancibia

¿Cuánto puede influir el escritor en el fomento de la lectura? Pienso que no es mucho pero que debe hacerlo. Es posible que nuestro esfuerzo se una a los de otros sectores, organismos e instancias, con lo cual estaríamos cumpliendo un deber histórico o prolongando una lucha, una tarea de siglos, de milenios, en que poco a poco se fueron inventando y construyendo nuevos artificios hasta llegar al libro actual, que ahora se ve amenazado por una sociedad que le da vuelta la espalda.

Los orígenes del libro se pueden rastrear en los relatos orales que se realizaban en los albores de las civilizaciones mediterráneas. Eran recitaciones o cantos de poemas que tenían la extensión adecuada para ser dichas ante una audiencia única, en un solo lapso, lo que estaba condicionado por la memoria del narrador y la paciencia del público. Homero, seguramente, dijo la *Ilíada* y la *Odisea* en varias sesiones, vale decir, en varios tomos, dada la extensión de estas obras. La tarea prosiguió, no sin incomprendiones, hasta la invención de la escritura. En sus diálogos con Sócrates, Platón hace decir a un personaje, en el *Fedro* que: “este descubrimiento tuyo creará una tendencia al olvido en el alma del que aprende, pues no usará la memoria; confiará en los caracteres escritos externos y no recordará por sí mismo. Lo que has descubierto no es una ayuda para la memoria, si no para el recuerdo y no le das a tus discípulos la verdad, sino una representación de la verdad; oirán muchas cosas y no aprenderán nada; parecerán omniscientes y no sabrán nada; serán una compañía aburrida que aparenta sabiduría sin que ésta sea real”. No es aventurado suponer que Sócrates no dejó nada escrito debido a este recelo ante las letras.

En nuestros días han surgido otros poderosos enemigos de la lectura. Cohabitamos en un mundo que se ha transformado en una bolsa de comercio universal, en que domina, como en la época de las cavernas, la ley del más fuerte, que ya no pretende apoderarse del trozo de carne más grande, sino obtener el trozo de ganancia mayor en el menor tiempo posible. Paradójicamente se escriben libros que justifican y ensalzan esta bolsa universal, que puede dejar sin trabajo a millones de seres humanos en unos

cuantos días, incluso en pocas horas. En todas las contiendas existen traidores.

Hoy día todo se quiere transformar, dismantelar; privatizar lo que los pueblos han construido, incluyendo, claro está, las imprentas y las editoriales. La gran moda es ridiculizar y burlarse de todo lo que huelga a estatismo. Que sería de nuestras aporreadas sociedades sin el Estado, que algo amortigua la voracidad sin límites del lobo-empresario.

A partir de Gutemberg, la vida cotidiana que había estado gobernada por la memoria, pasaría a ser regida por la página impresa. Pero tuvo que perfeccionarse: al principio las páginas no tenían numeración, después fueron foliadas las páginas de la derecha con números romanos, posteriormente las de la izquierda, luego se cambiaron por los actuales números árabes. El gran salto del rollo de papiro al formato del libro, se realizó lentamente, pasando por etapas intermedias. La comodidad que significó este descubrimiento no siempre se aprecia debidamente. Los rollos se introducían en anaqueles horizontalmente y ocupaban mucho espacio, los libros en forma vertical con el título y el nombre del autor en el lomo, lo cual implicó nuevos descubrimientos. Los índices también significaron un gran avance que se realizó progresivamente. A fines del siglo XVIII todos los libros ya lucían un índice alfabético. El afán, la pasión por leer, que ahora amengua, tiene una larga e ilustre tradición. San Benito, que vivió entre el siglo V y VI, fundó muchos monasterios, todos los cuales debían tener una biblioteca. Se lanzaban maldiciones especiales contra los que mutilaban o robaban libros. Me pregunto si a los que piden libros prestados y no los devuelven les alcanzan estas maldiciones. Entre las reglas que estableció San Benito en sus monasterios había esta: "Durante la Cuaresma se dedicarán a leer desde la mañana hasta el final de la hora tercia, y durante estos días de Cuaresma, recibirán un libro de la biblioteca cada uno y lo leerán del principio al fin". Al parecer existían algunos monjes renuentes a leer enteros los libros. Un monje normando escribió en 1170 que "un monasterio sin biblioteca es como un castillo sin armería".

Y con respecto al rol del escritor, Alcuino, un monje inglés, que fue algo así como una especie de ministro de Cultura y de Educación de Carlomagno, afirmó que: "Escribir libro es mejor que plantar cepas, ya que

el que planta cepas está sirviendo a su estómago, pero el que escribe libros está sirviendo a su alma”. Y a propósito de Carlomagno, que aprendió a leer después de los 20 años, se apasionó tanto por este arte, que obligó a todas las catedrales de su imperio a que tuvieran en forma imprescindible, una biblioteca. Cada monasterio era su propia editorial. Siempre existía un monje provisto de escritorio, tinta y pergaminos. Era el editor.

En oriente también se desarrollaba una esforzada lucha por la escritura y el libro. P. Feng Tao, primer ministro del imperio central chino, en un informe entregado el año 932 al emperador señala: “Hemos visto hombres vendiendo libros impresos mediante bloques de madera. Había muchos textos diferentes. Si fuera posible revisar los clásicos y luego grabarlos en madera y publicarlos, se obtendría un gran beneficio para el estudio de la literatura”. Veinte años después fueron presentados al emperador ciento treinta volúmenes de diversos clásicos.

Era una inmensa tarea esculpir en bloques de madera todo un libro, pero a pesar de esta dificultad se publicaron una prodigiosa cantidad de ellos. Antes que finalizara el siglo X apareció la primera gran historia de las dinastías chinas, obra que ocupó varios cientos de volúmenes y que tardó 70 años en terminarse. El año 983 los budistas chinos editaron el Tripitaka, el canon budista completo, en 5.048 volúmenes con un total de 130 mil páginas, impresas cada una mediante un bloque de madera diferente. Los chinos fueron los primeros que crearon los caracteres móviles, los confeccionaron en barro cocido. Los coreanos, medio siglo antes de Gutemberg, inventaron los caracteres móviles de metal. La escritura china y la coreana tienen alrededor de 30 mil signos, en consecuencia se transformaba en un inmenso embrollo manejarlos con eficacia, lo que originó su pronto abandono y vuelta a la utilización de las páginas grabadas en bloques de madera que salían más baratas y sencillas de confeccionar y utilizar. En todo caso, la gran contribución china al libro y la lectura, fue la invención del papel, que reemplazó a los pergaminos que se fabricaban alizando cueros de ovejas, los que a su vez, a comienzos de la Edad Media, habían desplazado al papiro.

Sin duda el papel fue una contribución fundamental a la imprenta de Gutemberg, logrando la edición masiva de libros que penetraron a todos los

rincones del planeta, lo que originó una gigantesca expansión de la cultura. El irascible Tomás Carlyle dijo al respecto: "Gutenberg fue el primero en reducir el trabajo de los copistas mediante la invención de los tipos móviles lo que logró disolver ejércitos, destituir reyes y senadores y crear un mundo democrático nuevo".

Toda esta larga herencia de la humanidad está amenazada por una sociedad cada vez más consumista, cada vez más caótica. La brecha entre ricos y pobres se agranda, dejando a estos últimos en medio de un charco de carencias, entre las cuales, están la posibilidad de comprar libros, diarios, revistas, lo que genera el creciente analfabetismo por desuso. Comprar libros y leerlos debe transformarse en una gran campaña, como las luchas por mejoras económicas, por más bienestar, por abolir los experimentos atómicos, por la paz, contra la corrupción y el narcotráfico, porque los gobernantes cumplan sus promesas, por el derecho a respirar aire puro. Somos un país subdesarrollado al que ha llegado la modernidad y postmodernidad a través de los medios de comunicación masiva, los cuales han modificado nuestros hábitos de vestir, de comer, de beber, de divertirnos, de bailar, de escuchar música. Han enseñado a menospreciar o desconocer la belleza de las artes y de la lectura. Mientras más medios económicos se posee, más se modifica la idiosincrasia personal autóctona, incluso los paupérrimos aspiran a esa modificación o la imitan. La arquitectura moderna ha contribuido a este derrumbe: primero los departamentos recién construidos, expulsaron a los pianos pues no cabían. Ahora le tocó el turno a los estantes y armarios. Ya no se puede tener aunque sea una modesta biblioteca personal. No hay espacio.

Entre los elementos más conspicuos de nuestra postmodernidad se encuentra la televisión, que se ha caracterizado con razón, como la principal enemiga del libro. En realidad la televisión es un notable avance del hombre; produciría incalculables beneficios a la humanidad, a la educación, a la ética, al arte, a la cultura, al libro; que a través de su magia se podría promover la lectura. En nuestro país el escritor Antonio Skarmeta ha sido pionero en realizar un programa televisivo que promueve el libro y la lectura, no le ha ido mal. Pero una golondrina no hace verano. Se necesita que todos los canales, todos los días y a diferentes horas transmitan programas culturales. Pero los dueños de los canales argumentan que el público no se interesa por

estos programas. Si se transmite uno los televidentes cambian de canal, baja la audiencia, en consecuencia baja el avisaje.

Una vez más se comprueba que maravillosos descubrimientos del hombre que podrían utilizarse para forjar una sociedad superior, que supiera apreciar la alegría y la belleza; comprender el dolor y la solidaridad, y llevarla a conductas acordes con un verdadero humanismo, se frustran por la compra y venta en el mercado de bienes, servicios y almas, en este "capitalismo salvaje". Los libros y sus lecturas han impulsado en forma esencial todas las disciplinas del conocimiento, de la cultura, de la filosofía; permitiendo sentar teorías, ideologías; abriendo caminos para discrepar, concordar, volver a discrepar, nuevamente concordar y discrepar, así hasta ahora y ojalá para siempre. A veces, ocurren paréntesis, suceden cuando llegan los que no ojean libros sino que manejan ametralladoras y fusiles, pero estos artefactos no tiene alma como tampoco los que apretan el gatillo. Pero tales extraños interlocutores, que producen hoyos negros en la cultura, siempre han sido transitorios. En todo caso, a nosotros los escritores, nos corresponde esta misión insoslayable, ineludible. No sólo la acción a través de los libros, sino acción directa como la que estamos realizando en este momento, aún cuando su gravitación sea pequeña; posiblemente a un plazo muy largo podrían originar cambios importantes. Posiblemente la solución básica venga por otro rumbo, el del cambio de la estructura social, por el establecimiento de una sociedad más justa, más tolerante, más democrática en lo político y en lo económico; que otorgue a todos, hombres y mujeres sin excepción, la posibilidad necesaria de un desarrollo y realización plena dentro de un humanismo también pleno, en que el libro cumpla su papel esencial, como lo quería Pablo Neruda en su Oda al Libro: *"libro/oculto/de bolsillo,/lámpara clandestina,/ estrella roja./ Nosotros los poetas/ caminantes/ exploramos/ el mundo,/ en cada puerta/ nos recibió la vida,/participamos/ en la lucha terrestre./ ¿Cuál fue nuestra victoria?/ Un libro/un libro lleno/de contactos humanos,/de camisas,/un libro/ sin soledad, con hombres/ y herramientas,/ un libro/es la victoria./ Vive y cae/como todos los frutos,/ no sólo tiene luz,/ no sólo tiene/sombra,/se apaga,/ se deshoja,/se pierde/ entre las calles/se desploma en la tierra./Libro de poesía/de mañana,/otra vez vuelve/ a tener nieve y musgo/ en tus páginas/ para que las pisadas o los ojos/ vayan grabando/ huellas;/ de nuevo/describenos el mundo,/ los manantiales/ entre*

la espesura,/ las altas arboledas,/los planetas/polares,/ y el hombre/ en los caminos,/ en los nuevos caminos,/ avanzando/ en la selva,/en el agua,/ en el cielo,/ en la desnuda soledad marina,/ el hombre descubriendo/ los últimos secretos,/el hombre/ regresando/ con un libro,/el cazador de vuelta/con un libro,/el campesino arando/con un libro.”

Tenemos que revertir el proceso, en vez de leer menos, leer más. En vez de tirajes de 500 libros, tirajes de 2.000, de 5.000, de 10.000. Algunas décadas atrás, cuando éramos la mitad de la población de ahora, los tirajes eran iguales o mayores que hoy día. Al chileno hay que pagarle mejor para que pueda comprar libros. Y no hacerlo trabajar 12 o 14 horas diarias para que tenga tiempo de leer. Hay que cambiar la ruta, de lo contrario llegaremos al estado que describe Ray Bradbury en “Fahrenheit 451” sobre una sociedad del porvenir super tecnificada, en que los libros son considerados inútiles y dañinos por lo tanto quemados. Los que leían a escondidas eran perseguidos y castigados. Quienes están a cargo de esta tarea y de lanzar los libros a las llamas era los bomberos. Un pequeñísimo grupo logra aprender de memoria los mejores libros escritos a lo largo de la historia de la humanidad. Se refugian en lo más recóndito de los bosques y se recitan unos a otros estas grandes obras de la literatura universal. Lógicamente, también a Homero. Vuelve así la Ilíada y la Odisea a ser dicha oralmente. ¡Qué no nos pase a nosotros! ¡Larga vida al libro!

LA LECTURA COMO ALGO LÚDICO

Hugo Montes Brunet

El Consejo Nacional del Libro y la Lectura no podía estar ausente en esta noche. El Consejo, nacido hace poco tiempo, no más de dos años, nació precisamente, y en gran manera, con el auspicio, con el apoyo, con la presencia inteligente y tesonera de la SECh. Cuenta con la presencia de dos directores que representan a la SECh, y es lógico que sea así porque cómo vamos a fomentar la lectura, cómo vamos a fomentar la presencia del libro sin los escritores. Y no hay sociedad más genuinamente representativa de nosotros, los escritores chilenos, que la SECh.

¿Qué puedo decir yo? Salvo desear el buen éxito y el mejor destino a estos tres días de trabajo. Mas, como una reflexión personal, nacida de mi experiencia como escritor, y principalmente, como profesor, desearía decir algo muy simple: que cada vez existan menos elementos entorpecedores entre el libro y el lector. Y no pienso sólo en cosas económicas. Pienso en otro aspecto. Digo que soy profesor y tengo que declarar un pecado que no sé si en otros países ocurre. Y es que los profesores hemos levantado, a veces sin querer, quizás con muy buena intención, una verdadera muralla entre el lector, sobre todo el lector adolescente, el lector niño y a veces el lector adulto, y el libro. Esa muralla consiste en muchas teorías literarias, en muchos términos, ideas, argumentos, temas, sin los cuales no sería posible entender el libro, y a veces los escritores se han entregado un poquito a ésto, y más o menos inconscientemente, en parte a lo menos, escriben en términos de que las teorías, no es cierto, sean bien apreciadas en aquellos libros que ellos están escribiendo. Yo imagino a Pérez Galdós sin tener noción de los anales galdonianos que iban a nacer después de su muerte. Y a Cervantes sin noción de tantos anales cervantinos. Y no creo que Goethe, con toda su sabiduría, haya escrito para los críticos del Fausto. El escribió para nadie. Escribió más bien porque no podía dejar de escribir. Porque tenía una vida interior. Tenía una plenitud, un mensaje que dar y que se derramaba hacia los demás.

Yo creo que tenemos que recuperar, no es lo único, pero pienso precisamente en las masas de lectores, el placer de la lectura. La lectura como algo lúdico, la lectura como algo gratuito y la lectura conversacional,

la lectura grata, la lectura importante, porque lo lúdico es muy importante, es tremendamente sano el juego de los niños y de los grandes porque por desgracia muchas veces nos estamos olvidando de jugar, y perdonen la frase, pero quiero decir algo bien simple y es que hemos tenido que recuperar el carácter entretenido de la lectura. No abaratándola, porque El Quijote es muy entretenido y Homero es muy entretenido. La cosa es saber leer y yo diría y recupero lo que escuché recién, saber escuchar. Porque los libros no fueron escritos, sino fueron dichos primigeniamente, y consiguientemente, fueron escuchados y no fueron leídos. Y el taller, que hoy en día reaparece; y estos aparatos electrónicos que nos permiten conservar y reproducir la voz. Y las canciones de Antonio Machado o de Rodríguez o de los que se quiera, cómo nos están dando la mano dentro de esta línea, el encuentro directo del lector co-creador, del lector re-creador y re-creado con este autor que está recreando y que está haciendo que los demás se enriquezcan con su propia creación.

Y yo quisiera hacer votos para que realmente recuperemos esa fuerza, verdad, del escrito y antes del escrito. Jesús no escribió ni una sola palabra. Sócrates no escribió ni una sola palabra. De la palabra escuchada, de la palabra recogida, pero la palabra que llegó a través de la tradición y normalmente a través del libro hoy ni siquiera al oído. Al corazón de las persona. De una, de dos o de las muchedumbres. Todos. En definitiva, de los hombres que tienen buen corazón para escuchar.

EL LIBRO, INSTRUMENTO CULTURAL PRIVILEGIADO

Marcia Scantlerbury Elizalde

En días recientes, el Ministerio de Hacienda informaba al país sobre los significativos avances experimentados por la economía nacional en los últimos meses. Esto hacía prever un importante crecimiento anual de más de un 7% para este país. Este y otros indicadores llevan a los analistas optimistas a considerar muy exitosa la situación de Chile y a enfrentar con un gran optimismo los desafíos de la modernidad. Pero simultáneamente en estos días me correspondió anunciar los resultados de la encuesta sobre el comportamiento lector de las chilenas y chilenos. Esta fue realizada por la Cámara Chilena del Libro y el Instituto Nacional de Estadísticas, con el financiamiento del Consejo Nacional del Libro y la Lectura. Y de estas conductas allí detectadas se desprende otra mirada totalmente diferente sobre este país nuestro, sobre Chile. Porque esta vez no se trata de estadísticas de exportaciones ni de crecimiento del producto general bruto. No se trata de cifras que se refieran a capacidad emprendedora ni al éxito económico de este pequeño jaguar del fin de mundo. Esta pequeña encuesta se refiere a la valoración y cercanía de la población chilena al libro, instrumento cultural privilegiado que reúne la riqueza de la producción intelectual y de la imaginación humana.

Lo grave es que en este sondeo hemos confirmado nuestras intuiciones: los chilenos y chilenas tenemos un comportamiento lector que deja mucho que desear, sobretudo en lo que al libro se refiere. Más aún, es preocupante que la razón más importante de acercamiento al libro en nuestro país sea la búsqueda de información sólo para el estudio y perfeccionamiento profesional. La implacable lógica de la eficiencia y el éxito en este campo se impone también en el ámbito del libro. Entonces, la literatura, tan importante en el desarrollo de la imaginación y la representación de otras realidades posibles y el conocimiento de otras culturas, ha ido perdiendo su relevancia para nuestro público lector, y estamos arriesgando seriamente las posibilidades de avanzar hacia una sociedad más humanitaria, imaginativa, autocrítica y transformadora.

El seminario que hoy se inaugura, estoy muy cierta, será una

contribución fundamental a las políticas para el fomento de la lectura y el libro en que está empeñado el Estado, a través del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, y la División de Cultura del Ministerio de Educación. Abordando temas relevantes en este ámbito, con expositores de amplia experiencia y desde la perspectiva particular de los escritores, la Sociedad de Escritores de Chile ha demostrado su voluntad para asumir con seriedad este gran desafío cultural. Por esto, sólo quiero expresar nuestro sincero agradecimiento por esta iniciativa y desearles mucho éxito.

SALUDO DEL CENTRO CULTURAL DE ESPAÑA

Antonio Torres Dulce

Supone para este Centro una enorme satisfacción el recibirlos en el mismo, con ocasión de la inauguración del Seminario El Escritor y el Fomento de la Lectura organizado por la Sociedad de Escritores de Chile y patrocinado por el Consejo Nacional de Fomento al Libro y la Lectura. No en vano, España es la quinta potencia mundial en lo que a edición de libros se refiere, con cerca de cincuenta mil títulos producidos anualmente.

No es de extrañar por ello, que todo cuanto se refiera al fomento del libro y la lectura sea una de las principales actividades exteriores del gobierno español. Así, en 1993 se celebró en Santiago de Chile, y organizado por el Ministerio de Cultura de España, la Muestra Letras de España, que daba una panorámica sobre la producción literaria española actual. En 1994 fue el momento de la literatura científica española como protagonista de la muestra Saberes de España, que recorrió diversas universidades y organismos de este país. Asimismo, la presencia de autores españoles en las distintas Ferias Internacionales del Libro de Santiago, es ya habitual e importante.

Sin embargo, subsisten problemas que son comunes en todos los países, que hacen que este panorama no sea todo lo optimista que pudiese ser. Problemas como la posición indirecta sobre los libros, el tan criticado IVA, la posibilidad de poder establecer un premio fijo que evite la discriminación de las zonas rurales y la necesidad de adaptarse a las nuevas tecnologías emergentes, como es el caso del soporte electrónico del libro, los ya famosos CD ROM, son asuntos que preocupan tanto a autores como editores, y que resultan en un acceso más fácil del público al libro, y por consiguiente, en un incremento de la lectura. De ahí la oportunidad de la celebración de este seminario, que sin duda tratará sobre estos temas en vísperas de un acontecimiento de tal magnitud como es el Salón Internacional del Libro Latinoamericano Rotatorio, gran cita de los editores latinoamericanos, y, posteriormente, una nueva versión de la Feria Internacional del Libro de Santiago de Chile. Por todo ello, les deseo mucho éxito en sus deliberaciones y felicito a la Sociedad de Escritores de Chile por esta iniciativa.

¿EL LIBRO EN CRISIS? :
INICIATIVAS PARA LA PROMOCION
DEL HABITO DE LA LECTURA

Moderador

Fernando Quilodrán

Participantes

Jaime Valdivieso

(Chile)

Clara Budnik

(Chile)

Mempo Giardinelli

(Argentina)

Wolfgang Montes

(Bolivia)

Poli Délano

(Chile)

COLOQUIO SOBRE INCENTIVO A LA LECTURA

Jaime Valdivieso

Quisiera referirme a dos cosas más generales primero y luego entrar a otras más concretas.

Uno no puede dejar de preguntarse que pasó en determinado momento con nuestro buen nivel de lectura. Chile gracias a don Andrés Bello y a los exiliados argentinos como don Domingo Faustino Sarmiento y a los chilenos Lastarria y Benjamín Vicuña Mackenna, fue un país que se distinguió por su promoción cultural desde el Estado. Esto sirvió posteriormente para que una temprana y fuerte clase media le diera todo el prestigio, pues la clase alta dominante no se distinguió, salvo sus hijos rebeldes y ariscos, por su afición a las letras y al arte. Esta se distinguió siempre por sus extensas haciendas y su capacidad para conservar el poder. ¿Qué pasó? Especulamos. Vino el Golpe, el brusco cambio de economía, el desprestigio del Estado y esa clase se hizo tecnócrata, empresarial, consumista, ávida de éxito y consumo y perdió su tradición y afición por la cultura.

No cabe duda que este desinterés por la lectura demostrado con cifras muy claras por el Instituto Nacional de Estadísticas: el 43% de la población no lee habitualmente, sólo el 8% compró libros en los últimos tres meses y en casi un 25% de los hogares no hay ni un solo libro, es el reflejo de la degradación general que produce una economía de mercado, donde todos los medios de comunicación están al servicio del desarrollo del hombre externo. Por primera vez en la historia, tanto de oriente como de occidente presenciamos que la concepción de la formación del hombre ha cambiado de signo: ahora el soporte del hombre se haya afuera y es esto lo que se incentiva: ya no es el crecimiento hacia adentro, el espiritual lo que cuenta. Por lo tanto, todos los estímulos están dirigidos hacia este fin externo, light, y en este fin la lectura no cuenta.

Pero el otro es el que se refiere a la manera como podemos hacer algo por incentivar en medio de este Páramo Salvaje (nombre de la novela de María Elena Gerdner). Y esto tiene que ver creo con uno de los problemas más importantes que enfrentamos los que aún nos creemos de izquierda:

como enfrentar la modernidad. Pues en este mundo en que todo se acerca, se aproxima, se unifica, gracias a la revolución tecnológica, y en que la tecnología pareciera apropiarse y exigir una sola concepción ideológica y economicista del mundo, continúa habiendo una diferencia entre la izquierda y la derecha. Se trata de ver de qué manera nos apropiamos de la modernidad y traemos sus aguas a nuestro molino. Nosotros y creo que la mayoría de los aquí presentes, seguimos pensando que el destino humano se relaciona con su crecimiento interior: con mayor educación, mayor salud, posibilidad de trabajo, y por lo tanto, mayor lectura y cultura. Y desde luego con un mayor y más sabio papel del Estado. En el Chile de hoy vemos mayor preocupación por aumentar el presupuesto de las Fuerzas Armadas que el de Educación, y su departamento que tiene que ver directamente con la lectura: la Dirección Nacional de Bibliotecas, Archivos y Museos. Si no hay plata para comprar libros, al menos contar con ellos en las bibliotecas de cada comuna e incentivar estas lecturas. Otro medio es la televisión. Contamos con un programa, pero no es suficiente, le cabe el mérito a Skarmeta haber iniciado este programa, pero hace falta otro, con menos imágenes y más libros. No creo que sea aburrido un programa en que se entreviste a un par de escritores complementado con imágenes de su infancia, su medio de trabajo, sus lecturas, sus amores y fobias. Fondart debería incentivar proyectos de programas literarios relacionados con la vida, la tradición, los talleres, la hechura de libros, las librerías, la distribución y la actualidad literaria.

Otra forma de incentivar, me parece, también tiene que ver con el Estado. Y en esto le rindo un homenaje al notable escritor y pensador chileno, Luis Oyarzún. Se trata de llevar a los escritores a los liceos y a las provincias. Debería existir un puesto en el Ministerio de Educación de lector. Es decir, un par de escritores que viajara por el país durante un año conectándose con los profesores y alumnos de los liceos. Nada estimula más, como ya se ha hecho en ciertos establecimientos, que la presencia del escritor en una sala de clase.

DE LA BIBLIOTECA AL NIÑO

Clara Budnik

Lugar de encuentro, de amor, ternura, odio, miedo, conocimiento, magia, nostalgia, alegría, ilusiones, placer, terror, información, imaginación, pasión, tristezas, recuerdos, silencio, sueños, vida. Una, algunas, muchas, todas estas sensaciones y muchas otras sentimos cuando nos encontramos con aquel objeto grande o pequeño, simple o complejo, de ogros, brujas, príncipes, hadas, gnomos, garzas, elefantes, gatos, enanos y gigantes, como también de amor, aventura, ciencia, fantasía, juegos, ficción, troquelados, con música, olores y sabores, tan simplemente llamado: libro.

Biblioteca: lugar de encuentro de muchos libros, películas, vídeos, discos, casetes, láminas, cuadros, juegos, muñecos, colores, canastos, cojines, baúles, luces, encanto, música, poesía, con muchos niños, todos distintos: libros y niños. Encuentro en un lugar único del pequeño lector, del “loco bajito”, con un mundo nuevo. Tal vez nosotros, adultos, trabajadores del libro con los niños, podamos colaborar en el encuentro mágico de un niño con el libro. Es en ese momento de encuentro de donde puede surgir el lector que tantas veces nos hemos planteado. El que disfruta, el que goza, el que llegará a ser adulto lector porque tuvo el privilegio de encontrar el encanto de la lectura. Seamos pues, generosos, entreguemos lo mejor que tenemos, nuestro profundo cariño, amor, solidaridad para ayudar a formar a través de estos encuentros a un pequeño que pronto, muy pronto será adulto y que queremos se convierta en un hombre creativo, crítico, participativo, capaz de tomar sus propias decisiones y que cada vez sea más hombre en el más complejo y profundo sentido de lo que esta palabra significa.

Problema difícil, especialmente en nuestra cultura en que incluso, sus hombres mejor dotados se encuentran desorientados, sin saber donde volver su mirada.

Una sociedad que sólo invita al consumo. Una sociedad que ha hecho de los centros comerciales su lugar de encuentro. Una sociedad que ha olvidado las plazas y los parques. Una sociedad que ha separado a sus mejores hombres en dos arquetipos prácticamente irreconciliables: los técnicos, por un lado, y los humanistas por otro y entre ambos un abismo. Un gran abismo

que crece a medida que aumenta el campo de acción de cada una de estas divisiones. Ahora bien: ¿cómo se puede construir un puente entre ambas, de manera que se integren y aprovechen en común sus recursos?

Si acudimos al pensamiento del escritor inglés C.P. Snow, nos dirá que “sólo hay una salida para todo esto: repensar nuestra educación”. Es decir demostrar que la verdadera cultura no puede obtenerse por parcialidades y que, por consiguiente, todo especialista, sin menoscabo de su especialidad, debe tener una idea amplia del mundo que lo rodea, rico en otras especialidades no menos importantes que la suya. Será la única manera que no se pierdan grandes hombres que, si bien trabajan con pasión, saben que su actividad no da un sentido real y profundo a su propia vida. Y, además, hacer que este profesional pueda comprender su sentido “humano”, conocer a los otros hombres, tener conciencia de su responsabilidad con respecto al destino de los demás, comunicarse con ellos con amor y dedicación; tener confianza ilimitada en estos hombres, en su inteligencia, en su poder de transformación del mundo y de creación de una vida nueva. Es el paso “del horizonte de uno solo, al horizonte de todos”, según la inmortal fórmula de Paul Eluard.

Nosotros, trabajadores del libro, trabajadores con los niños, con los adultos, a veces en un espacio llamado biblioteca, necesitamos de innumerables condiciones. No me atrevería a decir que podamos cumplir con todas. Intentemos señalar las que nos parecen indispensables para que logremos ser los trabajadores que puedan lograr producir ese encuentro del niño y la lectura.

Creemos, que ante todo, las condiciones morales son indispensables. Debemos tener siempre presente que tanto el bibliotecario, como el profesor son, trabajadores sociales que, por lo tanto necesitan de mucho esfuerzo, abnegación, afabilidad, y que para ello no basta amar los libros. Esta es la cualidad de un bibliófilo. Para ser un buen enlace entre niño y libro hay que desear, además, compartir con otros, los placeres de la lectura y ayudarlos para que obtengan de los libros lo más rico de ellos. Debemos, también, conservar nuestro entusiasmo continuo y ser fiel a nuestro ideal. Tener una gran honestidad intelectual, amor a la verdad. Debemos estar abierto a las

sugerencias y observaciones de los demás. No concebimos un trabajo que no sea en equipo y, por lo tanto, quien forma parte de un equipo o quien trabajando solo trabaja para otros, debe ser lo suficientemente generoso para dar a conocer sus conquistas, como también abierto a recibir las opiniones de los demás. Esto afecta al orgullo y a la modestia. El profesional que trabaja con el niño y el libro debe ser un hombre profundamente modesto.

Hemos hablado del lugar llamado biblioteca, del niño, de aquella persona que hace de nexo en este espacio entre libro y niño. ¿Habrá llegado el momento de pensar en qué libros, para qué niños? Conversemos un poco al respecto. Años de experiencia en bibliotecas, en comités de selección, en trabajo en equipo, en muchas lecturas sobre qué deben leer los niños, me hace aventurar una proposición distinta a la que tuve toda una vida. Toda buena literatura será siempre buena en el más amplio sentido de la palabra para algún lector. Cada vez creo menos en que un libro sea para una edad determinada. Hay niños morenos y rubios, tranquilos e inquietos, dóciles y difíciles, con muchas ambiciones y con no tantas, con expectativas de vida diferente, con padres distintos, con experiencias disímiles, con hermanos y sin hermanos, con abuelos y sin ellos, que viven en el campo o en la ciudad, que quieren los animales o que los temen. ¿Cómo podemos nosotros, adultos, con experiencias múltiples, determinar exactamente qué y para quién?

Entonces, ¿qué hacer? Sólo nos queda leer mucho, saber distinguir entre la buena literatura de la que no lo es, y aquella que es buena ponerla a disposición de nuestros usuarios. ¿Cómo? En ese lugar del que hablamos anteriormente: atractivo, de luz, color, amor, y nosotros con todas aquellas características que señalamos, tratando de ser el nexo entre esos mundos distintos y complejos de autor y lector.

Hay muchos cómo. Tal vez el primero, el básico es tener la mayor variedad de libros buenos de muchas formas, colores, tipos, contenidos. Libros ilustrados, animados, troquelados, con imágenes, con textura, con sonido, con olores; libros juegos, historietas, adivinanzas, libros para aprender a contar, abecedarios ilustrados, cuentos fantásticos y maravillosos, fábulas, entre otros. Entre esa gran variedad, un niño, un joven, tendrá la posibilidad de encontrar alguno que sea el *suyo* y tal vez muchos *suyos*.

Naturalmente, estos libros deberán estar en una estantería abierta que permita el contacto físico del libro y lector. Es difícil imaginar que un niño pueda entusiasmarse con un libro si antes tiene que cruzar aquella gigantesca barrera llamada catálogo. El libro hay que tocarlo, olerlo, sentirlo, mirarlo y empezar a quererlo. Para los “locos bajitos”, estanterías bajas, canastos, cajas, baúles llenos de colores y porqué no, dinosaurios que permitan sacar de sus entrañas libros y más libros. Alfombras y cojines que les permitan viajar al País de las Maravillas, como Alicia pudo hacerlo gracias a Carroll. ¿Pero sólo el formato tradicional del libro? Por supuesto que no. También soportes diferentes al papel: diskettes, CD Rom y juegos, muchos juegos. Música, mucha música. Películas, buenas películas, encuentro del niño con los autores, talleres en busca de nuevos valores y encuentro del niño con aquellos que ya hace un tiempo dejaron de serlo, los viejos, los queridos viejos. Aquello que hoy día llamamos gente de la tercera edad. Los que hoy pueden reemplazar a los tradicionales abuelos. A la abuela de cofia y anteojos, al abuelo “de un pasito, otro pasito”. ¿Por qué no usar este espacio privilegiado que hemos denominado biblioteca como lugar de encuentro entre aquellos que están tan cerca y aparentemente tan lejos, como son los niños y los viejos, utilizar este lugar como puente entre generaciones? Utilizar este lugar para que caminando por este puente entre generaciones recuperemos la historia no escrita. Esa historia reciente o no tanto, que en nuestros países no se ha escrito, no se quiere escribir y sin embargo es tan necesaria para que nuestros niños y jóvenes y por qué no, nosotros, podamos entender algo de este mundo cambiante, nuevo y viejo al mismo tiempo, pleno de incertidumbre y casi dispuesto a sepultarnos entre cemento, esmog, incomprensión e individualismo.

¿En qué cofre o en qué computador hoy, bajo que seguro invulnerable están depositados los pensamientos individuales del ser humano, creador privilegiado, o el sentir entero de un pueblo en un determinado momento de cualquier siglo, de cualquier año; dónde consta la alegría, la desesperación, la euforia, el grito desgarrado, imperceptible a veces, otras no, de cada momento, minuto o segundo de la historia?

Es un fenómeno riquísimo y complejo, como de nunca acabar, éste de la memoria colectiva, sus variantes, perfiles e infinito caudal. La poesía

es caudal, también refrán, cancionero: el alma del juglar y su verbo al viento. Trabajémosla en ese lugar de encuentro: la biblioteca. Estamos en nuestras bibliotecas planteándonos estos archivos: el rincón de la memoria. De la biblioteca al niño, del niño a la biblioteca, de la familia al niño, del niño a la familia, estas formas y muchas otras. Rompamos esquemas, hagamos las cosas con amor, solidaridad, dedicación, creatividad y así estableceremos el puente de oro: biblioteca-niño.

Y tal vez, para multiplicar ideas, crear espacios, abrir perspectivas, averiguar nuevas cosas, recordemos con Rimbaud que “sólo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres”. Y con ardiente paciencia vale la pena escuchar lo que dicen algunas tribus amazónicas:

Cuidemos la tierra. No nos pertenece. Le pertenece a nuestros niños.

Debemos entregárselas mejor de lo que la recibimos.

Y con ella, debemos entregar las palabras que nombran todo lo que existe en el Universo. Y con las palabras, el valor de la vida.

EL LIBRO EN CRISIS

Mempo Giardinelli

Aquí se propone hablar de “el libro en crisis”, para que juntos elaboremos “iniciativas para la promoción del hábito de la lectura”. Muy bien, pero si vamos a hablar de crisis, primero admitamos que siempre el trabajo intelectual ha sido ejercido en medio de grandes crisis. De modo que lo abrumador de nuestro tiempo no es que estemos en crisis, porque en América Latina siempre hemos estado en crisis, por lo menos desde hace 503 años... Pero lo que ahora sí es nuevo, es el tamaño. Nunca el mundo ha vivido una crisis como la de ahora. No sé cómo estén aquí en Chile; pero sé que en mi querido México y en otros países, las cosas están tremendas: políticamente mareados, económicamente destruidos, socialmente condenados a la injusticia, el embrutecimiento y la violencia más atroces. Esta crisis inmensurable no deja aspecto sin tocar, e incluso es tremenda en materia libresca, que es lo que aquí nos convoca.

Les voy a dar algunos datos de mi país, que son sencillamente para llorar: el analfabetismo en Argentina ha crecido de manera alarmante: si hace 20 años prácticamente estaba eliminado, en febrero del año pasado el gobierno admitió que el 23,6% de los argentinos mayores de 24 años no sabía leer ni escribir. La producción de libros argentinos, que en 1953 era de más de 50 millones de ejemplares, cayó a sólo 12 millones al salir de la dictadura en 1983. Pero en 1993 todavía no se recuperaba: fue de 42 millones de ejemplares, pero el 25% de esa producción es falsamente argentina pues se imprimió fuera del país. Los títulos publicados en 1993 son 10.542, contra más de 11.000 en 1953 y sólo 2.500 al salir de la dictadura en 1983. La lectura, obviamente, cae en la pendiente siguiendo esos avatares: si en 1953 se calculaban 2,8 libros por habitante/año, cuarenta años después hemos bajado a sólo 1,2 libros por habitante/año. Y así una encuesta de la semana pasada reveló que ocho de cada diez maestros van enfermos a trabajar, por miedo a perder el plus salarial por ausentismo; el 24% de las maestras ha perdido un embarazo; y alrededor del 40% sufre de angustia, insomnio o desconcentración.

Poco más, poco menos, supongo que cualquiera de nuestros países

podría mostrar similares estadísticas... Pero la paradoja del mundo actual es tan grande que esto se produce en momentos en que la revolución tecnológica alcanza niveles impensados, tan extraordinarios que dejan a Julio Verne chiquitito. Y es que ahora nos enfrentamos a uno de los más grandes desafíos de la humanidad, una revolución que para algunos es mayor que la de Gutenberg: me refiero al libro inmaterial, el libro-pantalla, el video-libro o libro electrónico. Mi experiencia con la computación, en la que trabajo desde hace diez años, y ahora con el correo electrónico, me indica que lo que nunca se acaba ni acabará es la necesidad de archivar y, por ende, de leer. De hecho el viejo principio romano *res verba volam* es el que impone la necesidad de que uno deba siempre aprehender las ideas, las palabras, para no dejarlas volar. Esa necesidad de fijarlas garantiza que la lectura continúe siendo el mejor medio de aprendizaje y de formación de la cultura de toda persona. Con la aparición del texto electrónico, para archivar a veces hay que formatear verdaderos libros que uno puede imprimir o no, pero que siempre son saber y memoria virtual, flotante.

¿Dónde radica entonces, el gran debate pendiente de la cuestión informática? Respuesta: en que el texto electrónico produce cambios técnicos, pero también modifica la manera de leer y afecta la costumbre de leer. Es la lectura misma la que resulta afectada, y ahí radica, en mi opinión, la verdadera crisis del libro a esta altura del fin del siglo y del milenio. Por lo tanto, como tampoco es cuestión de bajar los brazos, sostengo que es mejor comprender el fenómeno, para pensar de qué modo puede ser realmente útil a lo que verdaderamente nos importa y convoca: el crecimiento intelectual de nuestra sociedad, el desarrollo de las armas que nos permitan combatir el embrutecimiento de nuestras gentes.

Un historiador del libro, Henri-Jean Martin, sostiene que: “el libro ya no ejerce más el poder que ha sido suyo, ya no es más el amo de nuestros razonamientos o de nuestros sentimientos frente a los nuevos medios de información y comunicación de los que a partir de ahora disponemos”. A partir de tan apocalíptica idea, en un fascinante artículo titulado “¿Una extravagante felicidad?”, el especialista en la historia del libro y la lectura de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, Roger Chartier, propone un debate interesantísimo alrededor de esta cuestión, que yo creo

que también conviene plantear en este foro.

La idea de que el libro, tal como materialmente lo conocemos, ha perdido todo su poder, plantea de hecho una revolución, que está siendo temida por muchos y alentada por otros, como sucede con todas las revoluciones. Esta consiste - dice Chartier - en "la transformación radical de las modalidades de producción, de transmisión y de recepción de lo escrito". Naturalmente - e insisto en esto -, la lectura será siempre el modo de acceder a todo conocimiento, aunque esté domiciliado en una pantalla: y esto no deja de ser tranquilizador frente a las visiones apocalípticas. Quiero decir: el ser humano, para su crecimiento intelectual, seguirá necesitando de la lectura. Aun frente al ordenador hay que leer, y todavía no hay otro modo de producción que la escritura, ni otro modo de transmisión que la lectura.

Pero, lo que sí cambia completamente es lo que yo llamaría la residencia del texto, y su democratización. Estamos acostumbrados a encontrar los textos en libros, revistas, periódicos; pero ahora empiezan a tener su domicilio en una pantalla. Es decir: así como hace 15 siglos pasamos del códice al libro manuscrito, y hace 5 siglos de éste al libro impreso (y en ambos teníamos un cuerpo sólido, una materia con un formato dado, un esquema de organización, y una lógica sucesión de hojas y páginas) ahora el libro electrónico obliga a leer en una pantalla.

No sé si esta sea una revolución mayor que la de Gutenberg en el Siglo XV, como pretende Chartier. Pero sí es cierto que estamos en presencia de una revolución igualmente inquietante y capaz de cambiar no sólo el pensamiento sino incluso el modo de pensar de ahora en adelante. Cuando Gutenberg inventó la imprenta de tipos móviles prensables (la cual permitía la reproducción infinita de los textos y la producción de libros en serie) la lectura oral en voz alta que requería el códice manuscrito dio paso a la lectura silenciosa, visual e íntima que hemos conocido y amado en estos últimos siglos, y también abrió el camino para la conversación y la propiedad de los libros.

El libro electrónico va más allá - aunque pueda sonar espantoso para algunos - y revoluciona incluso la organización del texto, su estructura, el

acceso y hasta la redacción, que perfectamente puede pasar a ser colectiva, modificada arbitrariamente, o bien adecuada a y por cada lector. Este es uno de los aspectos más impactantes y yo creo - y tómenlo sólo como una hipótesis para estas jornadas - que todavía no terminamos de advertir lo que esto significa.

Chartier señala con razón que “la revolución del texto electrónico no es solamente una revolución técnica sino también una revolución de la lectura”. Y es que la representación electrónica de los textos, en tanto íconos, letras flotantes en la pantalla, y con la fascinante pero a la vez pavorosa posibilidad de modificación *a piacere*, convierte al texto en una inmaterialidad. La materia que llamamos libro deja de existir, y lo que existe es un brillo que titila y que podemos leer aunque no tenga domicilio, fijación, propiedad ni corporeidad.

Le voy a poner en un ejemplo: dentro de 30 años el hijo de mi hija quiere leer *Don Quijote de la Mancha* y recurre a la computadora que le pone el texto en la pantalla. Pero sucede que a alguien (sus padres, un censor, un chistoso de la red mundial, cualquiera) le pareció que no era conveniente que ese chico leyera este o aquel capítulo (entonces lo suprimió) y en cambio quiso subrayar este o aquel episodio, a los cuales pudo reescribir o modificar a su antojo... Pero hay otro ejemplo mucho más cercano: supongamos que la última novela de Ramón Díaz-Eterovic le plantea reparos ideológicos, morales o de necesidad de olvido al programador de *Nadie sabe más que los muertos* en CD-Rom. Entonces, sencillamente elimina fragmentos, cambia situaciones, altera diálogos y modifica radicalmente la trama. La novela da la vuelta al mundo en la versión que se lee en CD-Rom, y ni el mismo Díaz-Eterovic sabe qué están leyendo sus lectores...

Como apunta Chartier, la representación electrónica de los textos “opone a las relaciones de contigüidad establecidas en el objeto impreso la libre composición de fragmentos manipulables indefinidamente; a la aprehensión inmediata de la obra, hecha visible por el libro que la contiene, hace que le sucedan archipiélagos textuales en movimiento”. Por eso dice más adelante que “la revolución iniciada es, ante todo, una revolución de los soportes y las formas que transmiten lo escrito”.

Es obvio que todo esto significa nuevos modos de escritura y nuevas formas de lectura. Porque estamos en presencia de “fragmentos manipulables indefinidamente” y de “archipiélagos textuales en movimiento”.

Es claro que yo no creo, ni me parece que lo crean Martin y Chartier, que estemos en presencia de la defunción del libro. Quede claro, por favor, que en esta ponencia no se está augurando la muerte del libro. En absoluto. Y cualquiera que sostenga que el amor a los libros tal y como hoy los conocemos y nos gusta leer, y quien sostenga que el placer de los libros no tiene por qué morir, y que preferimos seguir leyendo con el volumen en nuestras manos, en la noche, calentitos y a la luz de la lámpara, tiene razón y mi acuerdo completo...

Eppur si muove, como diría Galileo. Y no podemos tapar el cilo con un dedo: el libro electrónico ya es un hecho, es parte de la cultura del presente y lo será más y más en el futuro. Claro está que no necesariamente, ni apocalípticamente, van a ser sustituidos nuestros libros, esos hermanos amorosos que nos dan la posibilidad de la anotación, de la acotación al margen, del subrayado y el recorte, la cita y el comentario, el doblar y el salto de páginas, en fin, el placer íntimo de volver a la página sabia cada vez que lo deseamos con sólo recurrir al anaquel donde nos espera su saber. Pretender que eso morirá - como auguran los tecnócratas a ultranza - es como pretender que se acabará el romanticismo.

Pero nosotros tenemos el deber de saber que el texto electrónico también permite todo eso. Si escribiéramos el elogio del papel diríamos que lo amamos porque puede ser cortado, doblado, guardado en bolsillos o en sobres, lavado, escondido, fotocopiado, reciclado, reescrito, dibujado, tachado, manchado, hecho un bollo, desenrollado, recuperado y no sé qué más... Pues bien, con el texto electrónico se puede hacer exactamente lo mismo y hasta más fácilmente y más velozmente. Y es que lo que está cambiando es la forma de representación: para nosotros el libro es un objetivo material; para muchos niños ya no tanto; y para los estudiantes e investigadores - es decir los lectores - de mañana y a muchos de hoy mismo, el libro es una información. Es un título a buscar en el inmensurable menú de las computadoras, donde pueden hacer todo lo mismo que hacíamos y todavía hacemos nosotros, los bibliófilos.

La pregunta es, entonces: pero si es lo mismo, ¿realmente se cambia la relación del lector con el libro; y cómo?

Chartier dice que el cambio se debe a que “el libro impreso reduce estrechamente las posibles intervenciones del lector en el texto”. El objeto le impone su forma, su estructura, sus espacios, y el lector sólo puede ocupar, clandestinamente, márgenes y áreas en blanco. En cambio en el texto electrónico el lector puede hacer lo que quiera (anotarlo, moverlo, copiarlo, difundirlo con sus comentarios, fragmentarlo) y hasta puede llegar a convertirse en coautor. Por ejemplo: un tipo que simplemente combinara fragmentos y párrafos de todas las críticas académicas y todas las investigaciones realizadas sobre *El libro de arena*, de Borges, estaría de hecho escribiendo un nuevo libro sobre *El libro de arena* de Borges. Y mediante los sistemas de traducción simultánea que cualquier computadora tiene, inmediatamente este tipo puede despachar a la autopista informática “su propio libro”, y en el idioma de cualquier lector.

Desde luego, al igual que en los casos que ejemplifiqué anteriormente, el límite es solamente ético. Lo cual, convengamos, en estos tiempos es obviamente gravísimo.

Como es evidente, a breve plazo todo esto reformulará un montón de conceptos muy caros a nosotros: el copyright, la titularidad de los derechos de autor, los derechos de traducción, estarán cuestionados. Y no sólo eso: dado el ejemplo anterior es obvio que la noción de originalidad también habrá cambiado, como cambiarán cuestiones jurídicas (el depósito legal, por caso) o bibliotecológicas como las formas de catalogación y clasificación, etc.

Vaya revolución. Que ahora, por fortuna y dentro de todo, por lo menos podemos pensar, reflexionar, cuestionar y advertir. Porque en tiempos de Gutenberg todo fue fáctico: el buen alemán ni siquiera patentó su invento que ya un par de años toda Europa estaba plagada de imprentas, pero hubo que esperar casi cinco siglos para que se comenzara la reflexión sistemática sobre su invento. Y hay otra cuestión más que también cambia revolucionariamente el acceso a los libros, su democratización. La

comunicación a distancia permite (teórica y ya bastante concretamente) que cualquier lector pueda llegar a cualquier libro, esté donde esté. Es como realizar el sueño de tener la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos (esa Alejandría de este fin de milenio) al alcance de nuestra mano en nuestro escritorio. Y es que todos los textos del mundo están siendo transferidos a formas electrónicas, lo cual ya está permitiendo la universalización del patrimonio bibliográfico. Y si además le sumamos los servicios *interloan*, es decir la red electrónica inter-bibliotecas que nos permite pedir en Buenos Aires lo que tiene México, y a México lo que tiene Texas, y a Texas lo que tiene Estocolmo y así siguiendo..., cualquiera puede llegar a leer cualquier texto, cualquiera sea su forma, su idioma y su localización bibliográfica. Esto es lo que Chartier llama "una extravagante felicidad".

Pero también hay que decir que esa felicidad es muy peligrosa. Porque por este camino - insisto - el límite es solamente ético, y en un par de generaciones y con que metan mano algunos centenares de lectores electrónicos, podríamos asistir al cambalache libresco más fenomenal, en el cual el *Martín Fierro* y el *Fausto*, el *Quijote* y *Crimen y Castigo* podrían acabar siendo una misma masa textual difusa.

Quizá aquí radica la única garantía de sobrevivencia de los libros tal como los conocemos, leemos y amamos. Seguirán siendo fuente, verdad escrita y asentada, censo del pasado y de la historia, constancia del saber original, testimonio del talento. Por eso las bibliotecas han de seguir su labor de atesoramiento, por eso los acervos bibliográficos seguirán siendo importantes. Y yo diría: cada vez más importantes. Porque allí se guardará el orden de los textos que ha leído y seguirá leyendo la humanidad. Y esto es válido tanto para los grandes institutos como para los lectores privados, los bibliófilos que cada vez somos menos y más raros, casi como filatelistas capaces de emocionarse con la humilde posesión de simples pedazos de papel.

Escribir, hoy y siempre, es vivir. Escribimos para no morirnos, decía Juanito Rulfo, escribimos para existir, para seguir respirando. Parfraseándolo, podríamos decir que leer también es vivir, y que los que vivimos leyendo leemos para vivir mejor.

Entonces, ¿qué podemos hacer para mejorar los hábitos de lectura? ¿Cómo contribuimos a que la gente lea más y mejor? Con o sin revolución informática, y mientras el lobo no esté, propongo estas ideas elementales:

—Desde luego, escribir bien, clarito y clarificado como decía José Bianco. Pensar en el lector, que es lo que primero enseñé a mis alumnos. Pensar en el pobrecito y desvalido y solitario lector que nos hace el favor de leernos y encima suele pagar por ello. Esto implica, para mí, combatir cierta enfermedad crítica, prosopopéyica, retórica, críptica o excesivamente semiótica (si quieren pueden pensar en alguna esdrújula más) que rompe el pavimento de la lectura y lo enripia tanto.

—También por supuesto, si vivimos en países donde el Estado todavía existe y cumple más o menos con sus funciones, hay que aportar ideas para que se mejoren los presupuestos y el uso de esos presupuestos. En el caso de la Argentina, debo confesar, con vergüenza, que ya prácticamente no tenemos Estado, y que sobre todo en materia cultural vivimos en un desierto. Más allá de la buena voluntad de alguno que otro funcionario, la verdad es que el Estado menemista no es otra cosa que un campo de negocios, sobre todo para favorecer a parientes y amigos, a la manera de un califato que va camino de convertirse en la narcorepública que en mi opinión ya estamos siendo. Desde Sarmiento hemos tenido leyes extraordinarias, pero el menemato ya las ha revertido: primero se cambió la de educación obligatoria, laica y gratuita, y ahora acaban de parir una Ley de Educación Superior que acaba con la gratuidad y con la autonomía universitaria.

—Hay que fomentar la lectura casera, pero como ejemplo. Los chicos leen si los grandes leen; y si los grandes son idiotizados por el televisor, los chicos irremisiblemente también lo serán. De ahí la importancia de la existencia de modestas bibliotecas en cada casa. Y de ahí la importancia de que nosotros, escritores, sepamos ayudar a las bibliotecas de nuestros barrios, nuestras ciudades.

Posiblemente haya muchas otras cosas para hacer, pero a mí me pareció pertinente separar por lo menos estos tres planos: el personal del escritor; el colectivo del Estado; y el social del ciudadano. Y creí conveniente

detenerme en esta disquisición cibernética sobre los modos de representación, producción y circulación del libro, porque, de hecho, es el futuro que ya tenemos encima, y porque estoy convencido de tres cosas que he procurado dejar en claro en esta oportunidad:

–que la lectura no ha muerto ni morirá, porque la historia de la humanidad es también la historia de su literatura, y la historia de la literatura es la historia de la lectura;

–que los viejos, convencionales y entrañables libros de páginas que se ajan y amarillean con los años son la verdadera fuente de todo saber y el mejor testimonio de los logros de la Especie;

–y que sin embargo los avances tecnológicos son revolucionarios e implacables, y mejor que rechazarlos es comprenderlos.

DE LA CRISIS DE LA UNIVERSIDAD A LA CRISIS DEL LIBRO

Wolfango Montes

Poco después de la Segunda Guerra Mundial, en París, el periódico *Action* publicó una pesquisa sobre un tema extraño: ¿es necesario quemar a Kafka? Se vivía bien próximo a una época en la que condenaron a las llamas a millares de libros. Naturalmente que el resultado fue positivo, no se debería quemar a Kafka. Sólo existe un detalle, faltó una opinión importante, la del propio autor, de Franz Kafka, que como ustedes saben votaría para que lanzaran sus libros a las llamas. Doy ese ejemplo para demostrar que es peligroso preguntar a los escritores sobre ciertos temas. Felizmente, dudo que algún escritor latinoamericano condenara su obra o los libros en general a la destrucción, somos fabricados con una materia diferente, y uno de los objetos de esta charla es enfatizar las diferencias.

Uno de los temas recurrentes de la cultura de este siglo es la crisis de la Civilización Occidental. Desde Spengler hasta nuestros días surgen profetas o analistas que la diagnostican. Uno de los autores que trató sobre este tema y me fue útil para mejor entenderlo fue Allan Blom. El estudia la crisis de la cultura a través del análisis de la crisis de la universidad. Universidades que desde la década del 70 han visto la aparición de un ejemplar de estudiante nuevo: el joven inculto, una nueva especie, la del bárbaro de la era de la computación. Jóvenes sin ningún interés intelectual, obsesionados por vencer en sus profesiones, que ignoran incluso la existencia de una atmósfera cultural. Ellos ingresan a universidades muy diferentes de las del pasado, que eran verdaderas ciudadelas de la cultura, ahora inscriben a instituciones en las cuales, por la complejidad del saber contemporáneo, las ciencias ya no presentan frentes comunes sino que se encuentran fragmentadas en departamentos divididos y sin ninguna relación uno con el otro. Universidades en las cuales no existe ninguna noción de lo que sería el ser humano cultivado y donde ni siquiera se coloca esta cuestión en debate. El único camino que ofrecen es el de la especialidad; en esas instituciones, preocuparse por aumentar la cultura provocaría un caos. En estas circunstancias, los jóvenes optan por las profesiones liberales, carreras como medicina, derecho, administración, periodismo y otras, que no tienen ninguna relación directa con las humanidades; incluso se puede decir que un bagaje de cultura en

ciertas profesiones puede ser un inconveniente. Naturalmente que esta situación tiene relación con la evolución histórica de los últimos años, con la separación de las ciencias de las letras. Un movimiento que quizá se originó hace unos dos siglos y que concluyó en nuestro tiempo. Recuérdese que los grandes científicos del siglo pasado eran hombres de inmensa cultura, que a pesar de su dedicación científica admiraban la cultura y bebían de ella, buscando en la literatura y en las artes inspiración para su trabajo científico. Uno de los últimos hombres de esa especie fue Gregorio Marañón. El nos demostró como debería ser el hombre completo, en ese modelo renacentista. Ahora la especie no produce ejemplares de ese género, es posible, que si alguna mutación los formara ellos no conseguirían realizarse, porque las universidades le sofocarían el crecimiento, impedirían su desarrollo, en ese hábitat desagregado en compartimientos aislados, inconexos, fríos y científicos.

Esa nueva generación reacia a la cultura es un verdadero desafío. Y una de las causas de ese desdén por los libros es que nadie cree que los viejos libros contengan la verdad. Se recomienda su lectura más por conocimiento que por necesidad. Están engavetados como fósiles, y quien nunca los abrió puede pensar que esas páginas contienen apenas infinito aburrimiento. Si a este desprestigio de las letras se suma el asalto de la televisión a todas las casas veremos que está muy amenazada la posibilidad de una vida superior, de criterios propios e independiente. Y lo peor es que esto ocurre en una época en que altos porcentajes de la clase media tiene acceso a la educación superior. Educación superior que no les está proporcionando más sabiduría que a sus antepasados incultos, porque un ingeniero civil no habrá recibido mayor cantidad de conocimientos de ética, política, historia o sociología que la más ignorante de las personas. Muchos de mis colegas médicos no llegan a tener la sabiduría de un curita del altiplano de hace 50 años; pero sucede que ese curita leía su Biblia, que de cierta forma le compendia una visión del mundo que le posibilitaba ayudar a su grey; pero mi colega médico es posible que lea *Visión*, *Playboy* y *Mecánica Popular*, publicaciones que no le proporcionan ninguna respuesta para los problemas vitales del ser humano; y al contrario, sencillamente los trivializan. Es necesario aclarar que Bloom estudió esta crisis en las universidades norteamericanas, y si el retrato se asemeja a las nuestras es porque desde la década del setenta hubo una imitación directa de los métodos

universitarios norteamericanos en sudamérica; por lo menos así lo vi en Bolivia y Brasil. Ignoro la situación en Chile.

Allan Bloom al analizar esta situación extrema que vivimos busca las causas y las encuentra en: la evolución del conocimiento que al valorar el aspecto científico y al crecer monstruosamente ha desdeñado las humanidades y torna muy difícil una síntesis de saberes; acusa también de la crisis a la propia evolución de las ideas liberales, a la pérdida de valores que vive el mundo occidental, a la aparición del especialista que hace que, una persona que estudie por ejemplo a Sócrates, sólo pueda hacerlo después de aprender griego, y de comparar, disecar y momificar la obra del gran filósofo. También acusa al relativismo cultural y de valores que vivimos que hace que consideremos todo igual, todo nivelado, las diferencias entre el bien y el mal ya no están tan definidas; la propia revolución sexual trivializó el amor al punto que en este momento para muchas personas resulta difícil entender los vaivenes de la pasión de una Madame Bovary o de Ana Karenina, siendo que los substitutos modernos de ellos como lo que se observa en la película "Kramer versus Kramer", están muy lejos de profundizar en los recovecos y el horror de las pasiones sexuales. Y esa banalidad puede elevarse a la décima potencia si repasamos películas contemporáneas que tratan de pasión, como "Propuesta indecente".

El mensaje de Bloom es claro y dramático. Al alejarnos de la lectura estamos dejando de lado lo mejor de la cultura. Los hombres pueden vivir de forma más plena paciando en el prado de los clásicos, Cervantes o Shakespeare, porque el contacto con estos espíritus nos hace participar de los problemas esenciales y nos hace olvidar de nuestra existencia accidental. Por suerte los libros aún existen y tenemos la capacidad de conservarlos. Para ello es necesario hacer este examen general de la cultura. Cultura que quizá necesita una transfusión de sangre, porque si pensamos en aquellos que están encargados de estimular la lectura como los profesores de letras o literatura, se ve que los pobrecitos están en una situación imposible. Ellos son los predicadores del ocio y de la belleza en un mundo utilitario. Entran a sus aulas con las manos llenas de libros y los lectores están desapareciendo. Imagino la desesperación que sentirán aquellos profesores que aún creen en su misión, porque aquellos que se convencieron de la inutilidad de su labor

tienen apenas que hacer de cuenta que enseñan.

Esa es la situación de la Crisis de la Sociedad Occidental. Y cuando topé con la enormidad de la tarea, cuando constaté que el problema de la lectura es apenas un síntoma de una enfermedad más general me asusté, y también desconfié si no había presunción en tratar este problema, si no deberíamos dejar a la Antigua Europa, que resolviera esta cuestión. Pero después dando una mirada a mi entorno percibí que este asunto era una espina que nos estaba espoleando aquí en iberoamérica: en menos de una semana, leí tres noticias sobre el asunto en periódicos de Porto Alegre. Desde la inauguración de un congreso brasileño que trataba del asunto hasta estadísticas sobre la disminución de la venta de libros. El problema nos incumbe en latinoamérica, quizá más que a los europeos. En suma, del sentimiento de que quizá en latinoamérica deberíamos tratar otros problemas aparentemente más urgentes que el de la lectura giré hasta la convicción de que nosotros somos los llamados a debatir el asunto. Llegué a la conclusión casi delirante de que los iberoamericanos somos los herederos de la cultura occidental, por esta pasión nuestra misión es la de salvarla.

Quien me proporcionó la base teórica para esta súbita megalomanía fue el historiador norteamericano Richard Morse. En una obra intitulada "El espejo de Próspero" compara Estados Unidos con Iberoamérica y retrocediendo hasta la Edad Media en busca de las influencias históricas llega a la conclusión de que ambos lados del continente son consecuencia y producto de dos tendencias de la cultura occidental. Por un lado la tendencia liberal, que transitando por el camino del protestanismo, los pensadores económicos ingleses y otros teóricos desembocó en la actual situación neoliberal que hace parte de nuestra presente circunstancia histórica; por el otro lado, la tendencia neoescolástica de España, que desde el siglo XVI no sólo tiñó el pensamiento ibérico sino también el de sus colonias, línea de pensamiento y cosmovisión que salva gran parte de la herencia grecoromana en la cultura. Por cuestiones de economía tendré que resumir el citado libro, y transformar páginas de argumentación en mojones sencillos y escuetos que marquen nuestro camino, ya que la situación es mucho más compleja, y al resumir se simplifica; lo importante es que se observen la existencia de las dos tendencias, ambas conflictivas, ambas dos ríos afluentes de la misma

cultura; además de pensar que ellas perviven y nos afectan en el momento presente.

En este final del siglo XX, se observa que el liberalismo al eliminar las concepciones metafísicas de la personalidad individual y al someterlo a la definición racional del interés privado debilitó la conciencia e individualidad de las personas contemporáneas, proporcionándoles, en lugar de una personalidad viva, curiosa e indagadora, un ego encogido, que olvidó el uso de las funciones intelectuales otrora capaces de hacerlo trascender su posición en la realidad. Es tan grande el deterioro de la personalidad en occidente que muchas personas juzgan que es mala educación decir "yo", al mismo tiempo que todos los síntomas de la llamada decadencia del mundo occidental en realidad expresan la decadencia de esa parte del mundo.

En Iberoamérica, por otro lado, hemos tenido siempre esa ilusión de que debemos enrolarnos a la tradición occidental, es decir a esa tradición liberal; y en el momento parece que la cuestión es otra, es la de descubrir si esa integración es posible, si por designio, (y tal vez por mal o por bien), no somos diferentes e impenetrables a esas influencias. Porque la tendencia ha sido ver a iberoamérica no como una cultura autóctona sino como atrasada, como obsoleta. La opinión de Morse es que iberoamérica no es obsoleta sino que desde el siglo XVI tomó un camino diferente que le impide desembocar en el tipo de desenlace profetizado por Nietzsche, Spengler y otros. "Iberoamérica tiene su propia cultura, que en realidad es más profundamente occidental que la de los países del norte". Sin embargo, hemos adaptado modelos que vienen del norte, desde los supermercados hasta las universidades-supermercados; pero por detrás de ese barniz artificial se siente correr sangre vigorosa y moverse músculos que poseen gran tensión. Los iberoamericanos vivimos en un mundo rico, en el que pluralismo (que es una de nuestras características) nos hizo conocer en la época republicana tantas tendencias ideológicas como la cultura occidental creó: desde el rousseaunismo, el positivismo, anarquismo, marxismo, liberalismo, hemos ensayado todos los trajes, en cuanto norteamérica fue monocorde. Morse piensa que en la mente profunda de los iberoamericanos, aún de aquellos más desposeídos, existe un mapa sugestivo y amplio de la sociedad, que jamás será instalado en la mente de los norteamericanos, porque ellos están

demasiado autorreferenciados. Esa amplitud de criterios, esa visión más universal, más expansiva, es la herencia neo-ecolástica que perfila nuestras vidas. Cuando leí estas argumentaciones de Morse recordé que Miguel de Unamuno había dicho algo semejante cuando creó el término intrahistoria, en contraposición a la historia exterior; bella teoría en la que opone a la historia caótica, por momentos tan mediocre y confusa de los iberos, la existencia de una corriente interior de visión del universo, de personalidad, de tendencias, creencias y mitos que nos torna superiores, o para usar un término más psicológico, un inconsciente colectivo lleno de posibilidades, donde cargamos virtualmente escondidas las alternativas más ricas que la civilización occidental pueda dar. Como ejemplo de las dos tendencias, Morse compara dos personajes de la literatura contemporánea: a K, de Kafka, con el Coronel, de "El coronel no tiene quien le escriba" de García Márquez. Ambos están soportando la presión de la burocracia moderna, de un mundo monstruoso que nos devora, pero entre los dos: el coronel está en mejores condiciones de resistir que K. El coronel en lugar de construirse delirios ideológicos usa estrategias a largo plazo, tomadas de actitudes que no le disminuyen su personalidad; en contraste con el infeliz K. El coronel tiene un inconsciente colectivo o una intrahistoria, viril y capaz de soportar vejámenes con sentido de dignidad. Somos diferentes de nuestros vecinos del norte, y esa diferencia está acentuando nuestras virtudes. Eso ya lo comprobó el peruano Mariátegui, quien después de unos años en Europa concluyó que la diferencia no es una carencia sino una superioridad. La realidad es dura pero podemos vencerla. Quizá de esas vivencias de Mariátegui sacó su famoso lema: "pesimismo de la realidad, optimismo de la acción".

En resumen: la disminución del número de lectores, la aparición del universitario que no lee, el bajo nivel cultural del mundo en esta proximidad al siglo XXI son síntomas de una crisis profunda de la llamada civilización occidental, crisis que nos incumbe a todos. Con la variante de que en iberoamérica tenemos mejores condiciones de enfrentarla, porque no estamos profundamente contaminados por el racionalismo, por la desintegración del individuo ni por la masificación del otro lado del mundo. Todavía como lectores y como escritores podemos enfrentar este desafío, porque lo que vivimos aquí aún no es un drama, se asemeja a una comedia. Y una de las diferencias entre el drama y la comedia es que en la primera los personajes

están determinados por el destino, mientras que en la comedia existen más caminos abiertos al azar y a lo imprevisto. Hablando de comedias, me recuerdo de una anécdota de un poeta brasileño llamado Raimundo Correa, que fue a trabajar a una provincia en un cargo burocrático de aquellos que los gobernantes suelen ofrecer a los hombres de letras. En esa pequeña población desde el primer día encontró protectores, incluso uno muy poderoso que lo invitó a su casa y le dio consejos. Le dijo que el lugar no era de gente buena, pues él había llegado ayer y ya estaban hablando mal de su persona. Felizmente el protector había desmentido toda la calumnia que había tejido en relación a él. Raimundo Correa con la maldad de la gente le preguntó de qué feo y horrible pecado lo acusaban. Su interlocutor le reveló: “Andan rumoreando por ahí que usted es poeta”. Pues resulta que quizá en manos de esos ridículos, empobrecidos y perdidos hombres de letras esté el futuro de nuestra civilización.

UN ANTÍDOTO CONTRA LA ESTUPIDEZ

Poli Délano

Quiero felicitar a los colegas que me precedieron en esta mesa por la seriedad con que han atacado este tema, por el orden con que han expuesto sus ideas y al mismo tiempo que los felicito, me critico a mi mismo, porque no he cometido esa buena acción y tengo algunas reflexiones en bastante desorden. Y es que al respecto tengo más dudas que repuestas. Como dijo el dramaturgo Ionesco una vez que estaba expuesto frente a un público que le hacía muchas preguntas: “por qué me hacen tantas preguntas si yo no tengo respuestas para todo, tengo más preguntas que respuestas. Por eso soy escritor. Si tuviera respuestas para todo sería político”

Pero sí quiero recordar algunas cosas. Pertenezco a un país que tiene una cierta tendencia al olvido o por lo menos tiende a pregonar el olvido. Quiero recordar, por ejemplo, que en los primeros días después del asalto de los militares al poder, se produjo cierta tendencia pirómana en este país, se quemaban cosas en las calles, en las puertas de las casas, en las librerías. Las cosas que se quemaban eran libros. Se persiguió al libro en las bibliotecas personales, en las bibliotecas públicas y en las librerías.

Recuerdo, y esto es naturalmente anecdótico, que los libros que más se perseguían eran aquellos que tenían algún nombre que les pareciera peligroso a los verdugos. Por ejemplo, “La revolución de la cibernética” era un blanco preferido de los pirómanos. O los libros sobre el cubismo, porque sonaba a Cuba, eran quemados en grandes hogueras. Pero también, recordando un poco más atrás, una de las mejores experiencias culturales que ha tenido este país fue la Editorial Quimantú, que abarató los libros de tal manera, que un libro de Hemingway, Maupassant o Chejov, o incluso de autores jóvenes de Chile como nosotros, costaban lo que costaba una cajetilla de cigarrillos en los kioscos, estaban a la vista y a la mano. Y uno se subía al bus y veía a los obreros que iban a su trabajo o a las empleadas, leyendo estos libros de Maupassant o Chejov.

¿Por qué se ha perdido esto? Yo quiero leer el primer párrafo del artículo primero de la Ley sobre el Libro y Fomento de la lectura. Dice así:

“El Estado de Chile reconoce en el libro y la creación literaria instrumentos eficaces e indispensables para el incremento y la transmisión de la cultura, el desarrollo de la identidad nacional y la formación de la juventud”. Según este primer párrafo de la ley, el libro es un artículo de primera necesidad, como el pan o la leche. El otro día, me entrevistaron en un programa radial a raíz de este encuentro, y había un espacio en el programa para que el público opinara, preguntara o hiciera comentarios, y llamó una señora que dijo una frase que yo no puedo olvidar: “en mi casa no falta ni el pan ni el libro”. Así, ni el pan ni el libro. Esta señora se quejó de las librerías en Chile.

Hablemos un poco de las librerías en Chile, que es donde se compra o donde se compraba el libro, porque el libro está bastante caro como para comprarlo. La librería no es un gran estímulo, uno entra, va a tomar un libro para ver la solapa donde vienen datos del autor, alguna idea sobre el mismo libro, datos sobre la literatura del autor. Uno va a tomar el libro y está forrado en plástico, como inamovibles, y entonces no se puede abrir. ¿Por qué hacen esto? ¿Para que nadie sepa de qué se trata? ¿Para que no haya lectores que lo lean allí y no lo compren? ¿No lo sé? Pero es un signo de contracultura.

Las librerías en Chile son elitistas. A veces me pregunto si no serán estúpidos los que dirigen estas librerías ¿Por qué tengo que yo entrar a estas librerías? Yo he sido siempre un comprador de libros, entonces ¿por qué tengo que entrar y sentirme hostilizado? Me acerco a un estante, tomo un libro, y alguien se me coloca al lado como si fuera un delincuente, para ver si no me voy a echar un libro al bolsillo. “¿Qué desea señor?” Deseo mirar y estar tranquilo. Pero frente a esta hostilidad ya casi no entro a librerías.

Ahora, las bibliotecas. Mi amiga Clara Budnik ya hizo una excelente exposición acerca del rol de la biblioteca. Yo tengo un pequeño de 6 años que el otro día llegó del colegio con un libro. Me dijo “pedí este libro en la biblioteca del colegio” ¿Y cómo lo hiciste?” le pregunté. “Subí al segundo piso, miré los libros que había, me gustó este y me hicieron firmar”. Es decir, aprendió un mecanismo para sacar un libro de la biblioteca y llegó con un libro de cuentos a la casa. Esto me produjo tal entusiasmo que yo le compré diez libros. No para que no vaya a la biblioteca, sino para estimularlo, para que se vaya haciendo un lector. Porque yo sigo siendo así un “anticuado”

entre comillas, pues creo que en la lectura hay un buen antídoto contra la estupidez.

Bueno, partiendo de la idea básica de que el libro es un artículo de primera necesidad como es el pan, yo termino señalando la necesidad de reestructurar el sistema de las librerías y la necesidad de crear muchas más bibliotecas. Pues, al parecer, una de las maneras en que se lee es teniendo libros cerca. Yo crecí en una casa donde había libros y gente leyendo. Donde hay libros se lee, entonces el fomento de la biblioteca familiar es fundamental. Hemos tenido noticias que son aterrantas. En la última encuesta que se hizo sobre los hábitos de lectura, dice que un 43% de la población no lee, es decir la mitad de nuestro país. Uno se dice entonces para qué aprendieron a leer si no leen. El 25% de las casas chilenas no tienen libros. Estos datos son dramáticos y creo que tenemos que sacar algunas conclusiones. El sentido de este encuentro es llegar a conclusiones que nos permitan actuar. Esto que estamos haciendo no es literatura, no es charlatanería, no es retórica. Necesitamos actuar, hacer que ese 25% de casas sin libros, tenga libros; y que ese 43% que no lee, comience a hacerlo. En esto se nos tiene que ir una buena parte de la energía de la vida.

LA INDUSTRIA EDITORIAL:
OFERTA Y DISTRIBUCIÓN DE LA
LITERATURA

Moderadora

Pía Barros

Participantes

Bernardo Subercaseaux

(Chile)

Diego Muñoz Valenzuela

(Chile)

Fernando Jerez

(Chile)

Jaime Hales

(Chile)

Cristian Cottet

(Chile)

LA CREATIVIDAD ESTÁ FALLANDO EN EL CAMPO EDITORIAL

Bernardo Subercaseaux

Este panel se llama “la industria editorial, oferta y difusión de la literatura”. El concepto de industria editorial puede resultar extraño. Nosotros entendemos como industria la del cuero y del calzado, la industria de papel o la industria gráfica, pero la industria editorial, allí hay algo que no se ajusta. Y en el fondo, el problema es que el concepto es el correcto, es una industria pues hay una dimensión de producción, comercialización y venta. Pero es distinto fabricar y vender libros que fabricar y vender calzado. Son operaciones distintas. Esto es lo que nos choca del concepto, tiene que ver con el libro, que es un fenómeno ambiguo. Por una parte está hecho de texto, de gráfica y papel, todos objetos que se venden, se transan, se fabrican. Pero por otra parte tiene una dimensión intangible, espiritual, cognitiva, que escapa un poco a estas dimensiones. Cuando uno plantea el concepto de industria editorial, tiene que situarse en esta perspectiva, en esta dicotomía, en esa contradicción, que es un poco el cuerpo y el alma del libro, y que tiene contradicciones.

Los editores tienen que situarse con estas contradicciones. Conozco el caso de, por ejemplo, Editorial Zeta, que está siempre pensando como vender papel para poder vender libros. Es decir, como vender bestsellers para poder vender libros como “Las campanadas en el mar” que es un análisis filosófico de Neruda. Entonces se produce la dicotomía de la producción de libros y la producción de libros que responden a la demanda. Es decir, una industria editorial está situada en el mercado y como tal debe producir libros que respondan a la demanda. Pero a los editores también les interesa producir actividades espirituales. Los editores también presentan esta dualidad de cuerpo y alma. Salgari decía algo que me parece simpático, y es que los únicos piratas reales que había conocido eran los editores.

Y hay editores que tienen esas características, pero también hay editores a los que les preocupa lo espiritual, lo intelectual, y se mueven en estas dos aguas. El concepto de industria editorial tiene que ver con eso. ¿Qué pasa en Chile? El discurso que da cuenta del tema de la industria edi-

torial siempre va a ser llorón. Nosotros hicimos un estudio acerca de la industria editorial, que está publicado, y que enseña que la época de oro del libro en Chile va desde 1930 a 1950. Desde entonces a la fecha, existe una industria editorial atrofiada y anémica. Si examinamos los hechos editoriales significativos en los últimos 5 ó 6 años, se pueden contar con los dedos de una mano. Tal vez un hecho significativo, y aunque a algunos les moleste, aunque pienso que por eso es significativo, es Planeta y su colección de autores jóvenes. Otro es lo que ha hecho editorial Andrés Bello, particularmente Oscar Luis Molina, con su colección de ensayos en estos últimos dos años. Y pare de contar. Lo otro, como la Editorial Universitaria, son cosas totalmente anémicas, es decir, la oferta editorial y la oferta literaria son bajísimas. Compárenla por ejemplo con la oferta audiovisual, que crece y crece con los canales por cable, y un montón de otros factores. Es decir, la oferta audiovisual es enorme, es creciente, variable, constante y geométrica. Y la oferta editorial es entonces, sumamente pobre. Y la posibilidad de difusión tiene distintos factores, sociológicos, sociales y educacionales, tantos factores que han sido referidos y aclarados, y que nosotros en más de una vez lo hemos tocado, pero siempre termina siendo un llanto, siempre es un poco llorón.

Creo que esta tonalidad llorona hay que cambiarla, porque no sacamos nada con llorar sobre la leche derramada. Yo creo que el factor humano es fundamental. Es decir, por ejemplo, si en la Editorial Andrés Bello, Oscar Luis Molina no se hubiese dado el trabajo de comprar y traducir libros extranjeros, de haber instalado en Chile una línea que no se conocía y proyectarla hacia América Latina, y que hoy se vendan en México, nada de eso habría pasado, y Andrés Bello habría seguido su línea tradicional, con el Club del Libro que ya se está muriendo, pero no se habría apartado de su postura tradicional. Por eso, el factor humano es fundamental, incluso en el campo de la industria editorial más masiva. Yo conozco, por ejemplo, una experiencia en Francia, y que se ha hecho en otros países, y es que en las bombas de bencina en vez de regalar cuchillos, tenedores, artículos de jardinería o toallas, por los litros de bencina que uno compra regalan libros. Y esto fue una experiencia extraordinaria, de altísima venta de libros. Los meses que duró la campaña en Francia se vendieron cualquier cantidad de libros. Existen muchas posibilidades. El tema del precio es un tema importante

y los editores están empeñados en la campaña de rebaja del IVA. Pero, un libro que vale \$4000, más del 50% ó 55% se lo lleva la librería y la distribución. Es decir, el porcentaje que cobra la librería o el distribuidor, 55% y hasta 60%, y el 40% restante es para el editor ¿Es que acaso no hay forma de hacer venta directa o venta por correo? Digo, para abaratar los libros, porque ese 55% es mucho más significativo que el IVA.

Existen otras posibilidades que nosotros también hemos vivido. Cuando se regalaron revistas por quioscos significó, nos guste o no nos guste, que hubo mayor oferta, mal que mal, de alguna manera; librerías en Chile, habrá unas doscientas y quioscos, siete mil. O sea, la transformación del quiosco como una suerte de librería general, es decir un aspecto que puede significar una mayor oferta de literatura. Es decir, que aún las condiciones climáticas son muy negativas para el libro, existe un factor humano, la creatividad y la perspectiva pueden crear otras posibilidades. Por ejemplo, yo siempre he pensado que en América Latina y en gran parte del mundo hispano sería un gran negocio que una editorial se aventurara con el mundo brasileño, con la traducción de libros brasileños. En Brasil hay una importantísima literatura, muy significativa. Saquen del mapa a Brasil y latinoamérica resulta como un fideo, es decir, la parte más grande y sustanciosa es Brasil. Los brasileños conocen bastante nuestra literatura, se ha traducido a García Márquez y una serie de autores, pero la literatura brasileña está totalmente aislada y encerrada y los editores no toman la iniciativa. Y estoy seguro que para el mundo hispano sería muy interesante. Yo creo que el factor humano y la creatividad están fallando en el campo editorial y no tiene mucho que ver con la languidez con que operan las empresas editoriales y la oferta editorial.

Creo también que existe una situación de medio ambiente. Tengo aquí un video que salió por MTV, un canal de música por cable a toda América Latina. Es un video filmado por la emisión de MTV. El video muestra un paisaje lleno de flores y un locutor dice "hecho real: los libros eliminan las flores", es decir, la idea es que porque el libro está hecho de papel y de corteza, va contra la ecología. Después hay un sobre expuesto en blanco y negro, y el locutor agrega "los libros provocan bombas" y el locutor agrega, "los libros y el conocimiento que contienen provocan el temor nuclear que

acecha a nuestro planeta”, y así sigue. Dura casi 30 segundos, y la idea es que los libros son malos. Incluso dice “los libros tienen bordes filosos, son dañinos para la salud”. Es decir, es una publicidad contra los libros, fundamentalmente haciendo creer que el conocimiento que está en los libros tiene que ver con las detonaciones nucleares y que atentan contra la ecología. O sea, este es el medio ambiente en que se desarrolla el libro. Y es lamentable que nuestro Consejo Nacional de Televisión, que a veces se preocupa tanto por mujeres desnudas o actos sexuales, no haya reparado en estos mensajes que a mí me parecen altamente nocivos para la educación, y son muy irresponsables, porque culpar a los libros por la bomba nuclear, me parece una irresponsabilidad mayúscula. A mi juicio, este es el ambiente en que se desenvuelve la industria editorial, en que se mueve la lectura, y el campo estratégico en que está ubicado el libro. Y con esto solamente quiero terminar.

APOYAR A LAS EDITORIALES PEQUEÑAS Y SENSITIVAS

Diego Muñoz Valenzuela

Mi reacción cuando a uno lo invitan como escritor a la reflexión sobre la oferta y la distribución de la literatura, tal vez sea que uno como escritor no debiera preocuparse del tema, porque ya bastante hacemos con escribir. Ya tenemos una tarea bastante pesada, tenemos que robarle tiempo a todo para lograr escribir y sobrevivir en este medio que no es tan próspero en permitirle a uno vivir de su producto literario. Hay mucha razón en todo esto, pero en cierta parte también equivale a renunciar a cierta posición como intelectual, sobre todo en esta sociedad que pregoniza el éxito individual, el consumo, y que evita, o que en cierto punto no impulsa a la reflexión. En un mundo así, con esta marcha tan rápida y muy ciega, yo creo que el tema de la oferta y la difusión de la literatura tiene muchas aristas que es necesario analizar, y así compartir opiniones que nos queden y sirvan de ejemplo, y nos puedan ayudar a acercarnos a esta discusión.

La primera constatación, y la haría en relación a los escritores latinoamericanos que nos visitan, es esta noción de mercado fragmentado. Hay muy poco conocimiento, Bernardo Subercaseaux ya puso el ejemplo del gran potencial de la literatura brasileña (opinión que por cierto, comparto). Pero si nos ponemos a indagar respecto a la literatura latinoamericana, a lo que se está produciendo hoy en día, nos cuesta mucho encontrar material, opiniones y reflexiones, no sólo en las bibliotecas, sino también en las librerías, respecto a lo que sucede en la literatura en hispanoamérica hoy en día. Incluso en países tan cercanos como Perú, Bolivia o Argentina, tenemos poca idea de lo que está pasando, de lo más reciente. Estamos entonces, frente a países estanco, sin mayor comunicación, encerrados en sí mismos. Esa es nuestra situación, no sé si será algo ambiental o continental, pero es algo nuestro.

Claro que siempre hay excepciones. No quisiera caricaturizar, pero la verdad es que existe esa falta de comunicación, y más allá del esfuerzo que sólo pueden hacer las editoriales más grandes e importantes, lo que conocemos es lo que apenas podemos ver del iceberg. Y, normalmente, esa literatura que conocemos es justamente esa que permite una venta rápida,

fácil, que en general, yo no quiero caricaturizar, pero en general es una literatura más bien liviana, de consumo. Es difícil, por lo tanto, conocer lo que sucede en latinoamérica, respecto a una literatura madura, profunda y permanente, una literatura interesante. Es la expresión macroscópica del individualismo que se alienta. Esto, evidentemente, apunta a un desafío. Y es cómo debiera resolverse, cómo debiéramos intentar ir venciendo esta resistencia. Hay que ir abriendo paso a nuevos roles. El rol del escritor es ir produciendo encuentros como éste, que invitan a la reflexión o como el de la Universidad de Chile, con su reciente encuentro de escritores bolivianos, muy interesante. El rol del Estado es apoyar este tipo de actividades, y ha comenzado a hacerlo en estos últimos años, y el rol que les compete a las editoriales es, a fin de compensar el éxito empresarial con el conocimiento, la difusión de una cultura más profunda, con cierto espesor.

La otra constatación es un mercado editorial nacional también válido para latinoamérica, que tiende a ser dominado con grandes empresas. Vemos que aquellos viejos empresarios, que estuvieron tan empeñados y ligados con el surgimiento de una literatura nacional, por nombrar como ejemplo, la Editorial Nascimento, de gran relevancia, han ido muriendo y cada vez son menos quienes deseen difundir la literatura que tiene un valor intrínseco literario pero que tal vez no tenga un valor de ventas tan importante. Podemos mencionar muchas que ya no están como Sinfronteras, Galinost, y otras más que luchan por cumplir una misión que ellos se han autoimpuesto más allá de sus metas editoriales, como Mosquito, LOM o Cuarto Propio. Es una lucha difícil, como la de David y Goliat, aunque muchas veces no tenemos una honda como la de David.

Una pregunta aquí sería, cómo alentar el crecimiento, tanto en número como en tamaño, de actividades de estas editoriales pequeñas y sensitivas, sin las cuáles nos habríamos perdido de conocer tanto de la valiosa creación que ha habido en Chile en los últimos años. Estas editoriales, que sólo gracias a una obstinación magnífica, han podido sobrevivir, compatibilizando las variables económicas con las culturales. Creo, entonces, que la definición de políticas que puedan impulsar y motivar la literatura, la difusión y la oferta, es algo que pasa por las pequeñas editoriales también, lo cuál no significa estigmatizar a las grandes editoriales, cuyos efectos positivos muchas veces,

hubiesen sido inimaginables tiempo atrás. Pero también sabemos que dentro de los paradigmas del mercado, tenemos que alentar la competencia real, y es eso lo que producirá un aliento específico en la literatura.

Otro elemento importante de mencionar es la influencia que empieza a tener el marketing literario. No cabe duda que, sin explicarlo mucho, los efectos publicitarios del autor y del libro, o de lo que sea, en las ventas y en la difusión de una obra. Sin duda que las posibilidades que tiene una empresa más grande, de mayor envergadura, de hacer un marketing efectivo de su producto, es mayor que una editorial pequeña. De repente, todo esto se refleja en anomalías que son perfectamente perceptibles. Más de una vez ocurre en nuestro mercado literario que un libro que aún no ha sido publicado, alcance y encabece las listas de libros más vendidos. Este es sólo un reflejo de como este fenómeno tiene ocurrencia. Y todo esto tiene un impacto en los medios de comunicación social. Indudablemente, un mayor marketing implica una mayor cobertura, una cobertura más efectiva, más rápida y más amplia. No es una determinación mecánica, pero es un hecho que de cierta forma ocurre así.

Otro tema importante es el tema de la crítica. No quiero entrar en la disquisición que se ha hecho sobre la crítica, pero me voy a dedicar a un tema que hemos discutido con algunos amigos el último tiempo. Y es que no existen visiones globalizadas de la crítica, lo que se encuentra es la crítica periodística o, a veces en los estudios más serios, una opinión sobre un autor, sobre un libro, pero no una opinión sobre lo que está ocurriendo en materia de, por ejemplo, poesía. ¿Cuál es el panorama? ¿Quiénes son aquellos autores más relevantes? ¿Qué está ocurriendo con la literatura? Vale decir, una opinión determinante sobre la literatura.

Yo creo que hay complejidad, los críticos están sometidos a un ritmo de trabajo muy esporádico. Un crítico de diario o revista no puede vivir de esta actividad, por lo tanto critica lo que llega a sus manos. Y nadie le va a pagar por analizar la visión panorámica de lo que ocurre con la literatura chilena ni menos con la literatura hispanoamericana, ni tampoco, pues no tiene solvencia, se podrá dedicar a un proyecto que le permita investigar que ocurre en algún sector específico. Yo diría que un análisis de lo que está

ocurriendo, es decir, un análisis específico y acucioso de lo que ocurre en nuestra literatura, lo que implica tener una dimensión y una discusión al respecto al "quién es quién" en nuestro panorama, más que este análisis difuso y disperso, que finalmente no deja nada claro.

EXPANDIR LA IMAGINACIÓN DEL ESCRITOR

Fernando Jerez

Hay dos términos que suelen confundirse: editar y publicar. Dos episodios sobre el libro. El primero es editar, que es dar a luz, y el segundo que es exponer, y corresponde al lector. El primero, corresponde al libro. Son episodios que suelen confundirse y preocupar de sobremana a los editores, a los escritores y a todos quienes forman el circuito de comercialización de los libros. Mi primera reflexión sería admitir que a las editoriales no se les puede impedir, ya sean las actuales como las de siempre, que hagan su negocio. Las editoriales invierten riesgosamente su dinero en la edición de libros y esperan, desde luego, obtener por ello una rentabilidad.

No hay que pedirles a las editoriales comerciales que asuman un rol protector del libro a riesgo de perder dinero e inversión, ya sea total o parcial; eso es algo que en los tiempos que estamos viviendo es algo imposible de solicitar. Por lo tanto, la pregunta es quién asume la edición y publicación de cierto tipo de libros que, a primera vista, no son comerciales para las editoras. Porque ¿quién publicaría libros de filosofía que leerán 2, 100, o 50 personas, a lo más 1000 en todo el país en quizás cuanto tiempo? Sin embargo, esos libros son necesarios, son una fuente que esas 50, 100 o 1000 personas que lo leen a su vez se lo transmiten a otras personas. Me pregunto quién publica o publicará libros de historia o de ensayo, todos esos libros que están tan lejos del éxito comercial inmediato. Porque todos sabemos que la inversión sobre el libro es larga. La recuperación es sumamente larga e, incluso, la legislación en algunos países, las formas de pago, tanto para libros exportados o importados, tienen enormes facilidades, anticipándose a esta difícil comercialización del libro.

Debemos admitir la existencia de editoriales grandes, pequeñas y medianas. Y una situación extremadamente grave que existe aquí, y tal vez en otras partes del mundo, es la forma cómo se difunde el libro, cómo se distribuye y como se comercializa. Y aunque yo no soy un experto en esa materia, al parecer es extremadamente cara. Y hay libros valiosísimos de editoriales pequeñas o medianas que restringen su circuito de distribución a áreas geográficas muy pequeñas como Santiago, Valparaíso y Antofagasta.

Eso, si es que pueden hacerlo. Y otros libros valiosos mueren. Libros importantes de editoriales pequeñas y medianas que el año pasado fueron premiadas por el Consejo Nacional del Libro y la Lectura. Es decir, libros de pequeñas y medianas editoriales arrasaron con la mayoría de los premios.

Lo otro a lo que me quiero referir es la necesidad de expandir la imaginación del escritor a nivel de editoriales medianas y pequeñas, y grandes también, de producir un acercamiento con el lector. Por ejemplo, recuerdo lo que existe en México, si bien es una práctica reciente, y es que la mayoría de los libros nuevos que se editan y que salen a la circulación, lo primero que se hace es una presentación pública en un auditorio de gran capacidad, entonces el autor habla al público respecto de su obra, expone sus fundamentos, y lleva unos 300 o 500 libros que se venden a lo que en Chile equivale a 500 pesos, de manera que se produce una difusión natural. La gente irradiará lo barato que le costó el libro contribuyendo así a su difusión, y las editoriales habrán contribuido entregándolo a menor precio. El Estado, en este caso el Instituto Nacional de la Cultura, se hace cargo de parte del valor del libro y el autor recibe finalmente sus derechos, y el libro se lee. Y tiene tal éxito, que en las últimas presentaciones me tocó ver que la gente debía inscribirse previamente para poder comprar el libro, pues se armaba tal alboroto ya que todos querían conseguir un libro tan barato. Son las ideas que quiero dejar lanzadas.

ESCRITORES TRANSFORMADOS EN EDITORES

Jaime Hales

Agradezco y felicito a la SECH por esta iniciativa y a quienes la respaldan, como el Consejo Nacional del Libro y la Lectura, y a la Casa Cultural de España, por esta iniciativa de hacer este seminario, que a mí me parece extraordinaria. Recuerdo que Poli Délano presentó este proyecto, apoyado por Ramón Díaz Eterovic, quien es el coordinador y me alegro porque invita a introducirse en el debate. El hecho que se lleve a cabo este panel y que haya 40 ó 45 personas sentadas escuchando y dispuestas a participar, es señal de que algo se está produciendo. Llevamos un tiempo, poco, pero esto señala que se está moviendo, de que esos 80 libros de poesía publicados desde 1973 a 1982 hoy son una cantidad mayor de libros que se editan cada año. Es decir, algo está empezando a suceder y me parece muy bueno, y asumo en plenitud toda la intervención de Bernardo Subercaseaux, que una vez más nos ha asombrado con su inteligencia al plantear los problemas que existen con toda la sapiencia que le da su vasta trayectoria en todo esto.

Parto por el tema del empresario editorial. Tomo la palabra de Bernardo Subercaseaux que cita a Salgari y los piratas. Sí, tal vez son piratas, pero la sensación que yo tengo es que el editor es un pirata, pero de esos piratas que a uno le gustan, tipos capaces de hacer trampas, de asaltar un barco, pero que es un tipo romántico, y a uno le gustan los tipos así. En las películas, los piratas son tipos que a uno le gustan. Los empresarios del libro son tal vez piratas de este tipo, porque ser empresario del libro es una cosa casi absurda en nuestros países. Son una especie rara. Si cualquiera de estos empresarios tomara ese dinero e invirtiera en otro negocio, obtendría una rentabilidad muchísimo mayor y con más facilidad. Entonces, uno se dice qué mueve a un ciudadano, a un sujeto a movilizar y destinar un capital en una empresa de alto trabajo y baja rentabilidad. Indudablemente, su espíritu de pirata, su espíritu de aventurero, su pasión por los mares y su amor por la obra.

Es cierto que no todos quienes trabajan en las editoriales son tipos tan atractivos. Lo que sucede es que en Chile hay muy pocos editores de verdad. ¿Quién es el editor de verdad? El que recibe al escritor, analiza el

libro que le trae, o el proyecto de libro, lo financia, lo produce y hace que ese libro llegue al público. Eso pasa muy poco en Chile. Por regla general, quienes tienden a llamarse editores son personas que cumplen una labor comercial o profesional. Son contratados por el escritor que les paga una enorme cantidad de dinero para que cumplan determinada función. Esa es la norma general. Por cierto que hay excepciones. Ese empresario del libro no arriesga nada o muy poco, pues lo tiene todo resuelto. Y ese empresario del libro a lo mejor es un empresario de los malos porque le va a pagar al escritor cuando él empiece a ganar. El no arriesgará nada. Por cierto, ese es un gran problema. En Chile hay muy pocos editores de este tipo y, la verdad sea dicha, es que en Chile tampoco hay suficientes vendedores de libros.

En Chile se vendían muchos libros. Alguien mencionó las fechas del 30 al 50. Yo diría que hasta el 70 uno entraba a las librerías, y aún todavía se puede entrar a alguna y encontrar vendedores cultos que le ofrecen el libro adecuado para lo que está buscando. Hoy en día uno entra en estos verdaderos supermercados del libro, consulta el catálogo Planeta y dice: quiero comprar algo para una muchacha joven. Te pasan al tiro el libro de Fuguet o Darío Osses. Entra otro y si le dicen que es para el novio, le ofrecen la misma novela, y hasta para la mamá le ofrecen el mismo libro. ¿Por qué? Porque es el único libro que esa persona tiene a la mano, y en definitiva, porque no sabe, no conoce lo que tiene, porque no son verdaderos vendedores de libros. Podrán vender cosméticos o ropa interior y lo harían de la misma forma. Son personas que sencillamente se ganan la vida frente a un mostrador o al lado de una estantería. En las librerías no hay gente que sepa realmente vender libros. Y es en las librerías de viejo, o viejas librerías, donde uno encuentra gente que sí sabe de literatura, y se puede conversar, y se redescubre lo rico que es conversar, tener un intercambio cultural con el vendedor de libros, y probablemente se puede vender mucho más. En Chile, en el sentido estricto y por regla general, no hay ni editores ni vendedores de libros. ¿Por qué? Porque en este tema está el lucro entre medio, de cómo ganamos, y la gente quiere ganar con el mínimo esfuerzo. Pero esto no rinde, conduce al desencanto y a la quiebra de las empresas. Y en esto entra el papel del escritor. Diego Muñoz nos decía que el escritor debía dedicarse sólo a escribir. La situación ideal sería que uno se comprometiera con una editorial por un par de libros al año, que la editorial los publique y que uno pudiese vivir de eso.

Pero no pasa así y entonces los escritores inventamos editoriales. Pía Barros nombró entre mis actividades la de editor, claro, editor de mis cosas. Inventé un sello editorial: Editora de Las Casas, que da facturas y todas esas cosas, con varios sellos según el tema del libro que se esté publicando. Publico mis libros y los de mis amigos, y lo hacemos a pulso. Somos los escritores los que nos transformamos en editores propios y de nuestros amigos.

Después viene el drama de vender. Algunos tienen el carácter y la presencia de ánimo para pararse en la Mulato Gil a vender sus creaciones. Otros, que somos más pudorosos, recurrimos a alguien que lo distribuya. Y la distribución en Chile es espantosa. Están las dificultades de traslado, pero sobretodo, porque cuando alguien llega a una librería en Curicó o Viña del Mar, después de un tremendo viaje, ya va dejando el libro a consignación, o a pagar a 60 días, y cuando al librero se le acaban los libros, no manda a pedir más. Es uno el que tiene que descubrir si se le acabaron los libros. El librero se va por la fácil, pone los libros que le han llegado, los de la lista de más vendidos aunque él no haya vendido ninguno, pone un libro de un autor de moda, ya sea un político o alguien vinculado a un político. Esa es una realidad y eso es lo que vende.

Ahora está el caso de los bestseller. ¿Cómo gente compra libros que seguramente son muchísimo más malos que los libros que no se compran? Allí hay un mecanismo mental que no comprendo. O por qué a un librero o a un editor le conviene mucho más vender y producir un libro que es malo literariamente que uno que es mejor literariamente. Eso es algo que no puedo entender.

En los minutos que me quedan quiero plantear algunos temas. Estoy abismado de que el Consejo Nacional del Libro y la Lectura, al cual pertenecí hasta hace unos días atrás, llamó a concurso para, entre otros rubros, capacitación ¿Qué esperábamos recibir? Esperábamos proyectos en capacitación para vendedores de libros o editores. Prácticamente no llegó ninguno. Aquí hay un gran tema. Fernando Jerez ha planteado el rol del Estado en el caso de México. Esto de México ha tenido tantas subidas y bajadas que alguien decía que esto ocultaba otras diversas corrupciones. Y no me sorprendería. Pero el papel del Estado hay que discutirlo aunque en

Chile no se quiera discutir. El Estado de Chile ha sido definido por quienes ponen la agenda temática, por los principales medios de comunicación, ha sido identificado como Satán. Y es que está como Satán. Desprestigiado, no funciona. El Estado parece ser el malo, y entonces cada vez que se habla del Estado, dicen “quieren estatizar”. No se acuerdan de la experiencia de Quimantú, con lo bueno y malo que tuvo Quimantú, que si bien la experiencia tuvo más cosas buenas, también tuvo cosas malas que fueron importantes. Pero ahí hay un punto que hay que discutir y nadie lo discute.

Luego, el papel de los medios de comunicación. Hay una especie de manejo, y lo digo con el mayor respeto. Una especie de manejo y de manipulación de los medios que hace que uno tenga, incluso la impresión de que están todos los medios de acuerdo. Y aunque no estén de acuerdo, al menos eso parece. Ultimamente hemos notado cierta presencia, más autonomía, pero igual son circuitos que se manejan en forma estrecha. Entonces, uno se pregunta: ¿qué tiene que hacer un autor o un editor para romper ciertas barreras de silencio? Y es que eso es lo peor que pueda pasar, porque uno de pronto se encuentra con libros destacados y premiados, que se consideran buenos y mucha gente los lee, pero sin embargo, no pasan la barrera del silencio. Y esto es algo serio e importante. Discutamos el papel y más que el papel, el aporte real de los medios de comunicación. Otro tema es cómo activar la oferta y la demanda, cómo mover el mercado, cómo hacemos jugar al Estado, y como jugamos las personas que estamos metidos en esto, y como ir aportando. Yo creo que estos debates son los primeros aportes porque comenzamos ya a hablar en borrador.

DIGNIFICAR EL OFICIO DE ESCRIBIR

Cristian Cottet

Parece que en este país nos estamos acostumbrando a los eufemismos. He asistido a varios foros de este tipo, y coincidido con Bernardo Subercaseaux al decir que el tema es siempre llorón. La verdad es que yo no tengo ninguna respuesta, se me ocurren algunas pero son demasiado radicales, y hay una comisaría cerca. Pero sí, con respecto a los problemas del libro, soy capaz de hacer una evaluación que también es bastante llorona, pero que por lo menos me deja tranquilo. Esto de los eufemismos tiene que ver incluso con este mismo seminario, partiendo por el mismo título, este foro que nos convoca en torno a la industria, en torno a la oferta y la difusión, a la ganancia, la divulgación, la oferta.

Tengo la idea de que esto de la oferta y la demanda no está aquí. La institución que realmente debiera preocuparse del tema de la oferta y la demanda, la Cámara del Libro, no está aquí. A pesar que con apoyo nuestro, la Cámara funciona con los escritores y los libros. La Cámara del Libro acaba de sacar el 10% de los Fondos del Fondo Nacional del Libro, dentro de más de 200 proyectos que se presentaron, una sola empresa se llevó el 10% y una empresa porque es una empresa, y no una asociación gremial. Las cosas están distorsionadas, y así no funciona el mapa. No es que estemos hablando de como promover el libro, porque eso no le interesa a nadie. Si no, estarían todos acá sentados, habrían participado, habrían venido. El señor ministro de Educación habría venido pero yo creo que no hay interés, pues ni el libro ni el escritor han sabido hacerse valer.

Se han instalado en el país grandes empresas editoriales, empresas transnacionales importantes, que de alguna forma han ido copando los espacios que tenían las empresas nacionales. Y no nos sorprendamos de que estas empresas pertenezcan todas a un sólo gran consorcio extranjero. Porque las empresas editoriales van absorbiendo a otras. El presidente de la Cámara del Libro decía ayer que en Chile, había 80 librerías ;80 librerías! Osea que es él, que se preocupa por la oferta, es él quién no debería dormir porque hay apenas 80 librerías. Yo sigo durmiendo tranquilo. Me preocupan mis amigos, por ejemplo, me preocupa esto de la oferta, de la difusión, de como los

escritores han ido transgrediendo esto de la ética, la esencia de la altura para empezar a ofertarse y empezar a difundirse. Porque el editor, como decía Jaime Hales, no se preocupa, el Estado se ha desligado del tema, y no por el hecho de que haya desaparecido Quimantú, sino por el hecho de que la educación básica en este país es un bodrio, la educación media va decayendo cada vez más, porque han entregado la educación a manos privadas, que son “mercanchifles” de la educación. O sea, cuestiones que son esenciales para los futuros lectores de este país. Estos deberían ser preocupación de los escritores, pero no les interesa.

La crisis que vive el libro es profunda. No es sólo en Chile sino también en otros países, y no se resuelve sólo con la oferta y la demanda. Una vez se hizo aquí una campaña de una agencia de publicidad, se invirtieron no sé qué porrada de millones en una campaña para el libro. Yo la habré visto dos ó tres veces. Le pregunté a mis hijos si vieron los efectos de esta campaña. Y estos jóvenes, que a mí me interesa que lean, jóvenes de entre 17 ó 18 años, nunca vieron los efectos de esta campaña. Si le preguntan a sus parientes, seguramente tampoco. Entonces, no es un problema de ofertar. Se trata de problemas sustanciales, problemas que descansan en la médula de este país y que no ayudan a discutir ni de confrontar ideas.

Hoy leí el comentario de un escritor ecuatoriano que decía que en su país los escritores publican y los lectores ven televisión. Yo creo que no es sólo en su país, aquí también. Pero en eso hay una responsabilidad nuestra como escritores. La responsabilidad de dignificar el oficio de escribir, de no seguir ofertándonos. Yo le decía a un amigo: te titulas de escritor si te publica Planeta y te entrevista El Mercurio. Planeta titula y El Mercurio da el postgrado. O sea que después de salir en El Mercurio y publicar en Planeta se acabó la carrera. Y es por eso que los escritores se dan codazos. Es completamente miserable. Y es por eso que el título de este foro es dramático y doloroso. Creo que esa es la crisis que se vive actualmente, la crisis del escritor, de la educación que tiene este país, de cómo se transgreden las normas, de la decadencia en que va cayendo, poco a poco este sistema. Todo se transgrede y el escritor está cooperando con todo esto, el escritor ya no es el crítico ni el transgresor. Todo ya no es romanticismo. El escritor hoy se preocupa de la oferta y la demanda, de la foto en las páginas sociales de los

diarios, de salir en “El show de los libros”. Creo que los escritores debemos preocuparnos mejor de no salir tan seguido en los diarios. Muchas páginas de los diarios están llenas de escritores mediocres.

CRITICA LITERARIA: ¿INCENTIVO A LOS LECTORES?

Moderador

Ramón Díaz Eterovic

Participantes

Miguel Donoso Pareja

(Ecuador)

Carlos Iturra

(Chile)

Kemy Oyarzún

(Chile)

Carlos Olivárez

(Chile)

Rafael Ramírez Heredia

(México)

LIBRO: FERMENTO Y SUSTRATO DE CIVILIZACIÓN

Miguel Donoso Pareja

Voy a abordar el tema con algunas obviedades. Por ejemplo, señalar que hay diferentes tipos de crítica literaria o, mejor, distintos niveles y, por supuesto, una variedad de destinatarios. La crítica académica, que se hace en las universidades, la ensayística, la que se hace a modo de reseñas en los diarios de gran difusión o revistas, etc. La primera, que usa una lengua terminológica, crítica para los no iniciados, opera en círculos muy reducidos y es útil, fundamentalmente, para los escritores que, muchas veces, descubren en ella aspectos que desconocían de sus propios textos. Por varias razones no es un estímulo para el lector común, pero específicamente porque se refiere, por lo general, a lo que ya está promocionado, a aquellos textos que están en el mercado. En efecto, este tipo de analistas escribe sobre libros de gran circulación y realizan, de alguna manera, una labor parásita. Así, abundan los estudios sobre García Márquez, Onetti, Rulfo o José Donoso. Esto, que no es un pecado, ni mucho menos, responde a que nadie leería un análisis sobre Juan Piguave, digamos, y el analista literario quiere, con justicia, ser leído. Resultado: este tipo de crítica no es un incentivo para los lectores comunes sino para los especializados.

En lo que respecta al otro extremo, las reseñas, destinadas a los mass media - diarios, radiodifusoras, revistas tipo magazine, televisión e, incluso, publicaciones literarias - no tienen, por lo general, mucho espacio y, de todos modos, se insertan, cuando se trata de diarios y revistas, en el círculo vicioso de la debilidad de los hábitos de lectura y, si aparecen en publicaciones literarias, van al final como material secundario. Tampoco creo que sean, a la postre, un incentivo mayor para los lectores comunes.

Por eso, mi propuesta es examinar de qué manera podría el libro, la lectura de lo escrito, asociarse con el mundo de las imágenes, nutrirlo y nutrirse de él, establecer un espectro comunicativo más amplio y profundo a la vez. Dentro de ese concepto interesante y extraño, difuso y múltiple de lo que hoy se denomina postmodernidad, según el cual asistimos a la muerte de la Historia y de las ideologías, y por difuso - en el sentido de ancho o amplio, pero también en el de "prolijo en palabras" - aplicable a cualquier tendencia,

desde la extrema izquierda a la extrema derecha, hay una consideración que me parece valiosa para el tema de nuestra preferencia. Me refiero a lo que señala Gianni Vattimo en su artículo "Postmodernidad: ¿una sociedad transparente?" respecto a que "los mass media, que teóricamente hacen posible una información en "tiempo real" sobre todo aquello que acontece en el mundo, podrían (...) parecer una especie de realización concreta del Espíritu Absoluto de Hegel". Vattimo agrega que "se realiza, tal vez, en el mundo de los mass media, una profecía de Nietzsche: el mundo verdadero finalmente se convierte en fábula, es decir, en una fantasía, siempre que le demos a fantasía el significado de apariencia.

Es en este contexto en el que quiero situar al libro en su relación con los *medios*, siempre en el marco de que los *mass media* han convertido la realidad en una fantasía, en una apariencia, en la *doxa*, como decían los griegos, que es "la apariencia de la realidad", en contraposición con la *aletheia*, que es la realidad con sus contradicciones internas, condición que permite el movimiento, esto es, la Historia.

Las razones son obvias y el lugar común aparece sin que podamos evitar su tentación: semiológicamente los media han eliminado la pregunta - motor de la comunicación - y se conforman, cuando no tergiversan, con proporcionarnos datos y órdenes. Vattimo está en lo correcto al subrayar que los medios hacen posible una *información en tiempo real* que lleva, en el fondo, una realidad fantasmiosa y tergiversada. Corrijo: no los medios sino el uso que se hace de ellos.

En estos términos, el libro es manejado por los media - diarios, radiodifusoras y televisión - según los intereses del mercado y sus posibilidades dentro de este. Así, los libros meramente informativos, los libros objeto, los best sellers hechos en probeta, la paraliteratura, son los más difundidos. En el Ecuador, los libros de buena ley, esos después de cuya lectura "ya no somos los mismos", no tienen espacio o, siendo generosos, su espacio es casi inexistente, es decir, llegan sólo a las revistas especializadas (dos o tres, y no estoy exagerando) y a los suplementos dominicales, dos en total. Tal vez tres.

Esto produce efectos nefastos –mayores incluso, aunque resulte paradójico, en los países desarrollados– como, por ejemplo, esa “trivialización” de la literatura de la que habla Julio Ortega, que se produce en parte por esa búsqueda normal de los lectores que tiene que realizar el autor y en parte por las necesidades del mercado. Ortega habla de la literatura de ficción, en especial de la narrativa, pero eso podría extenderse a otras materias, desde la poesía y el teatro hasta el ensayo, con una proliferación de teatro pícaro, por ejemplo, o de manuales prácticos.

Insistiendo en la literatura de ficción, debo señalar que esa búsqueda del lector se inició a nivel latinoamericano utilizando formas literarias de gran aceptación popular para escribir textos de primerísima calidad. Voy a mencionar unos pocos casos: *La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria*, de José Donoso, quien toma el molde de la novela galante de principios de siglo para forjar una excelente novela, o *Triste, Solitario y Final*, de Osvaldo Soriano, quien destroza el *star system* de Hollywood utilizando el modelo policial y, al mismo tiempo, rinde un homenaje a Chandler y a dos integrantes del *star system*, pero desentrañándolos. Otros serían Vargas Llosa con *La Tía Julia y el escribidor*, sobre la base del lenguaje cinematográfico, o Eliecer Cárdenas, con *Polvo y Ceniza* –el libro de ficción más vendido en mi país– inserto en el lenguaje de la novela de aventuras. Pero estos, y algunos más, conservaron siempre la calidad expresiva, sus propósitos comunicativos.

El problema vino después, cuando los imitadores iniciaron esa trivialización de la literatura que los condujo a la cercanía de esa otra cercanía - y al mismo tiempo aproximación - que es la paraliteratura. Es decir, el recurso se agotó, o faltó talento. O, tal vez lo más grave, el autor quiso vender y lo logró, consiguió introducir su producto en términos de los media.

Otra causa de la trivialización la encontramos en cuestiones más específicamente del mercado, es decir, en textos inducidos a partir de una estrategia ya no proveniente de la voluntad de los autores en su legítima búsqueda del lector sino orquestada por los editores en su igualmente legítima necesidad de vender su producto. Yo pienso, sin el menor ánimo de ofender, que un buen ejemplo podría ser España, donde hay una gran cantidad de

premios literarios, especialmente de novela, con retribuciones que iban, cuando viví allí, en 1986, de los 25 millones de pesetas a un millón. Sintomática y al mismo tiempo resignada y alentadoramente, el premio con menor significación económica, el Herralde, era el de mayor calidad literaria.

Lo expuesto hasta aquí nos lleva a otro fenómeno: el libro no aguanta, económicamente, la publicidad —es muy cara— a no ser que pueda convertírselo en un best seller, con lo que no quiero decir que, por excepción, no haya best sellers de enorme calidad: *Cien años de soledad*, por ejemplo, para mencionar sólo uno. En otras palabras, el libro se refugia mucho en la publicidad indirecta, pero para que esta funcione sería necesario un cambio de mentalidad en el uso y función de los medios. Esto nos lleva, inevitablemente, a examinar la función misma del libro, la naturaleza de su acción comunicadora, para de esa manera intentar una estrategia común en la que pudieran interrelacionarse autores y editores con los mass media y los lectores potenciales.

Lo primero que tendríamos que reconocer es que la acción comunicativa del libro, rebasa el tiempo y el espacio. Así, sabemos que, en general, el libro tiene un efecto de acción retardada, no inmediata. En otras palabras, no puede dar una “información en tiempo real sobre todo aquello que acontece en el mundo”. Pienso que el *Quijote* leído en el siglo XVII no es igual cuando se lo lee en el siglo XX porque la participación del lector, en tanto narratorio y transformador de los niveles significativos del texto, es otra. Es decir, el libro es un acto comunicativo por excelencia, que no sólo permite la participación del destinatario sino que la exige para su propia supervivencia. Esta acción, siempre relacionada con el destinatario —lo que recalca su comunicabilidad desde el punto de vista de que plantea preguntas y demanda respuestas cada vez distintas, incluso en un mismo lector en diferentes etapas de su vida— extiende su acción a otros espacios y a otras lenguas. Pienso en *Pedro Páramo*, cuya lectura tiene que ser, desde luego, distinta en Chile o Argentina que en México, y más aún en Francia y en China (yo he visto un ejemplar de su traducción al chino), donde el traslado no sólo es en el espacio y el tiempo sino también en la lengua. Esto, que es obvio —y no estoy usando un disfraz de objetividad, como diría Greimas— establece la diferencia básica de los mass media respecto al libro: la fungibilidad y lo efímero —casi como los de un happening— de los medios, y

la permanencia siempre renovada del libro cuando es de buena ley.

En el libro conviven, entonces, la tradición y la ruptura, Octavio Paz dixit, lo que lo volvería imposible en una sociedad postmoderna, supuestamente sin historia y, por lo tanto, sin futuro.

La multiplicidad de opciones del libro, por lo demás, se inserta en la visión positiva de Vattimo respecto a la postmodernidad, que es donde nos da respuesta acerca de esa supuesta condena a una realidad convertida en fábula o fantasía. Así, Gianni Vattimo observa que hay algo bueno en la actual explosión de los media, y esto es que hay una multiplicidad de voces y racionalidades que ahora se oyen, que son factibles al margen de las racionalidades absolutas, y por lo tanto “sectarias”, lo dice él, de la modernidad. En ese sentido, Vattimo escribe: “Caída la idea de una racionalidad central en la Historia, el mundo de la comunicación generalizada explota como una multiplicidad de racionalidades locales - minorías étnicas, sexuales, culturales, religiosas o estéticas - que toman la palabra, finalmente ya no acalladas y reprimidas por la idea de que exista una sola forma de humanidad verdadera que tiene que ser realizada, sin menoscabo de todas las peculiaridades, de todas las individualidades limitadas, efímeras, contingentes”. Vattimo agrega y aclara: “Este proceso de liberación de las diferencias, dicho de pasada, no es necesariamente el abandono de toda regla, la manifestación bruta de la inmediatez (...) La liberación de las diversidades es un acto con el cual ellas “toman la palabra”, se presentan, por lo tanto se “ponen en forma” de tal manera de hacerse reconocibles; todo lo contrario que una manifestación tosca de inmediatez”. Aquí se encuentra, según el autor italiano, la posibilidad emancipadora, liberadora de los mass media.

En otros términos, a pesar del uso equivocado de los medios, estos llevan en sí posibilidades liberadoras que podrían eximirnos de tal o cual concepto absoluto de humanidad que exige que nos les sometamos. Por ejemplo: solo la cultura occidental europea es racional (que es lo que ha sucedido históricamente), o solo la cultura oriental es válida, lo que sería, por la reincidencia en lo absoluto, otra deformación). Cabe pensar, entonces, en las posibilidades de los medios para conseguir un mundo mejor, en el alto sentido liberador e integrador - dentro de la diversidad - que podrían tener si los que los detentan liberaran su dinámica y cambiaran, por lo tanto, su uso.

En este contexto, la cuestión radica, primero, en entender la realidad “como el dato objetivo que está por detrás, más allá de las imágenes que nos dan los *media*” y, luego, propender a que los medios liberen su dinamia y se transforme su uso. En esta línea, por lo menos, habría un principio para transformar ese desencanto o desilusión que es la postmodernidad respecto a los fracasos de la modernidad, en una esperanza o, mejor, en una posibilidad y no en una negación.

Por eso, el concepto de Vattimo sobre la sustitución que hacen los medios de la realidad por una *fábula* es lógica, porque lo que hay que descubrir es cuál es la enseñanza, qué hay “bajo el velo de una ficción”.

En este momento recuerdo lo que dice Casaubon, ese personaje de El péndulo de Foucault, respecto a la credulidad: “No es que el incrédulo no deba creer en nada. No cree en todo. Cree en una sola cosa cada vez, y en una segunda cuando deriva de alguna manera de la primera (...) La incredulidad, lejos de excluir la curiosidad, la sostiene”. Traduzco, para el caso, imaginación como curiosidad, imaginación como creatividad y creatividad como esperanza, pero no en el sentido de esperar sino de ir a un encuentro.

El libro en *medio* de los medios se convierte, así, en una enseñanza, y como toda enseñanza en un aprendizaje. Los *media*, sin duda, deben aprender del libro y liberar sus sentidos, volverse auténticamente comunicativos. Así mismo, el libro debe aprender de los medios, despojarse de ese disfraz de subjetividad que busca la complicidad de un lector minoritario que vive la ilusión de ser tan inteligente como el escritor cuando este confunde oscuridad con profundidad, cuando se disfraza de inteligente.

No podemos descartar, sin embargo, que los medios también manipulan, consciente o inconscientemente, que responden a una concepción moderna de la humanidad, o de lo que se estima que debe ser la humanidad, es decir metafísica, absoluta y centralizada.

Los *media*, sin embargo, tienen otros efectos, además de los que hemos anotado, y de estos creo pertinente referirme a uno en particular, centrado en

la pantalla televisiva. Voy a partir de una afirmación feliz de Raúl Vallejo en su libro *Una gota de inspiración, toneladas de transpiración*. Vallejo, autor de varios volúmenes de cuentos y ex ministro de Educación y Cultura, el titular más joven de una cartera de Estado de nuestra Historia, señala: “(...) la cultura del video-clip se ha impuesto como una forma de conocimiento sensible, de mucho interés y dinamismo”.

Consecuentemente, el libro en medio de los medios se enfrenta a un problema doble. En primer lugar a la eficacia de esa cultura audiovisual tan “sensible” y de “mucho interés y dinamismo”. En segundo, a ciertas condiciones inherentes a la escritura misma y a la lectura, lo que nos sitúa frente a otras responsabilidades.

Respecto a lo primero, la postura no puede ser sino esta: los *media*, con todo su atractivo y eficacia, deben ayudar a la promoción del libro de buena ley, cualquiera que sea el género que aborde, deponiendo generosamente sus condicionamientos por el mercado y asumiendo todas sus posibilidades de promover el desarrollo cultural y la verdadera comunicación de sus pueblos, todo esto buscando la unidad dentro de la diversidad. Naturalmente, este pedido, o llamado, tiene que complementarse con acciones que corrijan las condiciones y responsabilidades inherentes a la escritura y la lectura. En otras palabras, el problema no es sólo de los *media* sino que existen cuestiones y responsabilidades no resueltas que, puesto que son complementarias en los términos de una solución, deben tratarse aquí.

En este punto cito nuevamente a Raúl Vallejo: “Los profesores de literatura (...) nos hemos preocupado muy poco por hacer de la lectura un suceso atractivo capaz de *abrirle los sentidos al mundo* a un adolescente”.

Fantasía y fabulación de la realidad a partir de los *media*, entonces, según quién mire la cuestión: ampliación y profundización de esa misma realidad, multiplicidad de sectores que adquieren y ejercitan la palabra, según otros; abundantes tergiversaciones de parte y parte, fin de la Historia y de las ideologías para los defensores de la desilusión postmoderna, ausencia de futuro según última propuesta, enmarcan al libro en medio de los medios.

Dentro de este desencanto, esta agonía, optamos por la vida, es decir, aquello que propone Vattimo sobre las diversas racionalidades frente a la racionalidad absoluta. Observamos, así mismo, que nada es enteramente nuevo, que hace varias décadas ya eran cuestiones que inquietaban. Edgar Morín, por ejemplo, planteaba en su libro *Por una política del hombre*, publicado hace unos veinticinco años, que “el mundo en vías de homogeneización, de unificación y de organización se encuentra a la vez en vías de heterogeneización, de desorganización, de conflictos y de crisis. La fuerza misma que tiende su red unificadora sobre el planeta –el desarrollo técnico– es la que provoca los desórdenes actuales. La técnica –hay que repetirlo– no es una esencia: es lo que relaciona ciencia y economía, un fermento y sustrato de civilización”.

Así, el libro está en medio de los *media*, no de una esencia, y dentro de aquello que relaciona ciencia, economía, humanidad y cultura, el libro, igual que los *media*, debe ser un fermento y sustrato de civilización, no en el sentido de Spengler, sino de la gran variedad de concepciones del mundo que nos rodea y busca la convivencia en medio de la diversidad.

El mismo Gianni Vattimo puede ayudarnos a cerrar este intento de comunicación cuando escribe que “el ser no coincide necesariamente con todo aquello que es estable, fijo, permanente, sino que tiene que ver más bien con el evento, el consenso, el diálogo, la interpretación” y, por último, que debemos captar “esta experiencia de oscilación del mundo postmoderno como *chance* de un nuevo modo de ser (tal vez finalmente) humano”.

¿CRÍTICA O PUBLICIDAD?

Carlos Iturra

Hay ciertas cosas que me gustaría sistematizar dentro de este campo antes de intentar alguna aproximación a algo que parezca un diagnóstico. Me gustaría antes que nada, establecer cierto grado de diferenciación que pudiese tener el concepto “crítica” cuando nos preguntamos si puede ser un incentivo para los lectores. Nos planteamos los distintos sentidos que podemos darle a la palabra “crítica”. Y por otra parte, creo que sería interesante, y ya veremos por qué, distinguir por el lado del receptor, cuáles son los destinatarios que tiene esta crítica.

Nietzsche decía que la voluntad del sistema es la deshonestidad, o algo así. Yo no creo que esté intentando hacer un sistema explicativo, pues pueden haber muchos. Pero creo que nos puede ayudar a clarificar las cosas si nos atenemos, por ejemplo, a que la palabra “crítica”, según yo lo entiendo, puede significar todas estas cosas. En primer lugar, la crítica puede ser el análisis, puede ser la crítica como información o puede entenderse como recomendación, y finalmente puede ser la crítica como publicidad o como propaganda. Ni es taxativa ni excluyente este, por decirlo así, amago de clasificación. Pero a lo que yo quisiera apuntar es a que cuando nos preguntamos si la crítica ejerce o no la influencia, yo creo que tenemos que analizar de que tipo de estas críticas estamos hablando y a qué público está llegando.

Desde el punto de vista del público, yo diría que hay dos clases de lectores muy a grosso modo, que podrían estar implicados en esta pregunta, si para ellos es válida la crítica. Yo diría que no es un ciudadano común y corriente, porque el ciudadano común no lee. Este es un ciudadano que lee y que podríamos ponerlo en una primera etapa, que lee de una manera ingenua, que disfruta de lo que lee, que pasa de John Le Carré a Agatha Christie y de ahí al último libro de José Donoso. Lectores que podríamos llamar de primer grado. Y hay otro grupo de lectores que son, que somos, los que en alguna medida estamos aquí, que sin ánimos de pretensiones, podríamos llamar lectores especializados, lectores de segundo grado, porque somos lectores interesados tanto en la producción literaria, como en lo que se escribe acerca

de la producción literaria. Crítica que vendría a ser, por así decirlo, escritura de segundo grado. Entonces, yo creo que si nos atenemos a la lectura como análisis de la lectura de publicidad, o sea, si el diario La Epoca le dedica dos domingos seguidos sus suplementos a un escritor que ese equipo ha descubierto, o sea, dos domingos un suplemento con fotos, entrevistas, en La Epoca o en El Mercurio, tenemos un efecto que obviamente va a repercutir en las ventas de ese libro. Pero, esto que ha repercutido tan positivamente en la difusión del libro, ¿fue crítica o fue propaganda? Yo veo que aquí hay un ángulo en que estas dos semanas dedicadas al escritor, independientemente de lo meritorio que sea per se, es un espacio de mera publicidad, es el espacio tal como los que los productos del mercado pagan en los diarios. Entonces, analizado desde esa perspectiva, claro que surge cierto efecto motivador en los lectores, hace creer que está en el tapete "x" libro por ejemplo, y aquí yo creo que es publicidad. Porque es totalmente independiente el efecto de lo que se está haciendo, ya que aunque sea negativo, esas dos semanas bastan para tener cierto grado de prestación como creo que le llaman los economistas. Entonces se genera motivación y ganas de saber más sobre este punto.

Ese tipo de efecto que es asociable, que es en cierto modo consecuencia de la crítica, no surte efecto sobre los lectores de segundo grado, aquellos que se precian de saber leer entre líneas y que saben apreciar las dos o tres lecturas que pueda tener un texto. Ese tipo de lector seguramente va a deducir algo respecto a esas dos semanas dedicadas a "x" autor. Ese lector especializado es aquel que se va a dejar impresionar por un buen razonamiento al respecto por alguien que le merezca dicho respeto. Todo esto le va a dar cierta impresión del libro, cierta imagen que lo va a motivar a conocerlo y si es que le ha abierto el apetito entonces será que el comentarista le merece respeto.

Yo diría que, al margen de lo que pudiesen ofrecer en este punto las cifras concretas, las estadísticas respecto a tal libro –porque las señales son confusas hasta el momento– hay casos contradictorios o que se contraponen. Por ejemplo: tenemos el último libro de Luz Larraín, "Blanca Elena", editado por Sudamericana, que es un libro que ha recibido críticas unánimemente negativas, sin embargo, es un libro que se ha vendido envidiamente. De esta manera, aquí los comentarios, aún siendo negativos, no influenciaron la

recepción del libro. Y también podemos encontrar casos a la inversa, libros que se han difundido de manera misteriosa porque resulta que nadie les tiró pelota. Hay allí un margen que se podría determinar mediante cifras, pero creo que es importante hacer desde un comienzo las diferenciaciones entre los conceptos de crítica, y las categorías de lectores a los que se llega.

DEMOCRATIZAR LAS ZONAS PÚBLICAS DE LA LECTURA

Kemy Oyarzún

Publicidad encubierta. Crítica en la era del culto a la imagen. Parto con una cita de Ignacio Valente que dice: "no leer es simplemente un pecado de mal gusto". Esta no es una apología de la lectura. Se ha dicho innumerables veces que la entrada a la era audiovisual ha transformado negativamente las condiciones de la lectura. Un muy serio profesor de literatura me decía hace unos días que él lo pensaba mucho antes de ponerse a leer un libro.

Una y otra vez, durante este siglo, se ha anunciado con trompetas el fin de ciertas formas de escritura como la novela. Yo misma, cómo crítica, me sitúo un poco incómodamente en el frío mundo de las letras que mencionaba Gabriela Mistral. Suelo imaginar mis vagancias y extravagancias por las locas poleas de la teoría, como esas máquinas desbordadas que imaginaba Cortázar cuando jugaba con los patafísicos. Intento, en el ensayo, un deseo magnífico y rotundo de ir vislumbrando otros géneros. Un género muerto, verdadera máquina parada que se enciende cada vez que otras máquinas se desbordan o fallan, o como esas cajitas de Pandora, donde confluyen las grandes risotadas de la Humanidad a sí misma. Allí me situaría, el encuentro de la máquina de coser y la pipa sobre el mesón de la cocina de la SECH, con mucho verbo De Roqueano, Mafaldiano, y Einsteniano, es decir mucho Marx y los hermanos Marx.

Pero, al parecer, las máquinas desbordantes no venden hoy por hoy, se entiende, son post-cívicas, post-utópicas. No hace mucho pudimos dedicar unas cuantas resmas de papel para graficar y marginar lo literario, entre las inmensas cuentas deficitarias entre el mercado y el libro. Pero aquí me surgen ciertas interrogantes. ¿De qué libro hablamos? ¿Por qué este desprestigio del libro? ¿Por qué este amor-odio hacia las letras? Hay letras que visten una biblioteca de buen gusto y otras que la desvisten. Se lee el horóscopo, se venden libros de recetas, la moral light, tan livianamente discutida, también vende. Planeta hace brillar con colores propios a estrellas otrora bastante oscuritas de la Cruz del Sur. No obstante, no creo tener fobia a lo comercial en cuanto a gusto popular. A diferencia de Valente, el mal gusto no constituye para mí pecado alguno.

En parte, mis descontentos con la ciudad letrada de la que tanto habló Angel Rama se circunscriben a una perversa nostalgia de los antiguos cronistas y a las chamánicas cuenteras de las comarcas premodernas de América Latina. Pienso, por ejemplo, en las abuelas del Popol-Vuh, que nombraban el mundo para otros y con otros, de una manera tal que quehaceres y deberes mágicos y religiosos, poéticos y artísticos. Se juntaban para contar el mundo a la comunidad, para recrearlo en el sentido del juego y goce que esa palabra conlleva. Sagrados y profanos, esos saberes podían ser, al mismo tiempo, creaciones del mundo, y poderes medicinales, recetas culinarias, artes guerreras, o iniciación sexual. Acciones de crítica y de arte no constituían entonces áreas especializadas ni excluyentes.

Dije “perversa nostalgia”, no nostalgia de un orden irrecuperable, sino perversa manía a recordar a través del pasado que es posible imaginar formas culturales que guarden otro tipo de relación con las grandes mayorías. En América Latina debemos tener siempre presente que la letra penetró a las comarcas orales como una forma de conquista y de penetración. Letra colonizadora que se impuso a punta de sable, primero, y pedagógicamente después. Y seductoramente hoy. A medida en que la letra penetraba comarcas ágrafas, se convertía en fetiche, en marca de status y poder. Más que una mera cultura letrada, fue un nuevo culto a la letra del civilizador, un derrumbe de glifos y códigos precolombinos, una desvalorización de saberes no europeos.

“Ni me habla a mí el dicho libro” dijo alguna vez Atahualpa de la Biblia, en Diálogos de Cajamarca. Resulta bastante paradójico afirmar con Valente que se debe leer por un imperativo de placer. Después de todo, si hay placer, por qué hacerlo imperativamente. Yo quisiera afirmar que lo preocupante no es que no se lea, sino que aún hoy, en tránsito al siglo XXI carezcamos de una política cultural inclusiva y pluralista que democratice real y profundamente nuestra ciudad letrada, abriendo el registro y publicación y circulación de lo escrito a los amplios sectores de nuestra sociedad. No me preocupa tanto la ciudad letrada, sino su tono consensual y monocorde, maniático, obsesivo por la uniformidad, con estrechez de mirada. A través de los 17 años de dictadura se nos fue moldeando una cultura oficial que aún conserva y defiende, no sólo contenidos, sino dominios culturales. Ampliar

y romper el cerco de continuidades en las lógicas culturales de este país transitorio, implica otros cambios, tránsitos y transacciones entre quienes tienen acceso a la escritura pública y a su lectura. Implica democratizar consejos editoriales y cánones de gusto, pero implica también democratizar las zonas públicas de la lectura, abaratando el costo y fomentando la descentralización del libro en bibliotecas populares. El mercado jamás podrá ser garante de tal pluralismo. La crisis de lo cívico, el desgano de los asuntos colectivos y públicos, el desprestigio de la crítica y de la política, es precisamente el efecto de las políticas culturales que ocultan, tras la lógica del mercado, una profunda crisis del Estado.

Se habla muchísimo sobre el solitario acto de la lectura en contraste con el masivo acto de ir al cine o ver la televisión. Sin embargo, yo quisiera enfatizar que ese privado acto de la lectura es socialmente determinado por el acceso al libro, por las tácitas decisiones de quiénes serán o no publicados, por los códigos y los agentes que rigen nuestros, aparentemente profundos gustos. No creo que sea casual que lo light sea lo que la gente elige, prefiere y escoge al consumir cultura en el mercado del libro. Tampoco parece casual el desprecio a una crítica autónoma y mordaz, la cual brilla por su ausencia en las estanterías de libros, no así como en los diarios y otros avatares públicos. Que la naturaleza social de estos gustos no parezca evidente no significa que ellos sean tan espontáneos o naturales a las arbitrarias leyes del mercado como lo parecen. De ser espontáneos, no necesitaríamos el sofisticado aparataje publicitario que los apoya y nutre. Existió entre 1960 y 1973 la televisión y el cine, pero no obstante, se buscaba la crítica en el libro. Existía entonces un sujeto lector para esos quehaceres literarios, existían políticas culturales que culminaron en proyectos como Quimantú. No digo todo esto en tono de nostalgia. Digo esto porque se habla como si no existieran políticas culturales más allá de políticas de mercado. Pienso que lo serio no que es existan políticas culturales, sino que existen pero se ocultan tras las bambalinas del consumismo. Existen, funcionan y con qué eficacia: las políticas liberales del neoliberalismo. Es preciso entonces demostrar que se privilegia cierto tipo de libro y cierto tipo de lector. Demostrar, en una palabra, que el sujeto anodino que se está moldeando es tan anodino en las letras como en las prácticas culturales, en las multimedia, como en el circuito de la Universidad.

En mi opinión, este tipo de desmontajes es una tarea colectiva difícil en momentos en que se hace cada vez más competitiva y rígida. Es solitaria y cada vez menos solidaria la cultura en que estamos insertos. Hemos heredado de la dictadura el agruparnos en pequeños clanes, en la medida que estos no constituyan pequeñas sectas del saber ni del crear. Un replanteamiento de los dominios del saber que incluya las trastiendas, las costumbres de las mujeres, el nomadismo y el travestismo de esta ciudad, los derechos y desbordes de realidad, la marginalidad con sus dones y traumas. Tarea para la casa, como dijo mi amigo Redolés.

UN CIRCUITO LITERARIO ES SANO CUANDO EL PAÍS ES SANO

Carlos Olivárez

Uniéndome a esta mesa que discute acerca de sí la crítica literaria fomenta o no la lectura, yo quisiera tener una premisa anterior, y es que no quisiera transformarme en una de esas personas que son muy críticas de la televisión, pero una vez que consiguen trabajo en ella, son sumidos por esta. Y la televisión sigue siendo igual. Hay mucha gente que lo hace, podemos dar nombres incluso. Hay una cosa inmediata que surge cuando uno, que ha estudiado literatura, que ha leído libros, y de pronto, por estas cosas del destino, tiene a su cargo, semana a semana, el material que se debe incluir en un suplemento literario. Uno se encuentra con que todas las teorías y las buenas intenciones se topan con una realidad que es innegable. Y es que los libros son infinitos. Y el suplemento tiene sólo ocho páginas, entonces algunos tiene que quedar afuera. Y nos han nombrado allí para imponer cierto tipo de selección.

El otro lugar común que se ocupa, ya sea cuando se culpa a los medios de comunicación, a los críticos literarios o a los responsables de los medios de la difusión de la literatura, acerca de la poca cultura, de que los medios no estarían haciendo su papel bien. Y es que pocas veces, las personas se han detenido a pensar en lo que significa el lector, a lo que aspira un lector más allá de un suplemento, sino a que aspira de un libro. De manera que un suplemento literario tiene que encauzar una variedad de intereses, para que salga un todo armónico, desde luego criticable, y desde luego sujeto a perfecciones, pero que en su totalidad, en la suma de todos los números, sea algo que haya aportado. Y estoy hablando de un suplemento que, aunque lo que diga les pueda sonar estrambótico, es exactamente la verdad. Y es que este suplemento literario del diario La Epoca es el suplemento literario más antiguo de Chile. No hay ningún suplemento de este ámbito literario que haya tenido la cantidad de números, que ya vamos en el 400. Y paradójicamente se da en el diario más joven que tiene Chile, de manera que la suma de esa cantidad de números será para un estudioso, una fuente de rico material de información acerca de todo lo que ha pasado en estos últimos años.

Pero lo concreto, a lo que tiene que enfrentarse una persona que llega a diseñar el material, no son teorías del texto, sino que son cosas tangibles. Es el escritor que está esperando a la salida del diario, con su libro bajo el brazo, tratando de conseguir un espacio. Un espacio que va más allá de la obra, porque es la obra de un hombre. Hay que recordar lo que dijo Whitman "cuando toco un libro toco un hombre". Es exactamente eso lo que ocurre, cuando un autoeditado concurre a la redacción del diario con su libro. Necesita de un respaldo. Y ahí uno se pregunta: ¿Será eso lo que necesitan los lectores? ¿Cómo se puede ser exactamente justo, democrático, fantástico, mutimedia?

De manera que todas las teorías - y yo me siento muy seguro diciendo esto - porque es casi lo mismo que dijo el editor del New York Review Books, cuando estuvo aquí el año pasado, claro con los problemas multiplicados por 1000, pero es básicamente lo mismo. De manera que si la crítica literaria apoya y acerca a los lectores a los libros, yo digo que necesariamente, y lo digo con conocimiento de causa, con una realidad concreta, con escritores que han ido hasta allá y dicen que después que ha salido un comentario, su libro se había leído, se había encontrado con personas que jamás imaginó que lo habían leído. Lo que demuestra que hay mucha reactividad por parte de los lectores respecto a lo que se dice, a lo que se habla, a lo que el crítico o comentarista o el nombre que se le quiera dar, emita un juicio, lo coloque en un diario, analice el texto. De manera que los críticos son extremadamente importantes para el circuito literario. Ahora, un circuito literario es sano cuando el país es sano, cuando se produce esto, que sale un libro y hay comentarios sobre ese libro, críticas a ese libro, y esa crítica genera opinión. La gente habla de esa crítica, es como un tercer paso de conversaciones reales, de un papá con su hijo, de dos enamorados. La gente en los bares conversando acerca de este tema literario, o reuniéndose en una sala a escuchar a gente, que ustedes creen que poco saben de esto. Yo estoy un poco desconcertado por la presión que me están poniendo en este momento. Pero cuando esto sucede, cuando hay este tráfico de opiniones y cosas, entonces la salud literaria de un país esta bien, todo esta funcionando. Y no me estoy refiriendo al tema consensual, que todo esta bien, que la novela es buena, que el comentario es bueno, sino que al contrario, cuando "roscas" o peleas, entonces la cosa se pone más interesante. Entonces, tratar de jerarquizar la crítica literaria es algo así como lo que nos enseñaban, como cuando éramos chicos, que el

hombre tenía cabeza, tronco y extremidades. Entonces, la crítica literaria va desde la opinión que tiene una persona sobre lo que se escribe en la solapa del libro, de las cartas, los llamados telefónicos, hasta que se va estructurando algo más elaborado, como pasa en los medios de comunicación. Todo esto aún sin adentrarnos en nada, en una cosa que yo creo que en Chile está confusa. El ejemplo más claro está en la música, vemos los suplementos de televisión, los programas, y siempre traen a los mismos cantantes y los mismos músicos, que se ganaron el disco de oro o qué se yo. Pero nunca vemos a los que realmente venden más en Chile que son, no sé, "Los hermanos del Valle". Nunca salen en los diarios o los suplementos, pero son realmente de ventas masivas, son de gustos populares, entonces la gente encargada de estas secciones pensará que esto es una submúsica, o algo que no merece estar en el estrado del rock o del gran espectáculo.

En los países desarrollados ocurre esto mismo con la literatura. Hay un tipo de literatura que vende muchísimo. La semana pasada, por ejemplo, se rompió el récord de derechos de autor. A un escritor llamado Archer le pagaron cincuenta millones de dólares por los derechos de una novela que todavía no escribe. Esos libros venden mucho, pero lo mismo que ocurre aquí con la música, no son comentados por los suplementos literarios. A la gente no le interesa esa literatura. Lo que yo planteo, es que aquí está confuso, uno escucha comentarios, lee comentarios, escribe opiniones respecto a que determinados autores no tienen una calidad muy elevada de literatura, pero sin embargo tienen mucha venta. Los amigos mexicanos le han dado unos buenos "hachazos" a una especie de receta de cocina que se transforma en literatura, y correspondería al caso de los hermanos que cantan, corresponderían no a la literatura sino a otra cosa. Yo veo que en Chile todo eso está mezclado, y que muchos autores chilenos - y todos sabemos quiénes son - están jugando en una liga que no les corresponde, compitiendo en una forma bastante desleal con otros tipos cuyas formas, cuya carrera es la maratón. Llegar para siempre y permanecer en el tiempo.

De manera que aquí hay mucho motivo de conversación que nunca he escuchado en estos paneles. Y es que siempre tenemos la tentación de culpar a alguien de algo que nosotros no podemos hacer. No creo que sea la ocasión de echarle la culpa al Estado, a los diarios, a la televisión, a los

escritores o a los lectores. Y talvez podríamos echarle la culpa a Dios o al Padre Hurtado, pero no creo que sea la hora ni la reunión apropiada para salir con cargas negativas que boicoteen nuestro ánimo de fiesta, porque aquí hay escritores de distintas nacionalidades que han traído sus opiniones, y es importante que escuchen las nuestras. Pero las nuestras con una mirada más aguda respecto a nuestra realidad.

QUIENES LEEN LIBROS LO HACEN CON CRÍTICA, SIN ELLA Y PESE A ELLA

Rafael Ramírez Heredia

Tengo que dar las gracias por su asistencia. Dice un viejo adagio mexicano que a los amigos se les conoce cuando uno está en el hospital, en la cárcel o cuando da conferencias. Tendría que darles las gracias también a quienes hacen posible este tipo de encuentros. Poli Délano, Fernando Jerez, Ramón Díaz Eterovic, a la SECH, al Centro Cultural de España y a todos los organismos que hacen posible que esto se haga.

Lo primero es decir que cada día los libros se venden y se leen menos, y tenemos que poner un “hasta aquí” para que no siga sucediendo. El 1 de enero del año 1994, un grupo de indígenas encapuchados en la sierra de Chiapas le dijeron “hasta aquí” a un gobierno, y creo que un año y medio después, los lectores y los escritores latinoamericanos, tenemos que decirle “basta ya” a todo eso que nos está haciendo más imbéciles.

Tendríamos que preguntarnos por qué razón los escritores tenemos que andar en estos menesteres. El escritor, en última y primera instancia, a lo que se debe dedicar es a escribir, y que las demás cosas las hagan otros. Hace unos momentos platicaba con unos amigos y les decía que en ocasiones parecíamos trapecistas que nos andamos jugando la vida en los trapecios, y entre función y función también tenemos que andar vendiendo los boletos. Pero ni modo, así tenemos que hacerlo. Cuando la situación se ha puesto como se ha puesto, no nos queda más remedio que darle vueltas al trapecio, vender los boletos y hasta hacerle a la orquesta. La situación es cada día más crítica, tenemos grandes problemas de falta de lectura, y si los escritores no hacemos algo - y no sólo los escritores - no nos dejen todo el paquete, los escritores vamos a terminar leyéndonos unos a otros. Yo te leo, tú me lees. Yo te aplaudo, tú me aplaudes. Y eso, no vale.

¿Para qué la crítica literaria? La crítica literaria podría aumentar las ventas de los libros. Unas críticas sirven para que un libro se venda más, y si hay muchas críticas y muchos suplementos culturales, entonces, el libro se va a vender más. No hay mejor crítica que aquella en la que no se elogia,

porque en una última instancia hay que desconfiar de los elogios. Las críticas literarias sirven, de alguna manera, para anunciar que ha salido un libro.

Voy a referirme a algunas cosas, que de alguna forma son referentes a mi país, México. En mi país las críticas literarias se manifiestan a tenor de varios aspectos. El primero de ellos, los grupos y las capillas literarias. Yo no sé si esto sucede en Chile, supongo que sucede. Un grupo de mafiosos se reúne, y sus cuates son aplaudidos, y los cuates que no son suyos, esos no son aplaudidos. ¿Vale esta crítica? Después, del otro lado, los del grupo B, los que son sus amigos, ellos son bien criticados, y los que son enemigos no son bien criticados ¿Vale de algo eso ?

Hay una segunda crítica, que es todavía peor. Aquella que si el libro es de mi novia o no. A mi polola yo le digo que es genial, y a la que no le digo que no sirve, o, peor aún, no le digo nada. Hay todavía otra. Y es cuando el periódico equis apoya a cierto grupo de editoriales, y entonces, todos los libros que publiquen esas editoriales, esos periódicos los aplauden.

Todavía hay una peor : la personal. Fulano de tal es mi enemigo, me ha atacado, ha dicho cosas malas de mí, y no se habla de él. Hay una regla en el periódico “no se habla de fulano de tal”. Y no existe. ¿ Es buena esa crítica? Yo lector, no escritor, sino simple lector, desconfío de la crítica de tal fulano, porque es de tal grupo, apoyado por tal tipo de periódico. Entonces, esa crítica literaria no sirve absolutamente de nada. La crítica literaria que realmente sirve es aquella en que el individuo, pese a escribir en tal periódico determinado o escribir a favor o en contra de cierto grupo determinado, escribe honestamente.

Alguien ha dicho por ahí que todo crítico literario no es más que un escritor frustrado. Entonces, digo, éste ha escrito muy bien, pero tengo que decir que es muy malo, porque sino tengo que admitir mi propia torpeza. ¿Sirve ésto para promocionar las ventas? Yo diría que no, con el respeto que merecen, quizás, ciertos miembros de esta mesa. Pues quienes leen libros lo hacen con crítica, sin ella y pese a ella. Yo no necesito leer a Bukowski o a Henry Miller porque la crítica me diga que tengo que leerlos. Los leo porque tengo necesidad de hacerlo. ¿Entonces, a qué se va reduciendo la crítica para

un escritor? A los elogios o a los ataques, a los aplausos o a las negativas.

La literatura, los buenos libros, y quiénes las escriben existen pese a la crítica. No hay crítica si no hay libros, pero sí hay libros sin crítica. Y yo creo que la crítica debe ser tan explícitamente objetiva. Debe ser un apéndice de la literatura, y no creer los críticos literarios que están más arriba de la literatura, o que el escritor es bueno porque la crítica lo dice. Cuando la crítica literaria se transforma en algo tan simple como escribir sobre las solapas de los libros, o escribir algo para cobrar un sueldo, no aporta nada a la literatura.

En algún momento aquí se hablaba de que hay libros que pese a la crítica se leen o que no se leen. Hay una crítica muy superior a todas las críticas. Es la que se transmite de voz en voz “¿Ya leíste tal libro?” “Me ha gustado tanto este libro que he querido regalártelo” Y esa es la mejor crítica, pues creo que el mejor crítico que existe es el lector. Mientras existan el que escribe y el que lee: el libro existe. Mientras exista un autor y no haya un lector, el libro no existe, es un aborto clandestino. Cuando existen los dos, lector y autor se compenetra la mejor crítica. Es decir, la mejor crítica que yo he escuchado decir es “¡ Qué lástima que se acabó el libro !”

EL ESCRITOR Y LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

Moderador

Luis Alberto Tamayo

Participantes

Floridor Pérez

(Chile)

Naín Nómez

(Chile)

Hernán Lara Zavala

(México)

José Luis Rosasco

(Chile)

LOS ESCRITORES Y LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

Floridor Pérez

1. Primera constatación. Los escritores nada pueden hacer por la enseñanza de la literatura, a menos que sean profesores. Mejor si son directores o rectores y más si fueran ministros de educación.

2. Segunda constatación. Ningún estamento por separado puede hacer mucho por la literatura en la enseñanza. Menos que nadie el escritor, porque su opinión sólo pesará en la medida en que esa misma enseñanza alguna vez lo valore.

3. Tercera constatación. El medio es el primer factor influyente sobre la educación. Sino creen, imaginen a varios personajes entrando a un colegio:

a.- Uno empuña un micrófono, seguido por una cámara de televisión.

b.- Otro va con su guitarra al hombro.

c.- El tercero columpia una pelota de fútbol en su malla.

d.- El cuarto lleva su último libro bajo el brazo.

Este problema plantea una pregunta. Imagínensela también y marquen la alternativa correcta.

Por lo tanto, el escritor debe actuar sobre el medio social, sobre las esferas del poder real: los medios de comunicación, la publicidad, la información.

Allí, primero, deberá en el futuro darse existencia real a la literatura y su hijo legítimo, el libro, que hasta hoy NO existen.

En este punto no voy a decir imaginen, diré: recuerden un Noticiero: ¿Qué ocurre en este país día a día?

-Un vehículo atropella a un peatón o a otro vehículo, ergo los vehículos existen y se venden y compran por miles.

Ergo los atropellos existen y se atropella a diario: a la Corte Suprema, al dolor familiar, a los colegas del parlamento, al buen juicio. Y todos los atropelladores tienen presencia asegurada en la sociedad. (La sociedad hoy, todos sabemos, cabe en una pantalla de 14 pulgadas.) Naturalmente suceden otros importantísimos acontecimientos: se pasan goles, se tira la camiseta, se dan codazos, se cometen violaciones.

¡Y vamos metiendo goles, chaqueteando, codeando, violando!

¿Quién educa realmente hoy al medio? Dicho al revés, ¿quién realmente da las lecciones que verdaderamente el medio aprende?

Si somos consecuentes con esta realidad, sabremos qué puerta tocar: no las desvalidas puertas de la educación sino las poderosas de la información.

No exijamos nada, no reclamemos enérgicamente, no luchemos hasta las últimas consecuencias. ¿Qué podría alarmarnos si no los conmueve la ya larga huelga de hambre, disimulada y con relevos, es cierto - como la de Colonia Dignidad - que por décadas vienen manteniendo los escritores chilenos?

Roguemos existir. Nada más. Cuando hablan tres días del fútbol chileno que pierde cuatro por cero con Argentina, ¿por qué no podrían hablar tres minutos de la poesía chilena, que le gana dos Premios Nobel a 0?

Hasta la televisión colombiana, con su Higitas que celebrar y sus atentados que lamentar, siempre deja un espacio para el escritor y el libro, y no les oí presumir de ser de las mejores de América.

Y no nos digan que dan lo que la gente pide, porque hace tiempo que los chilenitos pedimos triunfos. Y cuando Nicanor Parra ganó una Copa América en Guadalajara, no tuvo la entrevista concedida al señor del ascenso que erró un penal contra Santa Cruz...

Y cuando Gonzalo Rojas recibió en Madrid el Premio Reina Sofía en España no tuvo ni la cámara dedicada al chofer del bus que sacó del estadio a Colo Colo después de perder allí mismo con el Real 6 por 0.

Ya sé que no hablo de cosas importantes. Hemos hablado tanto de cosas importantes, que pensando en lo que hemos conseguido, yo traigo modestísimas reflexiones para conseguir, digo mal, para pedir modestísimos adelantos: que tomen nota de que la literatura, los escritores y el libro existen. Conseguido eso, si existimos, ya sabremos qué hacer.

Pero, basta de sacarle el cuerpo al asunto. Me jugaré por un plan concreto y eficaz. Ya que no tengo uno para aumentar el hábito de la lectura, propongo uno para disminuir la afición por la televisión a excesos que la convierten en vicio. Consiste en una sencilla pauta para el televidente:

– No limite en modo alguno el tiempo de televisión a sus niños, adolescentes ni jóvenes. Por el contrario, provéalos de espacios cómodos.

– Sólo exija que después de cada programa, su televidente llene este sencillo formulario:

1. Nombre los protagonistas.
2. Anote a los personajes secundarios en orden inverso a su aparición.
3. Describa físicamente a la protagonista femenina.
4. Describa sociológicamente al protagonista masculino.
5. Describa subjetivamente los espacios cerrados y objetivamente los espacios abiertos.
6. Refiérase a la condición social mayoritaria de los extras.
7. Señale tres acontecimientos que le parezcan determinantes e indique donde supone que se instaló la cámara principal para captarlos.
- 8 ...
- 9 ...
- 10 A su elección, apelando a su conocimiento del grupo.

Retire, revise y corrija las respuestas, evaluándolas con arreglo a alguna tabla confiable, como por ejemplo la usada para el cálculo del IPC.

Entregue los resultados, oiga excusas y regañe un poco.

Observe el comportamiento posterior, y si en su casa ha bajado notoriamente la audiencia, haga 40 fotocopias y envíelas a cuantos autores de textos escolares o profes de castellano conozca, con una fotocopia notarial para el Ministerio.

Y por nada deje de asistir al próximo seminario sobre fomento de la lectura, y pregúntenos si no hallamos un extraño parecido entre su loca Pauta para desincentivar la televisión y los juiciosos manuales con que por años venimos soñando incentivar el hábito de la lectura.

EL ESCRITOR Y LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA

Náin Nómez

Para los que enseñamos literatura, nuestra profesión se nos presenta siempre bajo una doble realidad: por un lado nos apasiona dar a conocer y hacer comprender el mundo de los libros que tanto nos entusiasmó a nosotros y por otro, sentimos muchas veces la frustración de que no estamos sintonizando lo que aprendimos con lo que queremos entregar. Este lado negativo del proceso, nos plantea permanentemente la duda sobre la importancia de lo que enseñamos y el papel que cumple la literatura en la vida cotidiana e intelectual de las nuevas generaciones.

No intento responder aquí al problema de cómo enseñar mejor la literatura ni tampoco dar soluciones para que los jóvenes lean más y mejor. En este terreno las respuestas pueden ser infinitas y caben dentro de una política cultural de nivel macroscópico que en las reflexiones que uno pueda hacer en este foro. Las posibles soluciones aparecen por todos lados en los informes, los resultados de las encuestas y las discusiones de múltiples coloquios. Por último, que el joven lea, depende de la manera como le entrega el conocimiento el educador y esa es tarea individual de cada uno de nosotros.

Por eso quiero que se me permita dar un rodeo para entrometerme en algunos terrenos conexos, pero que tienen que ver también con el tema de esta mesa. La función de la literatura ha cambiado muchas veces en el pasado. Se ha vinculado a lo sagrado, a la educación, a la belleza, a la crítica social, a la transformación del mundo, al autoconocimiento y a la reflexión. A nuestros días ha llegado erigida en fetiche. Pero no sacamos nada con quejarnos. La realidad es que cada vez se lee menos. Mejor dicho, se deja menos tiempo para leer literatura, aunque la información escrita que pulula alrededor nuestro es saturante. Es indudable que la influencia de los medios audiovisuales como el cine, la televisión y el video han mermado el número de lectores y han ganado los espacios del ocio. Pero también los lectores han cambiado y esperan otra cosa del libro. Es por ello que la producción se ha adaptado a los nuevos lectores que no tienen tiempo para largas novelas o para reflexionar en torno a las propuestas escriturales que se ofrecen. Sólo unos pocos iniciados permanecen fieles al intrincado conocimiento de la

literatura más críptica y secreta, especialmente la poesía. Esto también influye en la manera como se enseña y como debiera enseñarse la literatura.

Es posible que la literatura tal como la conocemos hoy día desaparezca en el futuro. Es posible que después de 3500 años de historia, el libro actual se transforme en imágenes que almacenen información. Pero su función no será sustituida. En la era electrónica el libro tendrá otro aspecto, se materializará en una pantalla o dejará de elaborarse como una cadena sintagmática, pero la necesidad original que potencializa el libro como experiencia dramática que nos urge a vivir, seguirá existiendo.

La vertiginosidad de las ocupaciones y el retroceso de la memoria histórica como almacenaje de información, hace que nuestro tiempo se caracterice cada vez más por el olvido. Ya no hay tiempo para leer. El sueño del progreso y la técnica que nos iba a liberar del trabajo rutinario, que nos dejaría tiempo para el ocio y permitiría la posibilidad de un ciudadano de profunda cultura, no se ha cumplido. O tenemos menos tiempo para el ocio, o nos interesa usar ese tiempo en apelaciones más livianas que no sean la lectura de libros o la oferta se ha vuelto tan multitudinaria que lo publicado pasa vertiginosamente por las librerías y no se puede seleccionar. Sufre el mismo proceso de descomposición y reducción que permea la sociedad de consumo, banalizando a sujetos, objetos y libros. Contagiados de impaciencia, de aceleración creciente, de ansiedad y desosiego, evacuamos y eliminamos rápidamente todo: todos estamos apurados, los escritores, los editores, los publicistas, el lector, el mercado y la economía. En esta dinámica masiva donde a cada libro le cuesta salir del anonimato y debe abrirse paso a codazos entre otros ejemplares, la selección se hace cada vez más difícil. Por otro lado, lo que se lee en 3 días o en una semana, es tragado en dos horas por el cine y en una por la televisión. Cada vez más el contenido se digiere como mera entretención, perdiendo el carácter sagrado, reflexivo, estético o didáctico que alguna vez tuvo. Más aún, empezamos a leer como vemos televisión y muchos libros que antes podrían habernos emocionados, ahora nos parecen aburridos. ¿Cómo entonces, no se va a aburrir un joven que desde que nació convivió con imágenes visuales repetidas todos los días de su vida? Para él, la representación de lo imaginario es la televisión, donde realidad y ficción conviven y se multiplican al infinito creándole una especie

de esquizofrenia al revés. El dinamismo acelerado del televisor que no tiene el *tempo* pausado de la lectura, le provoca la necesidad de una distracción cada vez más intensa y excitante, cada vez más acelerada, que se opone a la activa reflexión y fruicción estética del libro.

No es extraño entonces, que esta sintética comunicación audiovisual, disminuya la capacidad de expresión de los jóvenes a un nivel de semimudez y produzca el atrofiamiento y la reducción del lenguaje escrito y hablado hasta límites que pueden a veces llegar a ser traumáticos.

Sin embargo, ni como creadores ni como educadores podemos dejarnos vencer por los augurios de este fin de siglo. Como indica Italo Calvino, la fe en el futuro de la literatura consiste en saber que hay cosas que sólo la literatura con sus medios específicos puede dar, detallando a continuación seis características que harían perdurar el libro, por lo menos, hasta el próximo milenio. En nuestra experiencia diaria con los jóvenes que estudian literatura, que asisten a talleres o que se interesan por éste o por el otro libro en medio de una dura competencia profesional, nos encontramos con que el conocimiento y el aprendizaje de la literatura, siguen conquistando adeptos aún en las adversas circunstancias actuales. Un número considerable de estudiantes de diversas especialidades, aún lee, se interesa y reflexiona la literatura, redescubre su encanto, se mimetiza con su ilusión y se asombra con los pliegues profundos de una realidad apenas entrevista en otros ámbitos. Muchos de ellos se identifican con ciertas situaciones de una novela, se emocionan con un poema, recobran la lucidez de un acto propio en el comportamiento de un personaje, aprenden a jugar o a imaginar con la ayuda de un lenguaje nuevo, buscan su propia manera de expresarse imitando a su escritor favorito. Enseñando literatura no sólo se abren los oxidados compartimientos de una memoria adormecida o nuevos territorios de una realidad desconocida para los estudiantes, sino que se iluminan nuestras propias carencias y plenitudes y se reabren permanentemente las posibilidades de un diálogo con lectores siempre renovados.

Enseñando la literatura a nuevas generaciones desde hace ya algún tiempo, me he dado cuenta que hoy más que nunca la reflexión multivoca sobre la historia, la cultura, el pasado, el presente y el futuro, los valores, los

sentimientos, en fin, la posible humanización de un mundo que cada cierto tiempo se vacía de sentido, permanece en las obras literarias. Enseñarlas con entusiasmo y audacia es tarea fundamental sobre todo para los escritores, porque somos los más conscientes de la necesidad que los jóvenes tienen de forjarse una identidad en una sociedad cambiante y multifacética como la de fin de siglo. Frente a una exigencia profesional cada vez más desprovista de identidad, a una sociedad que busca formar sujetos cambiantes y amoldables, de personalidad amorfa, eficientes y que se encuentren disponibles para cualquier tarea, la literatura insiste en mostrar la impronta de ciertos personajes con una identidad auténtica o inauténtica, o la crítica de cierta historia personal o colectiva, o la profundidad azarosa de nuestra conciencia, de nuestros sueños y utopías. La enseñanza de la literatura como literatura viva, es fundamental para rearticular la identidad de los jóvenes con personajes, espacios, sentimientos, reflexiones, valores continentales y regionales, que sólo el imaginario literario puede entregar. Ello los hará tal vez menos amoldables a los imperativos profesionales de la era postindustrial que nos aguarda, pero les permitirá seguir sabiendo quienes son, enfrentándose y probándose a sí mismos, como lo han hecho innumerables personajes literarios y sujetos poéticos en la larga tradición de la historia de la literatura.

EL ESCRITOR Y EL FOMENTO DE LA LECTURA

Hernán Lara Zavala

Partamos de la idea de que un hombre que posee el hábito de la lectura, igual que un pueblo o una nación, aventaja a quien carece de ese mismo hábito cuando menos por la razón que aducía el escritor inglés Richard Steele: “la lectura es a la mente lo que el ejercicio al cuerpo”. Por ello me parece muy saludable que la Sociedad de Escritores de Chile haya convocado a un seminario para discutir el tema de “El escritor y el fomento de la lectura”. Las apreciaciones que voy a hacer se refieren a México, mi país; pero me parece que no son sustancialmente diferentes a lo que ocurre en otras partes de nuestro continente, y en Chile.

Empecemos por admitir que carecemos del hábito de la lectura y no voy a esgrimir cifras ni estadísticas. Bastan para probarlo los tirajes de los libros - que raramente rebasan los tres mil ejemplares -, el poco interés que el ciudadano común muestra por adquirir libros, el escaso número de librerías en las principales ciudades, y la carencia generalizada y el mínimo uso de las bibliotecas públicas. En todos estos casos estamos muy por debajo de lo que le debería corresponder a un país medianamente civilizado.

Esta situación nos conduce a otra triste realidad: en México el libro no se identifica ni como medio de esparcimiento ni como un medio que nos pueda llevar al conocimiento de nosotros mismos, de otras disciplinas o de otros pueblos. En este país la principal función del libro se limita a la información detallada - chisme político o de farándula - o lo que se ha dado por llamar “libros de superación personal” que por lo común son textos mercantilistas que juegan con las debilidades y las fantasías de la gente de medio y bajo nivel cultural para hacerles creer que mediante un libro podrían superar sus atavismos ancestrales; incluso los best sellers, cuando se consumen, corresponden más bien a un reflejo de promoción comercial que a un auténtico interés en un tema específico o en un autor. Cuando yo daba clases en la Facultad de Filosofía y Letras a veces iniciaba el curso con un cuestionario sin valor académico en el que, entre otras preguntas, les pedía a los estudiantes que me dieran el título del último libro que habían leído por placer, es decir, fuera de los deberes académicos y como parte de una iniciativa

personal. Las respuestas que entregaban los futuros estudiantes de letras eran, por lo general, decepcionantes. Iban desde no haber leído ningún libro hasta algún best seller de poca monta que nada tenía que ver con la carrera de letras que supuestamente pensaban estudiar. Claro, siempre existen algunos estudiantes con auténtica vocación literaria. Y cuando se les pregunta el origen de su interés por lo general proviene de alguna escuela donde se le dedicaba especial interés a la lectura o porque el estudiante provenía de una familia con hábitos de lectura y nexos con la cultura.

En este sentido el panorama que se vive en México es desolador. Y tal parece que la única manera de resolver el problema del hábito de lectura se daría mediante un programa nacional a mediano plazo organizado por la Secretaría de Educación Pública y centrado en la población estudiantil de primaria y educación media. Una de las aportaciones importantes de un programa educativo bien pensado y con objetivos claros consistiría en corregir los muchos vicios que se han ido acarreado durante años. Como bien se sabe uno de los principales problemas en nuestra educación elemental es que aunque el estudiante haya logrado aprender a leer tiene graves deficiencias en la comprensión de lectura. Tampoco se les enseña a los niños a consultar libros y mucho menos a que intenten poner por escrito sus vivencias y sus ideas. Los programas de lectura que se asignan a los niños y jóvenes, por ejemplo, tanto en la educación primaria como en secundaria y en preparatoria, parecen estar encaminados a persuadir al alumno de que la literatura consiste, en el peor de los casos, en aprenderse una serie de nombres, fechas, títulos y movimientos sin sentido y, en el mejor, en leer algunos libros con temas que carecen de todo interés para la edad y la experiencia vital y literaria del estudiante; pero todavía sucede algo peor. Aquel tipo al que aludí antes que por el ejemplo recibido en casa, ya sea a través de sus padres o sus hermanos, ha logrado aficionarse a la lectura, lejos de ganar prestigio y reconocimiento entre sus compañeros se ve como una suerte de desadaptado social y un ser huraño que prefiere refugiarse en un libro en vez de ir al cine, ver la televisión o jugar nitendo.

En mi opinión, las diversas campañas que se han organizado en México para fomentar la lectura han fracasado total y rotundamente. Desde el afamado y sobrevalorado programa educativo de inicios de los años veinte,

emprendido por el entonces ministro de Educación Pública, José Vasconcelos, para poner al alcance de todos los Clásicos Universales de la Literatura a precios accesibles y en versiones decorosas hasta el programa "con la frente en alto" en el que pusieron a circular miles de libros con el apoyo de los vendedores ambulantes que controlan la ciudad. En todos los casos los resultados han sido mínimos e insignificantes. Por lo general son los ya avezados en la lectura los que adquieren este tipo de libro y en México la mayor parte del público lector se formó, como ya también lo dije, fundamentalmente en el seno familiar. Siempre he sostenido que un niño que ve que sus padres pueden pasarse horas embebidos en un libro tendrá grandes potencialidades de convertirse a su vez en lector gracias al ejemplo recibido en casa. ¿Qué verán mis padres en esos libros que pueden quedarse leyendo durante horas?

Otra de las falacias consiste en creer que abaratando el precio del libro, o peor, que regalando libros se obtendrá una mejor respuesta por parte del público lector. El resultado de regalar libros es totalmente contraproducente porque la gente ni aprecia ni valora un libro por el cual ni mostró interés de principio ni tuvo que invertir el más mínimo esfuerzo para obtenerlo. En la Sociedad General de Escritores de México se han hecho varios intentos para promocionar la lectura. Hace poco José María Fernández Unsaín, presidente de la SOGEM organizó, junto con las delegaciones del Distrito Federal, una serie de presentaciones en donde los autores entraban en contacto con los estudiantes hablando de sus libros y leyendo algunos fragmentos. Al final de la sesión los estudiantes podían adquirir el libro a un precio simbólico que iba de uno a cinco pesos. El programa tuvo éxito. Y así lo pueden corroborar los escritores que participaron en él. Pero se trataba de un proyecto limitado y hecho sobre todo con la buena voluntad de sectores importantes pero aislados entre sí.

Si somos capaces de reconocer todas estas carencias y estamos conscientes de la complejidad del problema de crear un hábito de lectura para fortalecer las capacidades intelectuales de nuestro país hemos llegado a un buen punto. Para probarlo baste notar la proyección que han tenido los talleres de creación literaria entre los escritores. El problema ahora, ya plenamente ubicado, es que hemos logrado formar cuadros de escritores pero

durante años nos hemos olvidado de los receptores que son ni más ni menos que los lectores.

He aquí algunas sugerencias que me parece tendrían que considerarse para crear un programa de fomento a la lectura a nivel nacional. Antes que nada tendría que tomarse en cuenta que la lectura forma parte de un proceso complejo en el que intervienen muchas variables simultáneamente. Para organizar un programa coherente se tiene que pensar en los siguientes aspectos: lectores-autores-libros-editores-distribuidores-librerías-bibliotecas.

El programa tendría que plantearse desde esta perspectiva orgánica e integral en la que intervienen todos los elementos del proceso de la lectura. Tendría que iniciarse a partir del primer año de la educación primaria y llegar hasta el último año de la educación media superior. Su objetivo: crear el hábito de la lectura en los jóvenes que representan al futuro del país.

Los materiales de lectura o mejor, las listas optativas de lectura, tendrían que programarse de acuerdo con la etapa de los niños según el grado, vocabulario y madurez.

No tiene por qué analizar sólo textos literarios. Se pueden leer ensayos de tipo científico, social, libros de historia o biografías. Lo importante en este caso es permitir que el joven se adentre en el mundo de la lectura y que se lleven a cabo talleres que dirijan esa lectura. Me parece que el texto único debería de utilizarse sólo cuando existan problemas de orden económico o de distribución como una alternativa más que como una obligación. De otro modo, la lista de lecturas debe plantear alternativas dentro de los diferentes niveles. Se debe empezar con textos breves con ilustraciones e ir avanzando paulatinamente. Es muy importante concederle prestigio a la labor del lector una vez que cumpla con cada etapa y fomentar las discusiones y ejercicios en clase que permitan constatar que ha habido una comprensión de lectura por parte de los estudiantes. El principal criterio debe ser que el estudiante disfrute la lectura y que el tema y la complejidad del texto sean acordes con la edad y con los intereses de los lectores. El Cid y el Quijote son sin duda grandes libros, pero con la preparación y madurez de los estudiantes de secundaria han alejado a más lectores de la buena literatura de lo que los han

acercado. Tal vez una generación que empiece por disfrutar desde el primer año de primaria sus lecturas tendrá ya en la secundaria la madurez para disfrutar y comprender los textos que actualmente les asignan en los programas de estudio.

En consecuencia hay que revisar y modificar los programas de lectura que rigen en el momento y adecuarlos a los intereses y capacidades de los estudiantes. No se trata de formar escritores o estudiosos de la literatura sino de ampliar la capacidad cultural del estudiante para comprender lo que lee y articular sus ideas en forma oral y escrita.

Los autores también desempeñan un papel muy importante dentro del proceso. No para que escriban sobre encargo sino para que actúen responsablemente para escribir lo mejor que puedan, con imaginación, con gusto literario, con pasión.

Las bibliotecas y librerías son un factor clave dentro del proceso de fomento a la lectura. Cuando el editor elige un libro siempre debe tener en mente a su futuro lector. En México cada día desaparecen más librerías. Habría que brindar apoyo a las librerías existentes y crear un programa de estímulos para la creación de nuevas librerías en todo el interior de la república.

Libreros de la iniciativa privada y de las instituciones públicas conocen la complejidad del problema de la distribución del libro en México. Podría ser de mucha utilidad hacer un estudio serio para salvar los principales escollos de la distribución y venta de publicaciones en el país. Por último hay que dar un apoyo sustancial a la creación de bibliotecas de anaquele abierto y con un acervo amplio y atractivo con el fin de que el proyecto de fomento de la lectura se vea apoyado por la consulta a las bibliotecas públicas escolares que en nuestro país dejan mucho que desear.

No me parece descabellado pensar que un proyecto integral en favor del fomento y disfrute de la lectura encabezado por la Secretaría de Educación Pública pudiera reponer en diez años la capacidad de lectura que ha estado ausente durante tantos años entre nuestros países.

LA VINCULACIÓN DEL LIBRO CON EL JUEGO

José Luis Rosasco

Tengo la satisfacción de comunicarles a ustedes que estoy entre las personas que ha matado más indios en batallas difíciles. En mi calidad de “cowboy”, por cierto. La última vez que maté cierto número significativo de indios pieles rojas, regresé a mi casa con cierta dificultad pues, pude advertir que quedaban indios agazapados, otros habían montado en los árboles. Tengo un ojo extraordinario para descubrir dónde están los indios, de manera que creo que ustedes comparten mi orgullo y valentía por mi enorme capacidad para matar indios. Al regresar a casa, la pistola fulminante todavía emanaba su olor a pólvora y me acosté con la enorme satisfacción de haber realizado tantos asesinatos, y por haber salido yo del hecho de una manera totalmente incólume, sin ningún rasguño, sin ningún flechazo.

Lo que a mí me parece, es que para colaborar con la posibilidad de que los jóvenes y los niños lean, hay que partir por pensar en el juego, ya que la vinculación del libro con el juego es fundamental. Estoy seguro que muchos de nosotros llegamos a ser escritores y, por cierto lectores, porque asumimos ser los personajes que nos fueron suministrados por la literatura. Nosotros fuimos Tarzán, Robin Hood. Fuimos cowboys, jinetes intergalácticos. Y eso nos gustó.

Es evidente que el mundo de hoy difiere enormemente del mundo que nos recibió a nosotros. Ya esto ha sido referido por mis compañeros de mesa, y han mencionado la tremenda atracción que tienen los medios audiovisuales. Sin embargo, si en la casa, en el hogar, en el colegio, se le van presentando al niño textos que los entretengan y que les produzcan encantamiento, que estén de acuerdo con sus intereses de entretención, ya sean cómicos, libros de guerra, detectives, espías o best-seller, se va a crear el hábito. La iniciación de la vinculación con el juego y el libro es algo que debemos considerar.

Voy a tomar la palabra de la Mistral, que es, ciertamente una educadora, de manera que no hay que extrañarse de la percepción que tiene

del punto. Dice así: “la faena en función del libro, que corresponde cumplir a maestros y padres es la de despertar la apetencia del libro. Lo que no se hace pasión desde juventud o en la niñez, se desmorona en la madurez”. Hacer leer todos los días, hasta que sea un ejercicio natural y gozoso. El hábito no se adquiere si éste no promete ni cumple ser un placer. Yerran los maestros que, celando mucho la calidad de la lectura, la matan al querer obtener lo propio a tirones y antes de tiempo. Debemos condescender mucho con el niño aceptándole ciertas lecturas bobas. Aceptemos ladinamente el gusto del niño por la aventura mal escrita, que una vez hecho su “estómago” de lector, la aventura irá trepando hacia Kipling, Jack London, y así”. La Mistral indica exactamente eso del encantamiento a través de la seducción, la entretención, sin tomar en cuenta la calidad intrínseca literaria en el principio.

Luego, tengo aquí un texto de Borges que dice lo siguiente: “la literatura es una forma de alegría. Si leemos algo con dificultad el autor ha fracasado. Por eso considero que un escritor como Joyce ha fracasado, porque su obra requiere de un esfuerzo”. Claramente se refiere Borges a la gran lata de “Ulises”, obra que pese a desencadenar un proceso tan revolucionario y beneficioso para la literatura como es la corriente de conciencia, es una obra latosa. Y justamente se trata de un autor de esta categoría que nos llama la atención sobre estas latas. También tengo que leer el discurso de Singer al recibir el Premio Nobel, y que se refiere a la literatura en su etapa inicial, al “umbral de la seducción”. Dice: “Existen 500 razones por las cuales empecé a escribir para niños: los niños no leen para encontrar su identidad, no leen para liberarse de sentimientos de culpa ni para reprimir su sed de rebelión ni para liberarse de alienaciones. No necesitan de la psicología, detestan a los sociólogos, no tratan de entender a Kafka ni a Philis Wayce (otra vez está presente el latero de Joyce). Cuando un libro es aburrido bostezan abiertamente sin temor al ridículo y sin temor a la autoridad. No esperan que su autor redima a la humanidad, jóvenes como son, sólo los adultos tienen tales ilusiones infantiles.”

Lo que he querido enfatizar con los textos breves que he traído, es que mi proposición es que, junto con vincular la seducción del juego con el libro, se le vaya entregando al joven el libro que a él le interesa. Porque la

competencia nuestra son hoy en día los medios audiovisuales, que son una competencia muy fuerte y de gran poder.

Luego está la situación de lo real, lo fantástico y lo que el joven va a descubrir. El joven descubre que la lectura lo hace a él más atractivo, más inteligente, más interesante. Ve que el prójimo se maneja dentro de lo que los medios de comunicación le entregan, es decir, noticias del espectáculo, de la política o de la economía, y que la oferta cultural es la mínima. Pero se da cuenta que -poniendo el caso de Chile- leyendo "El abanico de lady Westminster" o "La importancia de llamarse Ernesto" no va a ver el programa Videoloco, porque se va a dar cuenta que este programa es una vulgaridad. Y él va a decir "Mi jerarquía ha crecido, yo para humor ya requiero otro tipo de situaciones, de otro tipo de argumentos". Lo mismo le va a pasar con las teleseries. Ya no va a aceptar que haya muchachas que tienen guaguas de príncipes o que no saben quién es su papá, que finalmente es un millonario, etc, porque va a encontrar que todo es muy fácil, y él va a exigir algo más. Pero la partida tiene que ser inmensamente seductora para que el hábito se haga.

En estos momentos, la empresa Disney está haciendo la película de Tarzán en monos animados. Va a tener su revival aún cuando Tarzán es de esos personajes que va a pasar airoosamente al siglo XXI. Yo tengo la convicción absoluta, porque lo he probado, de que si ustedes le entregan a un niño el primer libro de una serie de 24 libros de la historia de Tarzán, van a tener un niño lector. Fundamentalmente, estos libros son los que hay que pescar de la literatura anglosajona. Literatura entretenida. Literatura que vincula al niño con la aventura, cosa que no pasa en la literatura hispanoamericana, o que acontece muy poco, de manera que el anzuelo está en la literatura anglosajona.

Por último, creo que el muchacho siente un gran grado de identificación con este tipo de aventuras y de ahí, como decía la Mistral, va ir ascendiendo a situaciones de mayor exigencia. Pero tampoco hay que hacerle el quite a los best-sellers, ya que el best-seller es el único libro que hace lectores adultos. Si bien el hábito de la lectura se consigue tempranamente, el best-seller ha logrado que adultos lean. Ahora, algunos

de esos adultos derivarán a una lectura mejor y otros no, pero por lo menos los hemos sacado de la televisión y los tenemos sentados, leyendo. De manera que sostengo que lo fundamental es la seducción por la entretención, por la entretención que uno ve que al niño y al muchacho le gusta. Y una vez metido en el riel se le pueden agregar los carros que uno desee.

¿QUÉ Y CÓMO SE LEE EN CHILE?

Moderador
Héctor Véliz Meza

Participantes
Esteban Navarro
(Chile)
Jaime Hagel
(Chile)
Faride Zerán
(Chile)
Camilo Marks
(Chile)

EL ESCRITOR EN EL MERCADO ES UN SER INSIGNIFICANTE

Esteban Navarro

¿Qué y cómo se lee? ¡ La pregunta ! Parece pequeña pregunta, aunque confieso que yo, desde que recibí la invitación a participar, aún no la he sabido contestar, porque generalmente tengo más preguntas que respuestas en la cabeza, más interrogantes que certidumbres, como creo que le pasa a cualquier escritor.

Podríamos decir que actualmente se lee, lo que se lee en los colegios. Nuestros hijos llegan todos los años con listas de lecturas obligatorias a la casa, y me imagino que algo se leerá en el Hospital Naval de Talcahuano, o en Punta Peuco. Hay un señor que años atrás decía que leía todos los días 15 minutos antes de dormirse, como quién se toma un vaso de leche o un Valium. Hay un presidente vecino que decía que leía a Sócrates, ustedes se deben acordar. Nuestro propio Ministro de Educación dice que él no sabe nada de arte pero sí de planificación. También uno puede preguntarse qué leen los escritores. Porque yo me he quedado estupefacto los últimos meses leyendo las profusas entrevistas hechas a los autores y autoras de moda, y en la mayoría de los casos yo no sé qué leen, porque no hay ninguna mención a un autor, un libro, un texto, nada. Entrevistas completas donde no hay ninguna referencia literaria. Pero también les puedo contar que hace unas semanas, en Temuco, celebrando y recordando los 22 años de la muerte de Pablo Neruda, estuvimos en una reunión con poetas jóvenes, de verdad jóvenes, de 15 o 16 años y ellos contaban que leían a Neruda, a la Mistral, Machado, pero que también leían a Teillier y a Juan Luis Martínez antes que a Zurita.

Lo terrible es que hay gente que no lee nada de nada, porque al mirarlo desde ese punto de vista, tal vez la mayoría de la gente no lee nada de nada. O tal vez, pensar en la literatura "light", me acordaba yo el otro día de un señor español que decía que hay que escribir libros breves, porque la gente ya no tiene tiempo de leer. Pero parece que de repente me cayó la teja y creo que la pregunta del qué y cómo se lee está mal planteada. O que la pregunta es otra, que va más a tono con los tiempos. Para mí la pregunta es qué libros se venden, pues parece que de esto sabemos un poco más, porque los medios de comunicación publican listas de libros más vendidos.

Se acaba de hacer una encuesta que creo que se llama encuesta sobre consumo de libros y lectura o algo así, que ha sido muy comentada, pero todo esto que yo he planteado nos lleva, aunque nos pese, a constatar que los libros están, al igual que el detergente, los zapatos o el betún de zapatos, metidos medio a medio en el mercado. Resulta que los críticos y escritores, los periodistas y los libreros y los medios de comunicación, y no pocos escritores, por desgracia juegan el juego del libro en el mercado, de la literatura en el mercado. Y de esta manera ocurre que lo que se edita es lo que se vende, o lo que yo creo que se vende aunque no siempre se lea. La verdad no importa que se lea o no se lea, sino que se venda. O el libro se transforma en un show de la televisión, o como decía, se publican listas de vendidos o circulan profusamente entrevistas a los más vendidos seguramente por encargo a las editoriales. Porque, de paso, los entrevistadores así pueden vender también. Y así, para adelante, lo que se trata es la ley del mercado, la oferta y la demanda, que no dudo que es muy útil para vender camisas o refrigeradores, pero vislumbro que no funciona con el arte ni con la literatura que, se supone, debe ser magia, revelación, ternura, belleza. ¿Qué tiene que ver el mercado con todo esto? ¿Qué sabe el mercado de imaginación, ternura y sueño, de poesía?

Sentí la tentación de contestar esta última pregunta, y le pedí ayuda, aunque parezca extraño, a Octavio Paz: “el mercado suprime la imaginación, no tiene gustos ni siquiera malos gustos. El mercado, lo que hace, es que transforma las obras en objetos, y los objetos en valores de cambio. El mercado no impone ninguna estética ni ninguna moral. Para el mercado, las obras sólo tienen precio. El mercado no tiene voluntad. El mercado suprime toda significación. Lo que define a las obras no es su significado, no es lo que dicen sino lo que cuestan. El mercado transforma las obras en cosas no significantes”. La anulación del arte significa, entonces, que el escritor en el mercado es un ser insignificante. Ahora yo me haría de nuevo la pregunta ¿Qué y cómo se lee?

RECUPERAR AL LECTOR PERDIDO

Jaime Hagel

Me ha llamado la atención la gran cantidad de novelas policiales que han aparecido en los últimos cinco años en Chile. Ahora, sí se leen o no y cómo se leen, sobre eso vamos a reflexionar. El género policial, prácticamente no se publicaba en Chile salvo contadísimas excepciones que tengo anotadas: los cuentos de Egidio Poblete, publicados por los años treinta en El Mercurio; “El Socio” de Jenaro Prieto, bien podría entrar en el género; “Crimen entre sicólogos” de Camilo Pérez De Arce, que dio bastante que hablar el año 1942; el legendario comisario René Vergara escribió “La otra cara del crimen”, y el siempre antologado Alberto Edwards con su “Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno”. “La catástrofe de la Punta del Diablo” es un cuento que aparece en casi todas las antologías del cuento chileno. Es decir, cinco ó seis nombres en medio siglo ¡ Qué medio siglo! ¡ Casi ochenta años!

En cambio, ahora en los últimos cinco años, voy a leer algunos de los títulos que han aparecido y que han dado que hablar: “Mercenario ad-honorem” de Gregory Cohen; “El Infiltrado” de Jaime Collyer; “La Secreta Guerra Santa de Santiago de Chile” de Marco Antonio de la Parra; “Para llegar a “Baden-Baden” de Cristián Jaque, “Quién mató a Cristián Kustermann” de Roberto Ampuero, “Nadie sabe más que los muertos” y “Solo en la Oscuridad” por nombrar sólo dos de los títulos de Ramón Díaz Eterovic; “Nombre de torero” de Luis Sepúlveda. “Legítima defensa” de Alejandra Rojas. “La partida” de Jorge Calvo. Y podríamos seguir. Más de diez o doce títulos en cinco años.

Desde que existe, la novela policial tiene y ha tenido un amplio público lector y es más bien ignorada por la crítica académica, porque es considerada una subliteratura, al lado de las novelas rosas o las “soap opera”, las novelas de guerra, es decir, folletinescas. Se les supone siempre apegadas a un formato rígido, que no provoca ambigüedad alguna, y que satisface todas las expectativas del lector. Conquista y retiene al lector. El crimen sigue siendo uno de los medios más eficaces para atraer al público. Junto con las listas de procedimientos y artificios, desgraciadamente muy breves y muy escasas, pero capaces de fijar la atención del lector. Pareciera ser, entonces, que estos

modelos de consumo popular están siendo reivindicados por los escritores chilenos que he nombrado, todos bastante jóvenes, casi todos menores de cincuenta años. Me parece ver en ellos un afán de recuperar al lector perdido, a volver a atrapar a esa gran masa de lectores que, de pronto, dejó de leer en Chile.

Según algunas comparaciones estadísticas que han aparecido en la prensa, parece que somos uno de los países que menos lee en el mundo. El punto de esta reflexión es la siguiente. Se trata, por una parte, de si estos escritores de novelas policiales están tratando de recuperar al lector perdido, y si, por otra parte, se trata de un regreso al folletín y a la subliteratura. Repito, la literatura policial garantiza ser entretenida, tener suspenso, amenidad, es un género que se caracteriza precisamente por deleitar, recrear, por poner la tónica en el suspenso, la entretención, en producir el placer del lector poco exigente, al cuál, como ya dije, satisface plenamente. Pero me parece que, sin ninguna excepción, en todos los libros y autores que nombré, este formato popular les está sirviendo para obtener un público lector más masivo y menos intelectualizado, es decir, para quienes dejaron de leer o no han leído jamás en su vida.

Ignoro como se leen estas novelas, pero el pretexto de todos estos artilugios y subterfugios de la novela policial, suele servir como matriz primera, en estas novelas que he nombrado, para transgredirlo y desde allí lanzar una propuesta desígnica diferente. Estas novelas no son textos cerrados en que el lector lee en ondas alfa, pasiva e hipnóticamente, pues en todas ellas se está reflexionando sobre nuestra sociedad. Son una reflexión plagada de ambigüedades, indeterminaciones, elementos no dichos, silencios no colmados, es decir, elementos que son inaceptables en la novela policial folletinesca. Es decir, son novelas policiales en cuanto a formato, pero son novelas policiales significativas. Hay varios aspectos en los cuáles estas novelas policiales coinciden. Uno de ellos es la postura del narrador. Por lo general, estas "novelas negras" presentan un narrador (estas de los últimos cinco años) que carece de toda la información para completar el rompecabeza, y muchas veces no es capaz de diferenciar entre lo real y lo imaginario. También hay una predominancia del narrador-personaje, lo que refleja el carácter testimonial que se les pretende imprimir a estos relatos. La figura

del principal protagonista, coincide también con la de un marginal, un desadaptado, como dicen los norteamericanos, un perdedor, desencantado, repudiado, que no cree ya en ninguna ideología. Detective por oficio y a veces obligado por las circunstancias, antihéroes pasivos, pero golpeados a tal forma por las circunstancias, que se ven obligados a participar de la historia. El móvil del delito no es nunca político, es siempre el rencor, la ambición, la manipulación. Y el espacio es siempre, como en toda novela policial, urbano, eso sí, ahora es nacional e internacional, pues el exilio modificó el espacio de la narrativa chilena, se ha abierto más allá de Chile. La ciudad circundada por el miedo y la desconfianza, donde reina una atmósfera absurda. El principal es Santiago, especialmente Santiago Centro. Santiago es miedo, inseguridad y violencia. Estos escritores dejan de lado, como ya dije, las escrituras experimentales y optan por privilegiar formatos de consumo masivo, pero a través de este formato alcanzan una profundidad de contenido.

Por último, me parece que estos escritores un tipo de novela policial que llega tanto a la gran masa de lectores, como al crítico exigente y elitista. Me parece todo un mérito crear una obra que llegue al grueso del público y al público exigente, y me parece que hay todo un mérito al tratar de escribir de esa manera, de usar el formato de novela policial como enganche para decir otras cosas más profundas. Ahora, mi gran interrogante es sí realmente lo logran, si el grueso del público está realmente comprando estas atractivas novelas policiales, y si el lector exigente se atreve a tomar algo que parece subliteratura.

DESCONOCIMIENTO DE LO QUE SE ESTÁ ESCRIBIENDO EN EL PAÍS

Faride Zerán

Comentábamos con Camilo Marks lo compleja de la pregunta. ¿Quién sabe realmente qué y cómo se lee en Chile? Veíamos muchas maneras de abordar esto. Una es, sin duda, la encuesta realizada últimamente y que ha tenido mucha difusión, pero que en realidad, aporta muy pocas luces en torno al tema. Esta encuesta es la punta del iceberg que nos muestra cuál es la situación actual del libro y la lectura en nuestro país. Señala que es posible calcular que, alrededor del 56,6% de los chilenos dice tener un alto índice lector, el 43% tendría una baja conducta lectora, lo que significa que nunca leen ni diarios, ni revistas ni libros, o que simplemente no leen. Pero destaca, que generalmente son las mujeres quienes más leen libros, mujeres entre 15 y 25 años las que más los leen. Yo creo que estos son sólo algunos datos, pero no apuntan al problema de fondo, y que no tiene que ver solamente con el neoliberalismo que se impone en Chile y el mundo, no tiene que ver sólo con el rol del intelectual, del escritor y la literatura, sino que tiene que ver con la responsabilidad que cada uno de los actores de esta sociedad tiene. Léase el Estado, el mercado, profesores, escritores, etc, y cómo la cumplen respecto a este tema. Por ejemplo, una primera aproximación respecto a los lectores y escritores, podría ser, según mi propia apreciación, después de largos años haciendo periodismo cultural, y conversando con escritores, es que en general, los escritores no se leen entre sí, y son bastante autorreferentes. En general, los poetas sólo leen a los poetas más amigos, los narradores sólo leen a los narradores más amigos, pero hay un desconocimiento de lo que se está escribiendo en el país.

Por otro lado –comentábamos con Mempo Giardinelli y otros escritores– existe un desconocimiento de los escritores, y no sólo de los escritores sino del público de Chile y otros países, acerca de lo que se escribe en otros países de América Latina. Es decir, nos constituímos en islas rodeadas de agua, no se sabe en Chile lo que se lee o lo que se está escribiendo en Argentina, o en Colombia o en Perú, o en México. Somos bastante autorreferentes, lo que también habla de esa cosa pequeña, provinciana, con poco marco de referencias, con pocas luces, lo que sin duda es preocupante.

Ahora, respecto al libro, al cómo y qué se lee, insisto en que, lamentablemente no existen tantos elementos como para que nosotros podamos tener una aproximación. Jaime Hagel hablaba del fenómeno de la novela policial, que sin duda es un tema que ha resurgido en los últimos años, pero yo no sé si eso implica que la gente está leyendo más novela policial, o que haya recuperado el gusto por ese género. Por otro lado, lamentablemente, y eso seguramente lo saben quiénes trabajan en publicidad, como Esteban Navarro, ojalá existieran estudios tan acabados respecto al comportamiento del público respecto al libro como ocurre con la Coca-Cola, y otros tantos productos. No sabemos que está pasando desde el punto de vista más científico. Un acercamiento más profundo sobre lo que está pasando con el libro. Una reflexión importante acerca de la disquisición del qué y cómo se lee no sirve de nada si no vamos a las mujeres entre 19 y 14 años que hoy están leyendo, tal vez empezaron sus hábitos de lectura a los 4, 5 ó 7 años. No es una cuestión automática de la edad adulta el cómo se comporta frente a los libros, sino básicamente a cómo se desarrolla un hábito de lectura desde la más temprana edad. Y allí hay un rol que lo tiene que dar el Estado y es también un rol que deben jugar los escritores.

Vemos como les pasan en el colegio libros que son, lisa y llanamente, detestables y antiguos, que no le interesan a los niños de hoy en día, que tienen un influjo que tiene que ver con los medios audiovisuales y con la televisión, que a mi juicio no son enemigos del libro, sino elementos a los que se les puede sacar partido para ayudar en la lectura. En definitiva, yo pienso que debemos “desacralizar” el libro. No hablar del libro como una cosa para la élite especial y particular. Creo que hay que aproximarse con todas las baterías y desde todos los ángulos, y en ese sentido pensar que nuestros niños requieren de libros de mejor calidad, de mejor nivel, con un mejor lenguaje que no sea el lenguaje español, pues aún existen libros que le hablan niños del “habeís vosotros” y no sé que más, y no entienden ni la mitad de las palabras que están allí. Creo que todo esto sin duda exige un rol del Estado, de las bibliotecas públicas, etc. En fin, creo que desde la pregunta surgen muchas cosas porque es muy difícil. Conuerdo que el ranking de los libros más vendidos es una cosa que tiene que ver con el mercado, porque no puedo creer que en este país se lean tantas interpretaciones del Evangelio o de la Biblia. Me parecería sumamente raro. Pero antes de concluir, quisiera

leer algo que me hicieron llegar y que me parece espectacular, pues tiene que ver con esto del IVA y de los impuestos, que también influye en qué y cómo leen los chilenos: “siendo una de mis mayores preocupaciones la propagación de las luces entre todas las clases del Estado, y convencido en la necesidad de remover todos los obstáculos que se oponen a la fácil adquisición de los libros, panfletos y papeles públicos tanto nacionales y extranjeros, he venido en declarar, mediante el siguiente decreto, libres de todo derecho todos los dichos libros, panfletos y periódicos, ya sean publicados en el país como ya fueran publicados fuera de él.” Este es un decreto de Bernardo O’Higgins, publicado en la “Gazeta Ministerial” el 25 de junio de 1818. Yo creo que esto es salvaje. Y creo que deberíamos remontarnos a los orígenes de la República y preguntarnos qué pasa con el libro hoy en día, y qué pasa con el IVA, los impuestos y toda esa historia que también está afectando el alma de este seminario.

LA CRISIS DE LA LECTURA SE DEBE AL PRECIO DE LOS LIBROS

Camilo Marks

Antes de comenzar le propuse a Faride Zerán y a Esteban Navarro que cambiáramos el tema: ¿qué y cómo se lee hoy en Chile? La gente en Chile no lee nada de nada. Este es un tema difícil. Uno se puede dar vueltas que por esto o por lo otro, por las políticas del libro, por las políticas de gobierno, por la crisis económica, por el neoliberalismo, que nada tiene que ver con el interés en el libro y la cultura, y además otras cosas. Navarro me dijo que no estaba de acuerdo, pues él consideraba que aún había mucha gente en Chile que sí leía bastante.

El tema, así planteado da la impresión de que en Chile realmente hay un auge, hay un crecimiento sostenido y un incremento de la lectura. Y yo creo que la encuesta sobre la que hablaba Faride Zerán, y estoy seguro que ayer también se habló de ella, y que seguiremos discutiendo, con toda la parcialidad y las limitaciones que tiene una encuesta, es la primera encuesta realizada por el Instituto Nacional de Estadísticas y arroja cifras que yo voy a repetir. Y es que en Chile, en más del 25% de las casas no hay un sólo libro, y las personas, de vez en cuando leerán. Y que cerca del 60% ha leído sólo un libro en su vida. Estas cifras son, por una parte, tan alarmantes, pero tan significativas por otra, y más bien sirven para replantearse el tema de la lecturas. Con este tipo de encuestas, a menudo uno termina con conclusiones más o menos edificantes, más o menos interesantes.

Yo quiero referirme a tres o cuatro cosas puntuales en relación con esta temática. Entre ese porcentaje de personas que más leen en Chile –ese porcentaje ínfimo y casi insignificante– el 80% leen diarios y revistas. Ahora, qué ha pasado con los diarios y revistas. Quiero que meditemos un poco sobre la crisis que viven los medios de comunicación. Meditemos respecto a cómo era esa situación por los años 1986 u 1987, en comparación a lo que se está viviendo hoy en día.

La revista Apsi, una revista que tiene 20 años y que en la peor época de la dictadura se las arregló para salir y ser leída por muchísimas personas,

dejó de salir hace una semana atrás. No sé si éste hecho nos motiva a reflexionar algo. La revista Análisis, desapareció el año 1992. Estoy hablando de revistas que tenían cierta preocupación por la lectura y la cultura. La revista "Los Tiempos" alcanzó a durar un año. Y hay un diario, que todos saben cuál es. No es muy bueno, es un poco fome, pero que se identificó con un cierto tipo de periodismo, digámoslo "respetable", y que tuvo un enorme auge el año 1989, antes de las primeras elecciones democráticas en Chile, y hoy está tambaleando. Hablo del diario "La Epoca", el único diario en Chile que mantiene un suplemento literario desde hace siete años .

Entonces, más que reflexionar del qué y cómo se lee, tenemos que reflexionar sobre una crisis que viene, desgraciadamente, con el advenimiento de la democracia. Yo no puedo entender eso. Todos leíamos Apsi, Análisis, Cauce, la Epoca, el Fortín Mapocho, y todos esperábamos que se produjera una explosión de la literatura chilena, que ha habido más o menos en ventas, pero yo desconfío al igual que Esteban Navarro de esas listas de los más vendidos. A esas encuestas no les tengo ninguna confianza. Pues a mí me consta, y lo digo con absoluto conocimiento de causa, que esos libros que dicen llevar seis o siete semanas, no los que llevan treinta o cuarenta como los de Isabel Allende o Luis Sepúlveda, pero esos de seis semanas a veces no han vendido ni un solo ejemplar de un tiraje de 1000 ejemplares.

Hace dos años que hago clases en la Escuela de Periodismo de la USACH, y tengo una mini encuesta que realicé. Tengo dos cursos, en total 50 alumnos. Les pregunté qué leían. Se supone que si son estudiantes de tercer año de periodismo, que en dos años más van a estar en los medios de comunicación, aunque sea en la televisión, se supone que tienen que tener cierto interés por la lectura. Y me encontré con algunas sorpresas. La respuesta tuvo tres o cuatro grandes variables: 1) Lo que nos hicieron leer en el colegio; 2) Lo que nos hace leer usted; 3) Los libros más vendidos hoy en Chile; 4) Muchachos que leen a Dostoiowski, Proust, a Manuel Rojas o a Blest Gana.

¿Qué dice todo esto? Dice que hay movimiento y que hay interés por la lectura, pero no hay medios. Para sintetizar, y no alargarme, vuelvo a lo que dije en un comienzo respecto a la encuesta, a la crisis de los medios y a la crisis de la lectura, yo he seguido desde la prensa esto que ha ocurrido con

ciertos detalles y he visto algunas respuestas. Una de ellas, es la del presidente de la Cámara Chilena del Libro, dijo: "Dejémonos de leseras, es cierto que los libros son caros, pero la gente compra cosas muchísimo más caras". Dijo que había muchas personas que gastaban dos mil pesos en ir al cine y había muchos libros que costaban dos mil pesos. Esto yo no lo considero cierto, en lo absoluto. En cualquier librería, aún en San Diego, no se encuentran libros por menos de dos mil pesos. Un libro de 10 o 15 páginas tal vez. A mí no me cabe la menor duda que la crisis, y digo bien, la crisis de la lectura en Chile se debe al precio de los libros. Libros que cuestan 47.000 pesos y más. Que a veces a los críticos nos llegan para que los comentemos, y a mí me da vergüenza, y trato de evitarlos, porque sé que son libros que nadie va a leer, ni siquiera están en las bibliotecas ni son accesibles en los medios. Entonces, para finalizar, creo que la gente lee muy poco. Cómo lee, no lo sé. No sé si leen en el Metro, en la casa, y así, la literatura es el pariente pobre de las demás expresiones del arte.

POLITICAS DE FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA

Moderador

Diego Muñoz Valenzuela

Participantes

Nivia Palma

(Chile)

Mempo Giardinelli

(Argentina)

Miguel Donoso Pareja

(Ecuador)

Wolfango Montes

(Bolivia)

Rafael Ramírez Heredia

(México)

Hernán Lara Zavala

(México)

FOMENTO DEL LIBRO Y LA LECTURA

Nivia Palma

Al iniciar esta intervención, me parece importante contextualizar el tema de políticas de fomento del libro en un marco más global de políticas culturales del Estado. De acuerdo a la Ley de Presupuestos del año 1994, los recursos totales destinados por el Estado a la cultura ascendieron a 8.656 millones, 445 mil pesos; esto es: 20,6 millones de dólares, lo cual significa un 0,08 % del Producto Interno Bruto, porcentaje 10 a 15 veces inferior al destinado por otros países, en especial de la comunidad europea.

Sin embargo, los recursos actualmente destinados a la cultura son significativamente superiores a los destinados en el período militar. Sólo la comparación de los recursos destinados a la División de Cultura del Mineduc, la entidad más importante del Estado en este ámbito, entre 1989 y 1994, nos demuestra lo anterior. 240 millones en 1989 y sobre 906 millones el año 1994, sin considerar los recursos del Fondart y Fondo del Libro, que dicha División también administra. Al año 1989, el Estado destinaba 2.352 millones 820 pesos a cultura a través del Ministerio de Educación; el año 1994 destinó, 6 mil 467 millones 533 mil pesos. Las comparaciones son en miles de pesos año 1994, por tanto las cifras están actualizadas.

En el período democrático que se inicia el año 1990, no sólo se verifica un aumento de los recursos del Estado para los programas y acciones de entidades estatales como la División de Cultura y la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, reparticiones que concentran un 73,68% de los fondos directos destinados por el Estado a la cultura; sino, también, se asume la necesidad de crear fuentes de financiamiento público al quehacer cultural, en base a dos principios fundamentales, e interdependientes: libertad de creación y evaluación de los pares.

El Fondart es el primer instrumento estatal de financiamiento cultural vinculado al fomento del arte, del Gobierno democrático. Se instaura con tal carácter el año 1992, y en cuatro años de aplicación ha financiado total o parcialmente, mediante concurso público de carácter nacional, 1.601 proyectos por un monto global de 4.203 millones de pesos. Este Fondo desde

el primer año otorga significativos recursos a proyectos de creación literaria, publicaciones, revistas literarias, talleres literarios, eventos como ferias del libro e incluso bibliotecas. A partir del año 1994, el Fondart otorga su apoyo sólo a la creación literaria, toda vez que ya existe en pleno funcionamiento el Fondo del Libro. Desde 1992 a 1995, el Fondart ha asignado al área de literatura, 338 millones 736 mil pesos.

Por su parte, el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, creado el año 1993 en virtud de la Ley N° 19.227, se propone una respuesta sistémica a las serias insuficiencias en el campo de la lectura, producción y distribución de libros. Las chilenas y chilenos leemos muy poco, tendencia que se vio profundizada en el período militar por las señales culturales emitidas desde el Estado: quema de libros en calles y plazas, detención y expulsión de escritores y escritoras, censura literaria, etc. Por largos años no se invirtió en la dotación bibliográfica de las bibliotecas públicas, reduciéndolas a espacios distantes y poco atrayentes para el potencial lector, alejadas de las necesidades y preocupaciones culturales de la comunidad en que están insertas. En la educación básica y media, se intensificó una metodología estructuralista en la lectura literaria, con pocos espacios de elección, limitando seriamente la dimensión placentera e imaginativa de la lectura. Vinculado a lo anterior, se constata un mercado editorial débil, con serias dificultades de comercialización interna y externa, y dificultades de distribución por el escaso número de librerías existentes en el país.

La reciente encuesta sobre comportamiento lector, realizada por la Cámara Chilena del Libro y el INE, con recursos del Fondo del Libro, ha revelado entre otros aspectos que:

a.-Un 51,88% de los encuestados declara leer libros. Sin embargo, un 11,2% de ellos no había leído un libro durante el año 1993 (pareciera entonces que el porcentaje de lectores de libros es inferior al 51,88%).

b.-Un 25% de los hogares carece de libros y un 27% sólo cuenta con menos de 20 libros; esto significa que el 52% de los hogares chilenos presenta serios déficit de material bibliográfico. Dicho porcentaje resulta coherente con el porcentaje superior al 40% de pobreza del país. Por tanto, contar con

un sistema bibliotecario de cobertura nacional, con dotación bibliográfica actualizada y adecuada a las necesidades de la comunidad, resulta fundamental a la hora de modificar el comportamiento lector.

c.-Unido a ello, sólo un 8,3% de los encuestados compró un libro los tres últimos meses y un 13,6% solicitó libros en bibliotecas.

d.-El sector etario que presenta una mejor conducta lectora de libros es aquel que tiene 15 y 19 años (85,95%), seguido por el estrato de 20 a 24 años con un 53,46%. Sin embargo, la razón principal de lectura de estos sectores es el estudio (81%). Esto significa que el libro ficción no es preferente en las opciones de nuestros jóvenes; felizmente sí es relevante entre el público mayor (motivo entretención globalmente es de un 37%, y en los encuestados entre 24 y 29 años, alcanza el 59,34%, y entre los 35 y 39 años, el 56,77%). Estos y otros datos reflejan una realidad lectora deficitaria, que requiere una propuesta global y diversificada.

Entonces, abordar el conjunto de estos temas para en definitiva modificar positivamente el comportamiento lector de la población y asegurar el acceso a la lectura mediante un sistema bibliotecario público que incluya el conjunto del país y con adecuada dotación de libros e inserta en su comunidad, requiere el esfuerzo de todos los sectores involucrados, más allá de la importante labor que está desarrollando la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Es por ello que la referida ley crea un Consejo Nacional del Libro y la Lectura, encargado de asignar los recursos del Fondo y asesorar al Ministerio de Educación en la formulación de una política nacional del libro y la lectura. Este Consejo está integrado por don Hugo Montes, representante del Ministro de Educación, dos representantes de la Sociedad de Escritores de Chile, un representante del Colegio de Profesores, un representante del Colegio de Bibliotecarios, dos representantes del Consejo de Rectores, un representante de la DIBAM, y un representante del Presidente de la República.

Con los recursos de este Fondo, básicamente se han financiado los siguientes programas:

Proyectos de Fomento del Libro y la Lectura: desde el año 1993 a la fecha se han aprobado y financiado 429 proyectos de fomento de la lectura y del libro por un monto global de mil seiscientos noventa y siete millones de pesos. De los proyectos seleccionados, 308 fueron ejecutados en regiones distintas a la Región Metropolitana. Las iniciativas postuladas, fueron evaluadas por especialistas en cada área de concurso, asignándosele un porcentaje significativo de los recursos a proyectos de mejoramiento bibliotecario e iniciativas de fomento de la lectura.

A través de este programa, el Consejo busca contribuir en el mejoramiento del comportamiento lector, propiciando acciones en diversos campos.

a.- Por una parte, asumiendo la importancia de la biblioteca pública no sólo en la satisfacción de la demanda lectora (recordemos que un 52% de los hogares chilenos presenta serios déficit bibliográficos) sino también en el estímulo a la lectura, se han privilegiado proyectos de creación, ampliación y habilitación de centros de lecturas y bibliotecas, reformulando la tradicional concepción de éstas. En efecto, se ha propiciado bibliotecas visualmente atractivas, con estanterías abiertas, eliminando el máximo de barreras o interferencias entre el lector y el libro, con espacios para los niños (rincones infantiles), con dotación bibliográfica actualizada, y abierta a la comunidad (sabiendo las necesidades e intereses lectores de ésta y dispuesta para acoger otras manifestaciones culturales en sus dependencias. Unido a ello, se han apoyado iniciativas bibliotecarias no inmuebles, que dado condiciones geográficas y o climáticas, responden más adecuadamente, como bus bibliotecario, cajas viajeras, etc.

b.- En el ámbito del Fomento de la Lectura, relevando la creatividad y viabilidad de las propuestas, se han financiado a lo largo del país programas especialmente dirigidos a los niños y jóvenes, y en algunos casos interesantes propuestas de estos sectores con adultos mayores. Tenemos así experiencias como la dirigida por el escritor Juan Vicente Ortíz en la comuna de San Joaquín, en que han participado 500 niños de enseñanza básica; en la cual la experiencia de lectura ha sido motivada y acompañada con expresiones plásticas, teatro e ilustraciones de poemas, por parte de cada uno de los niños.

Más de trescientos de estos chicos ya se han hecho socios de la Biblioteca Pública del sector. En la comuna Olivar, de la sexta región, cuya población labora básicamente como temporeros en la cosecha de manzana, se ha realizado el proyecto “Cosechando Manzanas con Poesía”; todos los niños de la comuna han participado ya sea como miembros activos de los talleres literarios o como receptores y críticos del trabajo de sus amiguitos, la comunidad adulta también ha sido considerada, escritores de reconocimiento regional y nacional han estado allí. Por sus testimonios, la vida individual y colectiva se ha enriquecido en esa comunidad, y la lectura es parte de su realidad cotidiana. Una iniciativa destacable, asimismo, es la producción de la serie televisiva Matías El Cuenta Cuentos, que se exhibe en Canal 13. Sería largo contar sobre este tema, sólo decirles que cada uno de los cientos de experiencias de fomento de la lectura que se están realizando nos conmueven profundamente por el amor y dedicación de sus ejecutores y la gran receptividad de la comunidad.

c.- Pero, el Consejo ha entendido que también debe actuar en otros campos. Reflexionar sobre los nuevos desafíos de la biblioteca pública, metodologías de fomento de la lectura y rol de los profesionales de esta área, resulta fundamental. Por ello, se han financiado propuestas de capacitación de profesionales de la bibliotecología tanto en Santiago como en algunas regiones del país. Interesante es de señalar que dichos seminarios y cursos contemplan como expositores y conductores a equipos multidisciplinarios. Relevantes han sido los proyectos de la ONG Capide en la Novena Región, y el de la Casa de Todos de Ñuñoa que ha ejecutado iniciativas de este tipo con bibliotecarios de bibliotecas públicas de la Región Metropolitana, de Antofagasta y Temuco.

d.- Unido a lo anterior, se han financiado un conjunto de investigaciones sobre la realidad del libro en Chile, comportamiento lector global y segmentado, impacto en los actuales programas de lecturas escolar en el comportamiento lector, etc.

e.- Reconociendo la importancia de las ferias del libro y encuentros con escritores con el público, para el fomento de la lectura, se han apoyado ferias en Concepción, Talca, Coquimbo, Aysén, Temuco; a las que se suman

para este año ferias regionales y locales en un importante número de ciudades, y eventos internacionales como el SILAR.

f.- Premio Consejo Nacional del Libro y la Lectura. Anualmente se premia a la mejor obra inédita y la mejor obra editada el último año, en los géneros de poesía, cuento, novela, teatro y ensayo. Este premio, que asciende a 6 millones de pesos, por su monto y la relevancia de sus jurados, se ha constituido en el galardón literario de carácter anual más importante del país. Otorgado previo concurso público y actuando como jurados reconocidos escritores y críticos literarios, es el reconocimiento y valoración de la creación literaria nacional. A la vez, las obras premiadas son adquiridas en un número de 300 ejemplares para ser destinadas a las bibliotecas públicas.

g.- Becas a escritores. Por primera vez, mediante concurso público, el año 1994 se otorgaron 20 becas de un monto unitario de 2.500.000 pesos a escritores para acciones de fomento de la lectura. Se trata de vincular al escritor con el lector, usando su capacidad de convocatoria y seducción por la lectura. 13 becas han sido otorgadas a escritores residentes en regiones.

h.- Becas a críticos literarios. Asumiendo la debilidad de nuestro país en el campo de esta actividad, mediante concurso público, se ha otorgado tres becas de 2.500.000 pesos, cada una a críticos literarios para estimular su actividad en medios de comunicación. Dos de ellas fueron asignadas a postulantes de regiones.

i.- Adquisición de libros de autores chilenos. Para estimular la edición de libros de autores nacionales y, simultáneamente, colaborar en la dotación bibliográfica de las bibliotecas públicas, el Consejo anualmente adquiere, mediante concurso público, estos libros. El año 1993 se destinaron sobre 59.000.000 de pesos a la compra de 30.780 ejemplares de 1.015 títulos. El año 1994 se adquirieron 24.944 ejemplares de 814 títulos, por un monto global superior a 71.000.000 de pesos. El presente año se están adquiriendo 21.387 ejemplares correspondientes a 250 títulos, por aproximadamente 73.000.000 de pesos.

En total, en estos tres años, el Fondo Nacional del Libro y la Lectura

ha destinado aproximadamente 2 mil 118 millones de pesos al financiamiento de estos programas.

Sin duda, que más allá de lo preocupante que resultan los actuales índices lectores de la población chilena, es indudable que vivimos una etapa significativamente mejor a 10 años atrás. Crecientemente tenemos conciencia de la necesidad de modificar programas complementarios de lectura y metodologías de evaluación de la lectura, de repensar estilos de bibliotecas y atención al usuario. Hoy, no sólo tenemos la Feria Internacional del Libro de Santiago. Se realizan ferias en casi todas las capitales regionales y otras localidades. En los últimos diez años se incrementó notablemente la edición de libros de autores chilenos, ubicándose muchos de ellos en lugares preferentes de venta. En los cinco años de gobierno democrático se han incrementado notablemente los recursos para dotación bibliográfica de las bibliotecas públicas, y el Ministerio de Educación desde el año 1993 ha implementado a lo largo del país las bibliotecas de aula.

Redimensionar y valorar los esfuerzos realizados en estos últimos años por parte del Estado y los actores del sector privado, en especial los escritores, la Cámara Chilena del Libro, los bibliotecarios y profesores en el campo de la lectura es importante para una adecuada evaluación de este período. Reforzar los espacios de diálogo entre la comunidad cultural y los entes políticos es imprescindible para abrir nuevas formas de apoyo estatal al desarrollo cultural, en particular en este campo, y perfeccionar las existentes, y para involucrar a los organismos gubernativos regionales y culturales en esta enorme tarea.

Al finalizar, expreso nuestro reconocimiento a la labor de la SECH y su aporte en las tareas del Consejo Nacional del Libro y la Lectura.

HACER CULTURA ES RESISTIR

Mempo Giardinelli

Ante todo, diré que me parece que en América Latina, antes de discutir las posibles políticas de fomento del libro que estemos en posibilidad y capacidad de elaborar, debemos primero considerar cuál es el contexto político, económico y social en que se van a desarrollar nuestras ideas.

Hace años vengo sosteniendo que en países como los nuestros hacer cultura es resistir. Por lo menos en el mío - donde la democracia siempre está amenazada, a cuya sociedad civil se confunde y engaña, y en la que asesinos y genocidas están en libertad por exclusiva voluntad del Presidente Menem - el único destino honorable de los intelectuales es la resistencia cultural.

La emergencia en mi país es gravísima, y como dije aquí hace tres años, no hay peor violencia cultural que el proceso de embrutecimiento que se produce cuando no se lee. Una sociedad que no cuida a sus lectores, que no cuida sus libros y sus medios, que no guarda su memoria impresa y que no alienta el desarrollo del pensamiento, es una sociedad culturalmente suicida. No sabrá jamás ejercer el control social que requiere una democracia adulta y seria. Que una persona no lea es una estupidez, un crimen que pagará el resto de su vida. Pero cuando es un país - o un continente - el que no lee, ese crimen lo pagará con su historia, máxime si lo poco que lee es basura, y además la basura es la regla en los grandes sistemas de difusión masivos.

Un país - un continente - así, puede estar caminando alegremente, y sin saberlo, hacia su propio funeral como nación, como sociedad. Sólo a partir de esta severa consciencia creo que tiene sentido intentar el desarrollo de nuevas ideas que puedan ser llamadas "políticas de fomento". Desde luego, en primer lugar hay que pensar qué es lo que se está escribiendo actualmente, para ver qué es lo que se publica y qué lo que se lee. Acaso uno podría cifrar algún optimismo en esto, pues al menos la narrativa argentina de la democracia viene atravesando un período interesante, que en parte va de la mano de la agudización de las dos constantes que se entrecruzan en la tragedia argentina: la lucha entre la memoria y el olvido es perenne, virulenta, perversa y viene signando nuestra vida social desde hace casi dos siglos y, claro está, también

la de nuestras letras. "Aprender es recordar", decía Platón. Lo que significa que para aprender hay que ejercer diligentemente la memoria. Tal fue mi preocupación central durante la escritura de mi novela *Santo Oficio de la Memoria*.

Y creo que es una preocupación bastante común, generalizada. Acabo de ser jurado del Premio Rómulo Gallegos en Caracas; allí me tocó leer un centenar y medio de novelas de todo el continente, y puedo asegurarles que más de la mitad incluía estas preocupaciones. Y particularmente los chilenos, dato que ya he destacado en artículos publicados recientemente. Y en otros países pasa lo mismo. Ahí están decenas de novelas mexicanas, colombianas, venezolanas o uruguayas que últimamente he leído, todas con similares desvelos.

Y sin embargo, acabo de estar en la entrega de los Premios Planeta de Argentina, ceremonia durante la cual la editorial celebró sus grandes best sellers. Fueron invitados a subir al escenario los cuatro autores más vendedores de la casa, aquellos que superaron los cien mil ejemplares. Y subieron: un humorista, un analista político, un especialista en autoayuda y un autor de libros esotéricos. No hago juicio de valor acerca de estos autores ni sobre lo que escriben, pero cito el caso porque me parece que —es evidente— el marketing va por un lado y la literatura por otro. Por suerte para la literatura, podríamos decir, pero yo seguiré pensando que en esta fotografía algo está fuera de foco.

En los años 80, la literatura del exilio no fue otra cosa que la literatura de la batalla por la libertad. Eso hoy está clarísimo. Y desde ya, cuando digo exilio digo tanto el de la transterración como el exilio interior de los que padecieron intramuros a los dictadores. Esa literatura de emergencia - y esa emergencia literaria - afianzaron en nosotros la convicción de que la memoria es más consistente y más noble que el olvido, y eso hoy se nota bien en mi país, a doce años de democracia. Y es que, como desde hace años sostengo, en sociedades como las nuestras sólo el reconocimiento del dolor padecido, sólo la memoria y la honestidad intelectual nos permitirán seguir soñando utopías y nos darán la fuerza para seguir luchando por ellas. Nuestras obras, en este sentido, son siempre una reivindicación del pensamiento libre y el

coraje intelectual como militancia, y es por eso que seguimos leyendo y escribiendo.

Pero algo está fuera de foco, insisto. Empecinadamente, el Dios Mercado de estos tiempos de capitalismo real y liberalismo salvaje nos apostrofa que estamos equivocados. ¿Lo estamos? Quizá el problema es que hoy ya no se enseña a pensar. Al menos esto es lo que pasa en mi país, que hoy puede ostentar el lamentable record de ser el país más consecuentemente en retroceso del mundo. Por ejemplo, mi gobierno ha logrado despedazar la escuela pública argentina, que durante décadas fue impulsora de un saber pero también de un pensar, y lo ha hecho de un modo que ni la dictadura militar se atrevió. La educación pública argentina (en los tres niveles) fue de un extraordinario nivel. Liberal y formadora, en mis tiempos la educación pública era sinónimo de excelencia y motivo de orgullo, mientras que la enseñanza privada era para los vagos, los repitentes, los de menor nivel. Era casi un descrédito haber recibido educación en institutos privados. Hoy es exactamente al revés, y eso no significa que la educación privada haya alcanzado la excelencia; significa que se ha echado a perder el rol del Estado como docente, civilizador y formador de ciudadanos de la democracia.

Es como si a la vuelta de un siglo y medio, Sarmiento se revolviera en su tumba porque la batalla civilización y barbarie que él prenunció se estuviera resolviendo a contramano de la historia, en favor de la barbarie. Con el menemismo está triunfando, qué duda cabe, el bestiario peronista. La corrupción, el autoritarismo, la mentira y el mesianismo son las formas que adquiere la barbarie contemporánea en mi país, lamentablemente una vez más avalada por millones de votos.

En este contexto, confieso que es muy difícil para mí imaginar políticas de fomento del libro y de la lectura. ¿Cómo hacerlo, en una sociedad sometida a la dictadura de los medios audiovisuales, que dan todo previamente organizado precisamente para que la gente no piense. La oferta es enorme, claro, y es tan abrumadora y amplia que finalmente no es democrática; es autoritaria. El cambio de conceptos es alucinante: lo que parece una cosa es exactamente la otra. Porque la apariencia democratizadora del zapping —que nos permite cambiar de canales con velocidad y a nuestro exclusivo antojo—

en realidad es esclavizante porque nos obliga a quedarnos más tiempo frente al aparato. Su seducción es tan grande que termina siendo dictatorial. Y el zapping es un modo de elegir, sí, pero dentro de un menú obligado que plantea serias dificultades para apagar la tele.

El problema es más complejo, y no se trata de satanizar a la TV. Más bien, yo creo que el problema es que la literatura ha perdido batallas. Por un lado por los fenómenos del mercado, pero también –todo hay que decirlo– por la proliferación de propuestas poco atractivas, por el elitismo, el aburrimiento, lo extremadamente críptico. Y no es que uno esté en contra de los experimentos, quede claro. Pero es un hecho que, y por puras razones de mercado, desde hace una década hay géneros que han caído en desgracia: el cuento y la poesía, por ejemplo. Y sin embargo, nosotros sabemos que todos los géneros literarios gozan de buena salud porque la literatura la tiene. Y que un buen libro, del género que sea, si la distribución funciona con eficiencia y está bien expuesto en las librerías, siempre se vende.

Pero no podemos negar la crisis editorial, que es algo tan cierto como que hay crisis de lectores. Es objetivo que las dificultades económicas, en América Latina e inclusive en el mundo desarrollado, atentan contra la industria del libro. Y además está la competencia de los medios audiovisuales. Todo lo cual ha provocado, es cierto, una crisis del mercado editorial y eso es lo que hace que en las ediciones de libros en todo el mundo lo único que crece es lo extraliterario o, mejor, lo paraliterario. Es la onda de la biografía, la historia, la sociología política, la economía, el management, la autoayuda, los libros que enseñan a vivir. A esto llamo “paraliteratura” porque es literatura bastarda en muchos casos, pero es evidente que moviliza el interés de los editores porque ha generado nuevos y diferentes lectores. No es mi intención juzgar a los editores porque cultivan esta franja, más bien hay que lamentar que hayan tenido que caer en esto. Y bien sé que aquellos poquísimos que todavía quedan y son editores de raza y gente culta y sensata, también lo lamentan. Ellos alegan que tienen que sobrevivir, y es cierto. Por su lado el público masivo compra esos libros (casi son los únicos libros que compra) con lo que sin saberlo desdeña la literatura y acaba engordando –sin quererlo– su propio embrutecimiento. Sólo así se explica el auge de la chabacanería, del mal gusto, del arte ramplón y de la estética de lo ordinario. Es un fenómeno

universal que da razón a Borges cuando decía que “la estupidez es popular”.

Entonces hay que replantear con inteligencia el cuestionamiento a los *mass media*. Durante mucho tiempo yo creí –como tanta gente– que eran los medios masivos los que, de alguna manera, distorsionaban la literatura. Pero ahora creo que no es así. Ya no soy de los que creen que determinados programas, miniserias o telenovelas han ocupado el lugar de la literatura. Y hoy pienso que la lucha entre literatura y medios audiovisuales es inútil y estéril porque representa una batalla perdida de antemano ya que no hay nada que hacer frente al poder de los medios, que son realmente la forma superior de la cultura contemporánea. A mí me parece mucho más inteligente revisar el vínculo actual entre ambos lenguajes, que es bastante perverso. El código literario es fundamental para el código audiovisual, porque si bien éste se maneja con palabras, sonido e imagen, siempre está apelando a las formas narrativas. Creo que podría haber una muy buena relación, una empatía entre ambos, y que si perdiéramos prejuicios y ayudáramos a mejorar el nivel de la televisión, eso contribuiría muchísimo a elevar la cultura de la gente. Y es que los medios masivos de comunicación no son ni malos ni enemigos de la literatura, ni por sí solos embrutecedores de la sociedad. Lo que pasa es que el criterio –por llamarlo de algún modo– de los responsables, manejadores y hacedores de televisión suele ser, en casi todos nuestros países, retrógrado, ultraconservador, paternalista, sexista y discriminador. O sea que lo que estaría en crisis es la interacción entre el mundo de la cultura y el de los medios de comunicación.

Y hay otra cuestión más: es frecuente escuchar la queja de que hace 20 ó 30 años un joven leía mucho más que un joven de hoy. Actualmente, se dice, los chicos le dedican demasiado tiempo al videoclip, la computadora y otros medios audiovisuales. Pero una vez más mi respuesta es que no es el medio el que determina el embrutecimiento, sino –insisto– la actitud de los responsables y manejadores, públicos y/o privados. Lo verdaderamente alarmante sigue siendo que el poder sea tan envilecedor, tan canalla. En la Argentina, tanto en el campo de lo público como de lo privado, el poder es culturalmente tan miope como grosero, bruto y vulgar en casi todas sus manifestaciones. El resultado es que la sociedad se embrutece correlativamente. Esta es una realidad mundial, desde luego, por lo menos

desde que la caída de la bipolaridad mató tantas utopías y desde que un pésimo actor de cine devino en estadista y comenzó la re-involución más fenomenal del siglo.

No son los medios en sí mismos los culpables. No creo que los chicos hayan dejado de leer porque ven televisión. Antes bien, creo que si los chicos de hoy no leen es, en primer lugar, porque sus padres tampoco leen. Es cierto que la crisis económica arrinconó a la gente, y ya se sabe cómo embrutece la pobreza a cualquier sociedad, pero además si se ha perdido la costumbre de la lectura es en gran medida porque se cayó en una concepción utilitaria: hay que leer para desarrollar tal o cual actividad. Nuestro sistema educativo, el escolar y también el familiar, convirtió a la lectura en un castigo y en un chantaje. Y los chicos no son tontos. Entonces se perdió el placer de la lectura, el leer para nada, el leer por leer, el leer para transportarse a otros mundos, para generar la propia fantasía, para alcanzar el sentido común, para ser mejores personas, que es, en definitiva, para lo que sirve la cultura.

Este extravío sarmientino –como lo llamo– a los argentinos nos está costando ser una sociedad que marcha velozmente hacia su embrutecimiento. Y como los ejemplos de los soberanos pesan, el hecho es que hoy, del presidente para abajo, nuestra cultura es frívola, ligera, superficial y contiene todos los elementos de fanfarronería y suficiencia que nos han dado tan justa mala fama en el mundo, o por lo menos en el contexto latinoamericano.

Desde luego, y no se puede dejar de señalar, a esto ha contribuido la crisis económica. Pero también la crisis de la dirigencia, que en mi país es ignorante e impreparada, sea civil o militar, eclesiástica o empresaria. El resultado es que la gente está nerviosa, de mal humor y no tiene dinero ni para leer los diarios. De lo cual se deduce que es el sistema político-económico lo que envilece cultural y educativamente a una sociedad, porque los chicos de familias de menores recursos no pueden ni ir a la escuela pues en mi país ya no se cumple la ley de educación obligatoria, laica y gratuita. Los chicos más pobres van a escuelas en las que las maestras, de las cinco horas de clase, deben dedicar dos a hacer el almuerzo y preparar la leche, y dos a discutir la próxima huelga porque el sueldo que cobran es infame. Entonces, la triste verdad es que esos chicos van a la escuela a comer, y en el

mejor de los casos se pasan viendo una televisión deleznable y envilecedora.

De modo que no leen porque el contexto social –además del familiar– no los estimula. Al contrario: atenta contra cualquier vocación de leer. Por eso, insisto: el problema no es la televisión. Los adolescentes que sí leen también conocen todos los programas, ven “Brigada A” y la imbecilidad que se quiera, pero no han dejado de leer sencillamente porque a esos chicos – que son las poquísimas excepciones– se les ha enseñado el placer de la lectura.

Por otra parte, cabe señalar que así como se llegó a una concepción utilitaria del libro, también hubo un tiempo –no muy lejano– en que los libros estaban llenos de lecciones de moral y de conducta para los niños, los que a su vez iban creciendo pero a medida que eran grandes iban viendo cómo aquellas hermosas lecciones eran violadas y transgredidas por los adultos. Probablemente esta traición también influyó en el descrédito de los libros, y seguramente dificulta toda posible política de fomento. Los niños hoy tienen derechos reconocidos, y manejan una información asombrosa, antes impensada, y son capaces de juzgar con solvencia, tienen espíritu crítico, han perdido inocencia, y sobre todo tienen la mirada entrenada para el vértigo y no para la reflexión. Me parece un verdadero misterio la conjugación de todo eso en el alma y la conciencia de un niño, pero convengamos en que los ejemplos del mundo adulto distan de ser muy éticos.

Y por último, me parece que hasta se ha perdido la costumbre de contar historias. ¿Cuántas abuelas siguen hoy contando cuentos? ¿Cuántas mamás o papás tienen tiempo, ganas, vocación y amor suficientes como para contarles cuentos a sus hijos? Admitámoslo: salvo excepciones, la sociedad le ha dejado ese espacio, esa responsabilidad y ese placer a la tele, que cuenta desalmadamente. Sin alma, sin conversación.

Y éste es otro asunto clave: se conversa menos, casi no se discute, no se alienta el debate, no hay democracia de pensamiento. Hay unilateralidad, y eso en cierto modo también confunde al niño, cuya potencia mental y su honestidad innata quedan expuestas en terrenos en los que nadie establece ni respeta jerarquías, valores ni orientaciones.

Es terrible todo esto, porque la humanidad - para bien o para mal - se hizo contando, conversando y leyendo. La historia es una narración, y yo diría que hay que volver a ello. Si no podemos cambiar la tele, al menos encenderla menos tiempo y recuperar el diálogo, el teatro de títeres, el diario en la escuela, el taller de narración o expresión, la evaluación y la charla como modo de desarrollar el juicio crítico para mejor evaluar la realidad de cada sociedad, cada familia incluso. Si hacemos eso, por un lado seremos vistos como marcianos, pero a la vez estaremos en el único sendero posible para fomentar el libro y la lectura. Es tarea de todos, de cada uno y de todos los días. Como la vida misma.

POLITICAS DE FOMENTO DEL LIBRO EN LATINOAMERICA

Miguel Donoso Pareja

Dentro de una situación precaria respecto al libro y su difusión, incluso a su producción, lo que se traduce en la casi inexistencia de editoriales - en el país no hay más de diez, prácticamente domésticas- y un déficit escandaloso en cuanto al número de librerías y bibliotecas, en el Ecuador ha habido, sin embargo, algunos intentos de fomentar el libro y, consecuentemente, la lectura. Estos no han respondido a una política de Estado sino a distintas y a veces divergentes propuestas gubernamentales que, desde luego, carecen de continuidad. En otras ocasiones, y ha sido lo más frecuente, fueron el resultado de iniciativas particulares. Voy a mencionar brevemente algunos de los intentos más significativos de los últimos 35 años:

1. La colección "Clásicos Ariel/Biblioteca de Autores Ecuatorianos", de "Publicaciones Educativas Ariel", con sede en Guayaquil, que se inició a mediados de 1973. Constó de 100 títulos, habiéndose abierto con *Historia antigua*, del padre Juan de Velasco, y cerrado con *Literatura ecuatoriana*, una especie de breviario firmado por Hernán Rodríguez Castelo, prologuista único de los otros 99 títulos. Los libros aparecían cada semana con una tirada de 20 mil ejemplares y eran, al par que sumamente baratos, muy mal impresos y peor diseñados. Sin embargo, la colección tuvo éxito y se mantuvo durante varios años, probablemente porque no tenía fecha sino número y era muy sencillo para el editor hacer reimpressiones sin ningún control. Aparentemente los libros tenían un mercado cautivo en los estudiantes de colegios y universidades, al que se agregaba el ciudadano común atraído por el precio: un volumen de Ariel costaba en esos tiempos menos que un hot dog.

2. "El Conejo", con sede en Quito, una de las primeras y pocas editoriales privadas del país, hizo varios intentos, tres con colecciones pequeñas- "Grandes Novelas Ecuatorianas/los últimos treinta años" (10 títulos), 1983; "La gran literatura ecuatoriana del 30" (16 títulos), 1985 y "Joyas Literarias/Novelas Breves del Ecuador" 812 títulos), con tiradas de 10 mil ejemplares por título en cada serie- y otro con una colección grande: "Biblioteca de Literatura Ecuatoriana", coedición con la Oveja Negra, de Colombia, cuya aspiración era lanzar 75 títulos. Con las colecciones pequeñas,

la idea era promover el libro a nivel colegial y universitario, tanto de nuevos autores (de los últimos treinta años respecto a 1983) como de los consagrados (romanticismo, costumbrismo, naturalismo, realismo social de los años 30 y vanguardismo). El éxito fue relativo: las colecciones se agotaron pero no hubo segundas impresiones. En cuanto a la serie grande, que estaba destinada a los países del Pacto Andino (100 títulos de autores colombianos fueron editados previamente por La Oveja Negra y se proyectaba coeditar 100 títulos de autores venezolanos), fue un fracaso: de los 75 títulos previstos para Ecuador aparecieron sólo 40. La tirada inicial fue de 30 mil ejemplares, pero en el título 40 la curva había bajado a tres mil. Por esto –y cuestiones internas de las editoriales asociadas–, la colección quedó trunca. Cabe destacar que la serie “Joyas Literarias/Novelas Breves del Ecuador” fue auspiciada por el Banco Popular, habiéndose incluido, en cada título, un anuncio suyo. Editorial El Conejo llegó a la siguiente conclusión, consignada por escrito en cada uno de los títulos de la serie: “El Banco Popular del Ecuador apoya la lectura de este libro. Por esa razón usted lo compra a sólo tantos sures, pero podría ser más barato si el Estado legislara reconociendo la actividad editorial como una industria, si fomentara la industria editorial con créditos blandos y capacitación técnica, si incentivara la industria nacional del papel, si liberara de impuestos el papel, tintas, cartulina y demás materia primas importadas para la impresión de libros, si estimulara la exportación de libros impresos en el Ecuador, si realizara campañas permanentes para aumentar el hábito de lectura en el hogar y en los centros educativos, si dispusiera la gratuidad para publicar libros impresos en el Ecuador, en todos los medios de comunicación”.

3. Editorial Libresa, con domicilio en Quito, inició en 1984 su colección Antares de libros para nivel medio según los planes de estudios, tanto de literatura universal como española, latinoamericana y ecuatoriana. Son textos baratos y muy bien editados. La serie va ya por su número 110 y pienso que es el intento más exitoso, hasta aquí, de la difusión del libro en el país, tanto que en 1993 llegaron a exportarse 69.507 ejemplares a varios países latinoamericanos, Estados Unidos, Alemania y Suiza.

4. En 1990, el gobierno socialdemócrata de Rodrigo Borja, dentro de su programa educativo El Ecuador Estudia, inició la Biblioteca Ecuatoriana

de la familia (BEF), esfuerzo conjunto del Ministerio de Educación y las editoriales El Conejo, Casa de la Cultura Ecuatoriana y Corporación Editora Nacional. La finalidad de la BEF fue crear “una colección de libros, a precios módicos, que incentive el gusto por la lectura y contribuya a su enriquecimiento cultural(...) dirigida a los sectores sociales que por razones económicas y/o culturales no han tenido acceso al libro”. Esta serie, proyectada en su primera etapa para veinte títulos, puso en circulación sólo siete durante el gobierno de Borja y uno en el de Durán-Ballén que, por último, la canceló tras cambiar de nombre al programa El Ecuador Estudia por el de Nuevo Rumbo Cultural, en una muestra evidente de la falta de continuidad de proyectos que deberían responder a una política estatal y no a los veleidosos vaivenes gubernamentales.

De alguna manera, el lema usado por la editorial El Conejo, “Porque el Ecuador escribe”, se completaba con una queja subliminal: “Pero el Ecuador no lee”, a lo que el gobierno de Borja respondió con “el Ecuador Estudia” y definió después, en frase del que fuera su ministro de Educación, el ensayista y narrador Raúl Vallejo, en el sentido de que “en el Ecuador, mientras los escritores escriben, los lectores ven televisión”.

En cuanto a los puntos que planteaba El Conejo para fomentar la producción del libro nacional, nada ha hecho el Estado y, como un ejemplo de Ripley, cabe señalar que la industria papelera del país sigue haciendo preferentemente papel higiénico.

Estos intentos, probablemente de muy poco interés para países de un mayor desarrollo relativo que el Ecuador, pero que debo consignar por lo que representan a nivel de esfuerzo, no hacen sino reiterar que este es sólo un lado del problema y su enfoque unilateral no produce resultados definitivos respecto a la promoción y sobrevivencia del libro en un mundo cada día más dominado por la imagen. Es decir, aunque esta sea una verdad de Perogrullo, es incuestionable que no hay libro sin lector, lo que implica que mientras ese lector no exista, podrán imprimirse muchos libros, incluso venderse, pero no habrá una verdadera sobrevivencia de la palabra escrita. Tal vez hayamos creado “coleccionistas” o “bibliófilos”, en el sentido decorativo del término, pero no lectores.

Resumiendo, la difusión del libro no sólo depende de su producción y su distribución, del apoyo estatal a través de medidas proteccionistas -cosa cada vez menos posible por el auge de la economía social de mercado- o de la mayor y menor ligereza de lo que escriben sus autores, sino también, y pienso que de una manera esencial, de la lectura y los lectores.

Durante años trabajé en México como coordinador de talleres literarios del Instituto Nacional de Bellas Artes y de la Universidad Nacional Autónoma de México. Esta actividad, por muy estimulante que fuese, me dejó siempre cierta frustración, la sensación de estar realizando un acto masturbatorio, la certeza de que estábamos formando escritores sin lectores, y la convicción de que simultáneamente deberíamos implementar “talleres de lectura”, como un correctivo a la mala política educativa en este terreno. Pero cualquier proyecto en ese sentido se enfrentaba a un escollo de difícil superación: la necesidad de partir del “gusto” para estimular la lectura, lo que implicaba una amplia investigación de campo respecto de los sectores de la sociedad civil que se intentaba cubrir. Era obvio que hacer leer *El Quijote* a un chico de 15 años, según los programas oficiales, significaba matarlo de aburrimiento y liquidar a un lector potencial. Lo fundamental era, entonces, restablecer la lectura como “placer”, instaurarla en esos términos. Mi propia experiencia me lo indicaba así, aunque tal vez exagere con la experiencia que voy a contar: leía yo *Flor de Durazno*, de Hugo Wast, escritor argentino, cuando Alfredo Pareja Diezcanseco, hermano de mi madre y uno de los integrantes de la promoción de narradores del realismo social de la década de los años treinta en el Ecuador, me vio. Me preguntó que estaba leyendo y cuando se lo dije me respondió simplemente: yo te voy a regalar un libro que te va a gustar. Yo tenía unos doce o trece años de edad y el libro que me mandó, pocos días después, fue *Las mil y una noches*, traducción del Dr. Madrús y versión castellana de Blasco Ibáñez, texto sensacionalmente erótico que, desde luego, gocé textualmente en cuerpo y alma. Allí nació mi verdadero amor por la lectura. Y me instauré en la fantasía, que no sólo es fundamental en nuestra vida erótica sino en todo lo que nutre nuestra existencia. Después de todo, como lo señala Martí, “la imaginación es la hembra del acto y sin ella no hay nada fecundo”.

Dentro de un mundo dominado por las imágenes se nos ha usurpado la imaginación, es decir, la posibilidad de imaginar, de crear “nuestras propias

imágenes”, de “inventar”. La televisión, por ejemplo, ha convertido el mundo verdadero en una fantasía, siempre que le demos a fantasía el significado de “apariciencia”, como cuando se nos transmite en “vivo y en directo” la Guerra del Golfo, a la cual se eliminan los muertos, el dolor y la destrucción hasta dejarla en una simple imagen de juegos pirotécnicos. Separados de lo real, no podemos crear una realidad, imaginar a partir de nuestras vidas y sus relaciones con lo real: la realidad misma se nos da masticada, convertida en fantasía, en una apariciencia, siempre unidimensional, que no admite preguntas sino una aceptación de los datos y órdenes que nos transmite. Y no existe acto imaginativo que no parta de una pregunta, de una inquisición sobre nuestro estar en el mundo.

Cabe aclarar que esto no es inherente a los mass media o la televisión, en particular, sino al uso que se les da, uso que es, mayoritariamente, no sólo enajenante sino castrante. Por ejemplo, el programa “El Show de los Libros”, de Televisión Nacional de Chile, excelentemente conducido por Antonio Skarmeta, era transmitido por TV Cable en el Ecuador pero al poco tiempo fue sacado de la programación, probablemente porque no tenía suficiente sintonía y “negocios son negocios”. Con este criterio son manejados los grandes media y se establece un círculo vicioso que liga a una gran masa estupidizada con unos medios masivos cuyo único interés son las ganancias. De esa manera, el uso que se les da tergiversa y limita cualquier otra posibilidad de los media que bien podrían establecer, en lugar del círculo vicioso que he mencionado, un círculo virtuoso, no con un sentido moralista sino como una forma de interrogación y creatividad.

En estas condiciones, el libro es manejado por los media –prensa escrita, radiodifusoras y televisión– según los intereses del mercado y las posibilidades del libro dentro de este. Así, los libros meramente informativos, los libros–objeto, los best sellers hechos en probeta, la paraliteratura, son los más difundidos. En un reciente artículo periodístico, Francisco Tobar García –narrador y dramaturgo, también poeta– señalaba: “Los libros no se venden en el Ecuador, salvo aquellos que no deberían venderse, llamados de difusión, cuyos títulos son algo así como *Cien maneras de hacerse rico* o *La vida es un merengue*, *Vivir es una noticia diaria*, *Cómo conocí a Dios*, *La computadora en su casa*, etc.

Esto nos obliga a pensar que el problema no está tanto en la difusión o promoción del libro como en el restablecimiento o reinstauración de la lectura, lo que se liga muy íntimamente con la urgencia de revitalizar la "conversación" que tanto preocupa a los mexicanos, Gabriel Zaid, por ejemplo, y ha hecho que las grandes librerías de México den particular importancia a la anexión de cafeterías donde se converse, se vuelva a las olvidadas tertulias, radio bamba funcione como el mejor modo de promocionar a un autor o un libro.

Ya dentro de este criterio funciona en el Ecuador "Libroteca Fundación", con personería jurídica desde 1991 y con sede en Quito, cuyo propósito, sin fines de lucro, es incentivar el hábito de la lectura, crear centros de lectura colectiva, facilitar proyectos de préstamos de libros y democratización de la lectura, impulsar la difusión del libro y, entre otras cuestiones, asesorar en la organización de bibliotecas familiares e institucionales. El fondo bibliográfico se constituyó con la donación de las bibliotecas privadas de cinco escritores: Iván Egüez, Raúl Pérez Torres, Francisco Proaño Arandi, Marco Antonio Rodríguez y Simón Zavala Guzmán. Sus acciones más importantes de apoyo a la lectura han sido hasta aquí: 1. "préstamo de libros a domicilio", cuyo local, instalaciones y catalogación del fondo ya están prestando servicio en su sede, situada en la Posada de las Artes Kingman (Almagro 1550 y Pradera, Quito); 2. Funcionamiento del "Cafelibro", lugar de reunión de escritores y lectores; 3. Publicación de la revista bibliográfica Libroteca, cuyos cinco mil ejemplares circulan gratuitamente en todo el país; 4. Regalo de seis títulos editados por Abrapalabra que, de esta manera, promociona simultáneamente la lectura y su producción; y 5. Publicación, como suplemento dominical del diario El Universo, de Guayaquil, con una tirada de 200.000 ejemplares, de la serie Multilibros, de autores ecuatorianos, de la cual se han publicado ya 18 números. Esta colección cuenta con el apoyo, en cada número, de un "plan de lectura" previamente difundido entre los profesores de nivel medio.

Los intentos que he mencionado hasta aquí, incluso de la Libroteca, cuya propuesta es menos lineal, son en el fondo, a pesar de sus innegables buenas intenciones y a su relativa eficacia, paliativos o correctivos de aquello que está mal desde sus orígenes: un sistema educativo que desatiende un

área fundamental: la lectura, por un lado, y la expresión escrita, por el otro. En efecto, ya no hay que “redactar” en escuelas y colegios, sino responder sí o no, correcto o incorrecto, hacer una equis en tal o cual respuesta. Así, nadie lee porque nadie escribe, nadie entiende porque nadie trata de expresarse.

En el libro *Taller de Escritura*, dos educadoras chilenas –Mabel Condemarín y Mariana Chadwick– señalan, dentro de un plan de desarrollo de la escritura destinado a estudiantes que ya dominan la escritura manuscrita, lo que “se logra generalmente en los cursos intermedios de la Enseñanza General Básica”, lo siguiente: “El proceso de escribir conduce a leer con propósitos significativos: se leen y releen los propios escritos para asegurar su claridad: para adquirir mayor información acerca del tema sobre el que se está escribiendo (...). Es decir, la escritura convierte al escritor en mejor lector”. Esto, que nos ubica inoslayablemente en la propuesta según la cual el lector forma parte del signo literario y destaca a la intervención imaginativa y transformadora de la lectura frente a la dimensión significativa del texto, nos coloca en el centro mismo del problema de la difusión del libro: trabajar con el lector desde su formación más remota y creativa, esto es, en la intercomunicación de su expresión escrita y la de los demás. Aquí cabe citar otro párrafo del libro de Condemarín y Chadwick: “La escritura constituye una importante variable de estudio asimilativo que permite retener, precisar, clarificar y perfeccionar el pensamiento propio con mayor facilidad: registrar las ideas y los planteamientos de los otros, y mantener desde un punto de vista afectivo y social, una comunicación altamente personalizada”.

En mi opinión, es aquí donde encontramos el punto de partida, la certeza de agarrar el tronco y no las ramas del problema, la seguridad de que el libro se revitalizará y autopromocionará desde el momento en que el lector, formado desde su más temprana edad en la expresión escrita, pueda establecer una comunicación altamente personalizada, esto es, imaginativa y creadora, fundada más en las interrogaciones que pueda plantearse que en el manejo unidimensional de la simple información que dan los datos y las órdenes. En *Tentando vías: semiótica, estudios culturales y teoría de la literatura*, un apretado manual del profesor chileno Manuel Jofré, coeditado por la Universidad Católica Blas Cañas de Santiago y la Universidad Andina

Simón Bolívar, subsede Quito, leemos lo siguiente, que calza exactamente con lo que estoy planteando:

“Esta escala del poder comunicativo parte de los datos, la unidad mínima de materia prima, y estos datos, una vez puestos en relación, se convierten en información, que ya es una materia más refinada. Pero la información no lo es todo, dado que su carácter cuantitativo se supera cuando la información es enmarcada en un conjunto significativo mayor, de índole cualitativa. Entonces hay realmente conocimiento”. En otras palabras, entonces hay realmente comunicación. O, aún más, entonces hay realmente lectura, incluso más, entonces existe realmente el libro, último reducto comunicativo en un mundo en el que las imágenes nos son dadas ya leídas, es decir, masticadas y digeridas, la conversación ha sido abolida y la saturación cuantitativa carece de índices capaces de un cambio cualitativo.

Esta consciencia de cuál es el meollo de la cuestión no invalida, desde luego, los esfuerzos colaterales de la promoción del libro. En el Ecuador existe un Plan nacional de lectura que plantea las siguientes acciones: 1. Priorizar la atención a los espacios sociales considerados estratégicos: la familia, guarderías y hogares de protección, tutores, etcétera a cuyo cargo se crían los niños; 2. Redefinición del papel de la escuela en el aprendizaje de la lectura mediante la capacitación del docente, adecuación del currículo, creación de rincones escolares de lectura e impulso de un sistema nacional de bibliotecas escolares abierto a la comunidad; 3. Formación de mediadores de lectura -padres, maestros, bibliotecarios, comunicadores, promotores culturales, etcétera- que sean apasionados por la lectura y puedan, a partir de eso, transmitir un amor igual por el libro; y 4. Realizar investigaciones diagnósticas confiables de la situación de la lectura en el país para, a partir de ellas, implementar las acciones que resulten necesarias.

Más allá de si estos propósitos son o no viables, si se los practica o no, no cabe duda de que son teóricamente válidos, que allí radica la verdadera promoción del libro. El resto depende de la voluntad política del Estado y de las necesidades de la propia sociedad civil. Insistimos: no hay libro sin lector o, en otras palabras, no hay libro sin lectura.

¿QUÉ HACER? Wolfango Montes

Hace algunos años, en una revista de divulgación científica, leí una noticia que me asustó: que con el avance de la técnica, los medios de comunicación han desarrollado estrategias cada día más eficientes. Antaño, cuando una persona leía un libro, hasta que ella entraba en calor y determinaba si la obra le atraía o no, podrían transcurrir entre veinte a treinta minutos de lectura. Con el advenimiento del cine, ese tiempo que se tiene para llamar la atención bajó a diez minutos, en diez minutos, o bien el público comienza a bostezar o bien se absorbe en la película. Con la aparición de la televisión ese período se estrechó más, hasta un minuto. Actualmente sólo se cuenta con un minuto para fascinar al televidente antes que cambie de canal. Para alguien como yo que había escogido comunicarme por escrito, saber eso fue desesperanzador, porque ví que enfrentaba a un futuro lector habituado a hacer una evaluación en un minuto. Eso me recordó mi época de estudiante, cuando comenzaron las discotecas, y en las cuales, debido al ambiente, a la media luz, a la rapidez de los contactos modernos, si uno iba decidido a encontrar pareja, y se aproximaba a una desconocida, ella en diez segundos te evaluaba y decidía si eras de su gusto o apenas otro cretino. Desesperante. Ese nuevo lector, pensé, era un personaje tallado al estilo de las chicas de discoteca, clasificarlo de esa manera me despertó angustias de adolescente. Claro que con un optimismo casi patológico decidí superar ese obstáculo, si pudiera me hacía mago y los hipnotizaba, pero la psicología moderna me proporcionó algo parecido: era la neurolingüística; la aprendí con avidez, y le encontré una aplicación, que pensé era nueva, como red para pescar lectores: plané colocar en forma escondida técnicas neurolingüísticas dentro de un libro, para mantener al lector fascinado a sus páginas. El resultado fue una novela policial que llevaba un nombre profético: "El bolero del perdedor". Nadie, ningún crítico, ningún lector notó el uso de técnicas tan avanzadas. Y dudo que alguien hubiera dejado de ver "El Chavo" para concentrarse en el libro. El autor tuvo que bailar su bolero solitario, pero esa experiencia le dio una convicción: al sistema no se lo vence usando las mismas técnicas que él creó. Al imitarlo, es posible que nos trivialicemos.

Resultaría imposible revitalizar la lectura en nuestro continente sin

la convicción de que leer es un proceso imprescindible para el hombre contemporáneo, que en los libros y sólo en ellos está encerrada la sabiduría de siglos, y que aquel que se aleja de ellos se convierte en algo muy semejante a un mutilado mental. Sin esta convicción nada se puede hacer. Sólo se triunfará en una guerra de estas si se realiza con el espíritu con que se ejecutan las grandes campañas de salud: cuando se vacuna contra la poliomelitis se tiene la certeza de la absoluta necesidad de esa medida. Por ese motivo, una campaña por la lectura debería tener espíritu profiláctico.

En este siglo en que el libro fue atacado progresivamente, primero por la radio, después por el cine, la televisión y últimamente por la informática, debemos sonreír con que estos medios de comunicación no hubieran vencido al libro. El continúa vencedor. Y tal como expresa Daniel Boorstins: las letras sobreviven “porque el libro es inmortal. Porque es el mayor avance tecnológico de la humanidad, ningún otro elemento de sabiduría y placer requiere tan poca energía externa. Nosotros los lectores le proporcionamos esa energía. El libro es versátil y nunca va a morir”.

A pesar de estas palabras optimistas, el problema existe, es detectado intuitivamente o a través de estadísticas. Escogí al azar una de ellas publicada en un periódico de Porto Alegre, estadística que imagino será semejante a cualquier otra publicada en Chile o México. “Disminución de sesenta por ciento de la venta de libros asusta a los dueños de librerías.” La noticia trae inserta una lista que nos informa sobre cuáles son los libros más vendidos en esta época. En primer lugar figuran los libros didácticos, en segundo lugar los de autoayuda y esoterismo. Entender esta preferencia no es difícil: los libros didácticos son aquellos que el comprador está obligado a adquirir, los indicados en las escuelas por los profesores; es decir, quien los compra no los ha elegido. Pero los libros que más buscan las personas en segunda opción, nos desvandan los ojos para lo siguiente: que al escoger obras de autoayuda y esotéricas, el lector está quizá motivado por causas tan profundas como las que movían a sus congéneres del siglo pasado, las personas acuden a los libros en busca de luz, en busca de conocimiento práctico para resolver sus problemas de vida, no importa que este conocimiento sea administrado en forma de consejos “voluntaristas” sin ninguna base psicológica profunda, o a través de la actualización de antiguas supersticiones, o de conductas de

magia; el hecho es que la necesidad humana de conocimiento, de buscar un lugar en el mundo, persiste. El mismo impulso de entender el entorno, que llevaba a los jóvenes que después hicieron la revolución francesa, a leer a Plutarco, o a Rousseau, es el que inclina a multitudes a leer a Paulo Coelho, o a Og Mandino, con la diferencia de que pareciera que este nuestro tiempo ha deteriorado el gusto, vivimos en épocas de bajo nivel, como diría Ortega y Gasset.

Estos hechos también demuestran que una campaña por la lectura no sólo debe inclinar a las personas hacia los libros sino llevar implícito de que existen grandes, medianos y pequeños libros, y que, el lector, en los grandes libros puede encontrar alimento puro y de primera calidad para su espíritu. Tenemos que rehabilitar el concepto de que para adquirir cultura hay que abrir y deleitarse con los antiguos textos del pasado. Y leerlos sin intermediarios, sin el profesor que oriente, sin el crítico que los fosilice, sino con el espíritu abierto, para que se pueda observar que las grandes cuestiones del presente ya fueron tratadas en el pasado. Hacer leer clásicos con la idea que son históricos y representan a la cultura antigua es transformarlos en enfadosos; pero si se tiene el criterio de que ellos dicen la verdad sobre muchas cuestiones; si el lector se convence que Cervantes o Séneca tuvieron problemas semejantes a él, y que su lectura podrá enriquecerle el mundo; entonces y sólo entonces estos autores podrán competir con superficiales recetas de mejoría del mundo que abundan en las librerías.

Nuestra labor es titánica, pero es urgente y es algo que debemos emprender. Lo que vuelve más complejo el asunto es la heterogeneidad de nuestras poblaciones. Nosotros no tenemos una base homogénea sobre la cual trabajar. Y este problema aún no fue resuelto. Cuando el siglo pasado clamaba por una inmigración masiva para América del Sur, no estaba expresando principios racistas sino una búsqueda de esa base homogénea.

Sin embargo, de todo ese universo, en esta charla apenas citaré al que ayer llamé el joven inculto, ese nuevo personaje que pulula en nuestras universidades, y que se transforma en el técnico o en el profesional inculto. Intentaré dar un perfil de él. Generalmente este joven fue criado en un hogar en que los padres no leían. Es perogrullada decir que los niños imitan a sus

padres, y si ellos los ven pegados a la televisión todo el día, el resultado será volverse "videomaníacos". Si vieran a sus mayores sentados en un sofá con un libro en la mano, no estaríamos hoy hablando de este problema, porque esa solución tan sencilla comenzaría a resolver el asunto. Parece que un requisito para la lectura de toda la vida es el contacto con los libros en la infancia. Estos jóvenes no gustan de la lectura; es más, perdieron hasta las pretensiones falsas de cultura de otras generaciones; al mismo tiempo que no encontramos en ellos amor al texto, tampoco se encuentra ese ejemplar pedante de otras décadas, el pseudo intelectual, el que finge amor a la cultura sin tenerlo. Ellos son sinceros, aunque incultos.

Otra característica es la de igualdad colectiva, el parecido tan grande entre uno y otro de esos individuos. Ya Ortega temía esa irrupción del hombre-masa, y él está aquí. Me pregunto: ¿La buena literatura nos ayuda a diferenciar los tipos humanos y al ofrecernos modelos nos permite encontrarnos como seres únicos y particulares? Como dice A. Bloom: "Por faltarles la conciencia que proporciona el genio literario, las personas quedan cada vez más parecidas por el hecho de no saber que pueden ser diferentes". Sé que es exagerado atribuir tamaña importancia a la falta de lectura, pero sé también que mediante esa exageración se puede comenzar la profilaxia.

Una creencia que ataca a esas mentes jóvenes es el vivir en un eterno presente. Nuestra contemporaneidad comenzó con la generación de papel en la década del sesenta, y culmina con los computadores Pentium y la televisión por cable. En nuestra era germina la tendencia nociva a creer que todo lo que existe, existe aquí y ahora, con la negación absoluta de las maravillas del pasado, y el desconocimiento que las mayores cuestiones fueron abordadas por los griegos hace más de 2.000 años, y fueron analizadas de forma eficiente. Sin libros y con una visión a corto plazo nos pueden faltar argumentos para analizar y criticar el presente, y perdemos la visión de alternativas para este callejón sin salida. La cultura superficial del presente proporciona una satisfacción con la vida actual, pero no un goce pleno sino una complacencia vacía. Además que esa ausencia de literatura hace que "se pierda el refinamiento del espíritu que permite ver las delicadas diferencias entre los hombres, entre sus actos y pensamientos, lo que constituye el verdadero buen gusto, que es imposible sin el auxilio de la literatura en gran estilo".

Este vacío es llenado por la retórica de la "autorrealización". Las grandes cuestiones pierden su importancia, y cada cual quiere sobrevivir lo mejor que puede en este mundo. Esa actitud nos vuelca para el tráfigo exterior, y hace con que olvidemos lo interior que sería nuestro mejor guía. Existe un desprecio a lo heroico, el llamado complejo de Jonás, en el que nos creemos los últimos seres del mundo. Se perdió la megalomanía sana de años atrás en que aparecían jóvenes que creían que podrían salvar la humanidad. Por eso, ese gran sicólogo norteamericano, Maslow solía preguntar a sus alumnos cuál de ellos pensaban que irían a ser grandes en su profesión, y como cada día aparecían menos, él intentaba insuflarles algo de esa megalomanía salvadora. Ortega paradójicamente decía lo mismo, cuando estimulaba a que no tengamos miedo de ser los segundos o los terceros, de que nos lancemos a la vida y la abracemos, aunque nunca llegemos a ser grandes hombres.

Actualmente a mi consultorio vienen jóvenes que se preparan a los exámenes de ingreso a la universidad, o se presentaron a ellos y fueron reprobados, y algo que a ellos asusta son las pruebas de redacción. La redacción, que implica la posesión de una conciencia que interpreta al mundo es lo más angustiador, porque para realizarla eficientemente hay que haber leído mucho, y además haber adquirido un criterio independiente en relación al entorno. Felizmente a esa juventud no les falta emoción, es una juventud más auténtica, menos hipócrita y más activa que la del pasado. De lo que carecen es de ese contacto vivificador con los libros. No se han vuelto fríos. Con el detalle de que el vehículo que expresa sus emociones muchas veces es la música, el rock, con sus variantes, la propia salsa, y otros ritmos nutren su espíritu. ¿Cómo mostrarles que están perdiendo mucho al alejarse de los libros?

Después de ver suscitadamente al joven inculto, podemos echar una ojeada a quien la sociedad atribuye el papel de mentor de la lectura: el maestro. Chivo expiatorio, calumniado, caricaturizado, ofendido, tornado mínimo. El profesor, en el mundo complejo que vivimos, es después de los padres, quien debe realizar este trabajo. Infelizmente le ha tocado vivir en una época en que se les coloca una responsabilidad muy grande al mismo tiempo que la sociedad actual, de corte neoliberal no valoriza su actividad, en un mundo utilitario el profesor de literatura tiene que enseñar lo ocioso, lo estático, los

valores que no son reconocidos por la cultura. La verdad es que pocos profesores aman realmente los libros, encuesta realizadas con profesores de escuelas y bibliotecas de Campinas y Recife muestran como el repertorio de lecturas de estas personas es desolador: ellos están leyendo best sellers tan antiguos como Salvador Gaviota, El Principito o clásicos escolares como La Esclava Isaura. Marisa Lajolo, estudiosa brasileña del asunto se acusa: "El desencuentro literatura-jóvenes que explota en las escuelas parece mero síntoma de un desencuentro mayor, que nosotros los profesores también vivimos. Los alumnos no leen, nosotros tampoco, los alumnos escriben mal, nosotros también. Sólo superando ese "impasse" en nuestras aulas se puede cumplir, de la mejor manera posible, el espacio de libertad y subversión que, en ciertas condiciones, se instaura por y en el texto literario.

No faltan tentativas gubernamentales de resolver el problema, algunas son incluso serias, pero al analizarlas con severidad vemos que aún no han conducido a la solución. Así el profesor, que no está familiarizado con un universo de libros que lo vuelva un lector habitual, recibe un guión que le dirigirá las actividades, un guión de manufactura ajena, lecturas programadas, reescritura de textos, resúmenes comentados, existe también la sugerencia de actividades, las lecturas lúdicas y creativas, en las que se le propone al alumno juegos de imaginación y posturas que debe tomar, juegos destinados a ser practicados por millares de alumnos en millares de escuelas, y que cuando son ejecutados en forma automática trivializan el acto de leer. Porque uno de los obstáculos de la difusión de conocimientos científicos es aquello que Ortega tan bien había visto: "Cuando las verdades, una vez sabidas, adquieren una costra utilitaria, ya no nos interesan como verdades, sino sólo como recetas útiles." Lo que no significa que esas estrategias no sean válidas, sino que existiendo el peligro de convertirlas en recetas, hay que precaverse de su mecanización, porque la transformación tiene que darse en el hombre integral, en el profesor, en el padre de familia, en todas las personas que pasan a creer en la vitalidad, en la necesidad vitamínica de lectura.

Agrada ver las iniciativas particulares. Hace poco me enteré que en Buenos Aires una psicoanalista, Beatriz Cosovschi, reúne en su casa durante dos horas, una vez por semana, un grupo de aproximadamente ocho personas deseosas de leer desde clásicos hasta autores contemporáneos, buscan la

lectura como placer compartido, la buena literatura. Se hace la introducción, se lee y después se analiza el texto. Es una buena salida para que las personas escapen del tedio de las grandes ciudades, y del hábito idiotizante de la televisión.

En Santa Cruz de la Sierra, el profesor Edgar Lora, con mucha creatividad, saliendo frecuentemente del guión propuesto por las autoridades escolares ha conseguido crear nuevos lectores. El propio, un lector infatigable, comprendió que los alumnos quieren extraer de los libros algo que les ayude en su día a día, personajes con los cuales puedan identificarse, filosofías válidas. De tal forma, pescando en ese gran caudal de libros que existe en el mundo moderno, él ha conseguido estimular gran número de personas.

De esos proyectos individuales pasemos al gigantesco proyecto Proler, Programa Nacional de Incentivo a la Cultura, de la Fundación Biblioteca Nacional del Brasil, cuyo objetivo es llevar hacia la lectura a 120 millones de brasileños que no tienen ese hábito. Brasil es un país tan complejo, en él que unido a una población tan extensa carente de lectura, se cuenta con una de las más pujantes industrias de literatura infantil. Los libros infantiles tienen tirajes mayores que los no infantiles, sus autores con los años se han profesionalizado, participan en congresos y encuentros sobre el género, son exigentes en relación a sus derechos de autoría, "forman una comunidad de escritores profesionalmente conscientes de su importancia, peso y función dentro de las instituciones culturales". Lo que más preocupa es el hiato existente entre la literatura infantil y la no infantil.

Nunca en la historia de la Humanidad el hombre tuvo mayor acceso a la cultura. En este momento, una persona común y corriente puede tener en su casa cualquier obra antigua y moderna en sus manos. Con el advenimiento de los sistemas intercomunicadores de informática se tiene acceso a mares de información y se puede comprar casi cualquier libro de cualquier lugar del mundo. Vivimos en un mundo en que existe un exceso de libros. En el Renacimiento, cuando se creó la imprenta y los libros se volvieron populares, apareció el bibliotecario como profesional que mediaba entre los textos y los seres humanos. ¿No necesitamos actualmente que aparezca un nuevo oficio? ¿La profesión de promotor de lectura? Las profesiones aparecen cuando son

una necesidad social y actualmente esa carencia existe. Pienso que la utopía de Ortega, de crear una Facultad de Cultura, es apenas idealismo; pero quizá la aparición de promotores individuales de ella no sea tan descabellada. Quizá ya existen algunos, la psicoanalista argentina que cité puede ser una de ellas, germen de una nueva profesión.

Felizmente, las iniciativas existen, las ideas sobran, lo importante es que intenten alcanzar a las personas en el centro de su ser, que la modificación sea cada día más profunda, y eso se consigue sobre todo si tales proyectos están acompañados por verdaderas modificaciones en los valores en las universidades y Escuelas Normales, que es de donde saldrán los técnicos y profesionales que entrarán en contacto con los millones de personas que necesitan de un libro.

EL LIBRO HACE PENSAR, RAZONAR Y CRITICAR

Rafael Ramírez Heredia

La reunión que hemos tenido desde hace dos días, ha sido para analizar la falta de lectura en nuestros países latinoamericanos. No ha habido muchas discusiones fuertes pues parece que todos estamos seguros de que hay un problema y que ese problema tenemos que sacarlo a la luz, recalcarlo, mencionarlo, señalarlo para que no esté bordándose en el aire. La primera parte de un problema, creo yo, es aceptarlo. Entonces, vamos a unir fuerzas entre nosotros, para que estos problemas salgan y se manejen. No conozco las estadísticas que en estos días se han publicado, y que parece que han causado un revuelo absoluto. Adonde voy me echan de inmediato por delante la estadística. Les voy a contestar con otra estadística mía. Voy a contarles que en mi país se lee por habitante medio libro por año. Estoy refiriéndome a libros de literatura: novela, teatro, ensayo y poesía. Aumenta esta cifra a 1,8 libro al año si se incorporan los libros de textos y los libros de la escuela. Pero de literatura, los que saben leer en México, leen medio libro al año. Hay una librería por cada un millón y medio de habitantes. En Francia, Alemania, Bélgica u Holanda, hay una librería por cada 3.500 habitantes. La Unesco dice que un país que está al borde del quebranto cultural debe leer 4 libros por habitante, y en México se lee apenas medio. El año 1980 había 700 librerías, y ya para el año 1993 quedaban sólo 400. La sola ciudad de Barcelona tiene 375. Esta estadística que intento señalar es en términos generales pero bien sirve para retratar la situación que viven los lectores.

Entre las causas de esos resultados tan horribles tendría que señalar los hábitos escolares, la mala planificación escolar, los hábitos familiares, porque en las casas mexicanas se hace cualquier cosa menos ejercitar la lectura. Los medios de comunicación han roto la posible imaginaria del lector, convirtiéndolo todo en una figura. Y otros elementos, que si bien se han señalado a lo largo de las mesas, a mí me parecen que no lo son, como el problema económico. Si decimos que hay problemas económicos para comprar libros también los hay para comprar televisores, y los televisores son más caros que los libros, pero todos tienen televisor. Y la falta de tiempo: diría que todos tenemos un espacio de tiempo para leer. Esas excusas yo no las acepto. En lo económico, diría que la República Mexicana tiene 5000

bibliotecas, de manera que él que no lee un libro es porque no quiere. Y según dice la Cámara Mexicana del Libro, de cada 3 libros que salen al comercio, 2 se regalan; de manera que también tendríamos que eliminar el problema económico.

Pese a ello, y pese a todo esto, en México existe una estructura cultural de gran calidad y de alta envergadura. Yo quisiera señalar que la mejor literatura del mundo es la que se escribe en latinoamérica, donde paradójicamente se venden menos libros. Los chilenos, los argentinos, los uruguayos, colombianos, mexicanos, paraguayos, son cada uno, y en conjunto, mejores escritores que cualquier país que se le oponga. Son mejores escritores que los franceses o los italianos o españoles, que todos. De manera que este conjunto de países que presenta el mayor número de escritores y de la mejor calidad, son paradójicamente los países que menos leen.

En México existen, por lo menos, 20 editoriales de primer orden. Hay alrededor de 500 periódicos. Se otorgan alrededor de 300 becas mensuales a escritores. Existen a lo largo del país más de 200 talleres literarios. Todos los días hay, aproximadamente, 600 actos culturales en todo el país. Existen 500 casa de la cultura en todo el país, en las que se dan clases de literatura, danza, pintura. Es decir, todo está dispuesto para ejercitarse en los actos culturales. Existe, dentro del cuerpo estatal, un Consejo Nacional de la Cultura, que se encarga de fomentar y estimular la cultura. Todos los gobiernos de los estados, que son 31 Estados y un Distrito Federal, tienen un Instituto de la Cultura que a su vez, tienen delegaciones culturales en cada sector o poblado del país. Existen por lo menos 30 o 40 ferias del libro, grandes, otras pequeñas o más reducidas, pero existen 30 o 40 cada año en el país. En cada universidad, ya sea pública o privada, existe una unidad especializada en el fomento de la cultura, es decir, una unidad cultural.

Tal aparato de cultura, no corresponde para nada con las cifras que antes señalaba ¿Por qué sucede esto? Creo que ha habido una intromisión terrible de los medios de comunicación, especialmente la televisión, donde hacen aparecer cada libro como un enemigo. Todo aquello que huele a libro es peligroso, porque el libro hace pensar, razonar y criticar, y todo aquél que critica, piensa y razona, no se desboca por el Chavo del Ocho ni por las

telenovelas ni por todas esas basuras que se plantean permanentemente. Esto hace que la falta de cultura de un país lo lleve a la imbecilidad y a la idiotización. Esto debemos tenerlo en consideración y no olvidarlo. A ver si los ciudadanos latinoamericanos empezamos a exigir, así como que no suba el pan ni la gasolina, un mayor y mejor fomento de la lectura.

LA LECTURA ES INSUSTITUIBLE

Hernán Lara Zavala

Quiero hacer una muy breve reflexión que complementa lo que ya mis compañeros han expuesto. Quiero partir diciendo que esta preocupación, que pueda parecer legítima respecto a los otros medios, como la televisión, el cine, el video o la computadora, es en cierto modo un hecho, y me gustaría recordar que el proceso y la experiencia de la lectura es insustituible. Es incomparable y única en el sentido que, pese a que haya estos otros atractivos, no hay ninguno de estos que pueda dar la experiencia de la lectura. Es decir, el proceso de la digestión, el proceso de la imaginación, selección de las palabras y el proceso de poder volver atrás y de ir estructurando, vamos a decir, un sentimiento, un gusto, una sensación, va a permitir que la lectura no desaparezca nunca.

El problema es cómo crear el hábito. Una vez que está creado el hábito, está salvada esa competencia, pues como lo comentaba Mempo Giardinelli, yo también soy un ávido espectador de cine. Me gusta el cine y muy pocas veces hago la comparación, si es que puede ser válida, entre por ejemplo, leer una novela, o ver una película. Porque a veces veo la película que sé que está basada en una novela y nunca hago la comparación, incluso en películas buenas, como "La mujer del teniente francés". Pero nunca la experiencia de una lectura de una novela me van a dar lo que en comparación me pueda dar la experiencia de ver una película. En este tenor quisiera comentar dos o tres cosas que creo importantes.

Uno. Algo que ya se ha comentado con mucha claridad. Tenemos que estar muy atentos para no doblar las manos. El fantasma del neoliberalismo en relación a que el único libro, o los únicos libros que valen son aquellos que se venden, que tienen tirajes altos y que puedan estar en la mesa de novedades. Y allí, en esa mesa de novedades está lo que nos va a formar el criterio. Diría que tenemos que tener mucho cuidado para que esta idea, de que el único libro que vale, es el libro que se vende, el libro respetable es aquél que pueda quedarse por muchas semanas en la mesa de novedades, me parece que es una gran falacia.

Otro tema que me preocupa y que quisiera comentar, es la homogenización de temas y gustos en el aspecto literario. De pronto, los gustos se hacen uniformes y de pronto, como sucedió con “El nombre de la rosa”, una novela es vendida en cantidades millonarias por todo el mundo, y se lee muy poco. Es decir, se compra pero no se lee. No me gustaría que nos dejáramos vencer por los falsos atractivos de la mercadotecnia. Me gusta muchísimo la idea de la editorial marginal. La editorial que tiene mucho respeto por los libros. Aunque sea en tirajes modestos, no debemos descartar que existe un tipo de venta que yo llamo la “venta por goteo”, que es la idea de un libro que está hecho para perdurar más allá de la lectura impresa o el papel, o sea, un libro que perdura por 50 ó 60 años, tiene la ventaja que vende por goteo, es decir, que vende 200 ó 500 ejemplares en un año, pero el próximo va a vender esos 500 ejemplares, y así seguramente hasta la eternidad.

Es importante conservar la tradición literaria. Rescatar algunos géneros que son muy importantes de cultivar, como por ejemplo, el cuento. El cuento, en razón de su brevedad, es un género que se podría prestar muy bien para fomentar el hábito de la lectura en jóvenes y niños. Como decía Edgard Allan Poe, se puede leer de una sentada con la idea que se tiene una unidad de impresión, y que se tiene un principio, un medio y un fin. El cuento parecería a mucha gente un género menor, pero creo que todos quienes estamos en esta mesa no sólo somos practicantes sino también lectores y admiradores del género cuentístico, y creo que, con un poco de esfuerzo, podríamos hacer del cuento, así como de la novela breve, una revaloración dentro de este mundo rápido y vertiginoso.

Me gustaría también pensar que tenemos que cambiar algunos de los métodos de acceso al libro, pero lamentablemente en la Ciudad de México la librería es un lugar que va de baja y que empieza a ser un lugar en vías de extinción. Antes, uno de mis grandes placeres era la visita a la librería, sin ir a buscar un libro específico. Se trataba de ir a cazar libros, o sea, buscar en los anaqueles, sacar un libro y hojearlo. Ese placer se ha perdido. Pero también pienso que uno no debe doblar las manos. Hay ciertos recursos, como pueden ser el club del libro, por ejemplo; o también que existan ciertos criterios editoriales que permiten, por ejemplo, la suscripción a libros, adelantando y permitiendo elegir buenas lecturas a la gente que todavía no tiene experiencia.

Pensaría en los jóvenes, aunque no exclusivamente los jóvenes, y combinando un poco el hecho que se puedan vender novelas breves, novelas bien escritas, escritas en un buen español. Debemos dar prioridad a la literatura latinoamericana o hispanoamericana, y tratar de crear el bloque de los escritores que escribimos en español y que podría ser también una especie de dique con respecto a esos best sellers de segunda o tercera categoría que han invadido los mercados. Todo esto como para replantear la manera de cómo podemos enfrentar algunos de los problemas de políticas de fomento para el libro.

Decía Cervantes que “él que mucho anda y mucho lee, mucho ve y mucho sabe”. Yo diría, no nos dejemos vencer por esa falacia, en cuanto a que el libro debe ser siempre vendido por millares. Al contrario. Ojalá que pudiésemos preservar el valor de la tradición literaria, el gusto por el objeto exquisito que puede ser el libro, y dar la lucha con una cierta modestia, pero con un gran orgullo, en tanto lectores y en tanto escritores.

**SEMINARIO
EL ESCRITOR Y EL FOMENTO DE LA LECTURA**

INDICE

-Discursos de inauguración

Inés Valenzuela Arancibia:	
<i>Larga vida al libro</i>	11
Hugo Montes Brunet:	
<i>La lectura como algo lúdico</i>	17
Marcia Scantlerbury Elizalde:	
<i>El libro, instrumento cultural privilegiado</i>	19
Antonio Torres Dulce:	
<i>Saludo del Centro Cultural de España</i>	21

-¿El libro en crisis? : iniciativas para la promoción del hábito de la lectura

Jaime Valdivieso:	
<i>Coloquio sobre incentivo a la lectura</i>	25
Clara Budnik:	
<i>De la biblioteca al niño</i>	27
Mempo Giardinelli:	
<i>El libro en crisis</i>	32
Wolfgang Montes:	
<i>De la crisis de la universidad a la crisis del libro</i>	41
Poli Délano:	
<i>Un antídoto contra la estupidez</i>	48

-La industria editorial: oferta y distribución de la literatura

Bernardo Subercaseaux:	
<i>La creatividad está fallando en el campo editorial</i>	53
Diego Muñoz Valenzuela:	
<i>Apojar a las editoriales pequeñas y sensitivas</i>	57
Fernando Jerez:	
<i>Expandir la imaginación del escritor</i>	61
Jaime Hales:	
<i>Escritores transformados en editores</i>	63
Cristian Cottet:	
<i>Dignificar el oficio de escribir</i>	67

-Crítica literaria : ¿incentivo a los lectores?

Miguel Donoso Pareja:	
<i>Libro, fermento y sustrato de civilización</i>	73
Carlos Iturra:	
<i>¿Crítica o publicidad?</i>	81
Kemy Oyarzún:	
<i>Democratizar las zonas públicas de la lectura</i>	84
Carlos Olivárez:	
<i>Un circuito literario es sano cuando el país es sano</i>	88
Rafael Ramírez Heredia:	
<i>Quienes leen libros lo hacen con crítica...</i>	92

-El escritor y la enseñanza de la literatura

Floridor Pérez:	
<i>Los escritores y la enseñanza de la literatura</i>	97
Naín Nómez:	
<i>El escritor y la enseñanza de la literatura</i>	100
Hernán Lara Zavala:	
<i>El escritor y el fomento de la lectura</i>	104
José Luis Rosasco:	
<i>La vinculación del libro con el juego</i>	109

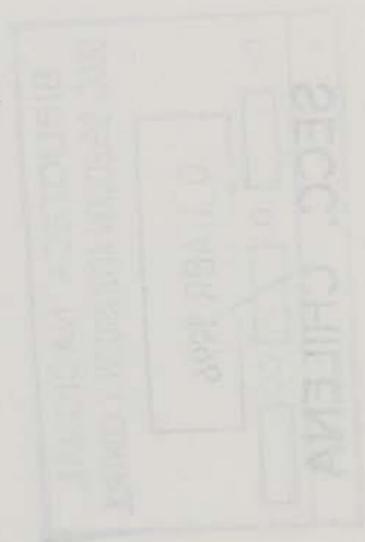
-¿Qué y cómo se lee en Chile?

Esteban Navarro:	
<i>El escritor en el mercado es un ser insignificante</i>	115
Jaime Hagel:	
<i>Recuperar al lector perdido</i>	117
Faride Zerán:	
<i>Desconocimiento de lo que se está escribiendo en el país</i>	120
Camilo Marks:	
<i>La crisis de la lectura se debe al precio de los libros</i>	123

-Políticas de fomento del libro y la lectura

Nivia Palma:	
<i>Fomento del libro y la lectura</i>	129
Mempo Giardinelli:	
<i>Hacer cultura es resistir</i>	136
Miguel Donoso Pareja:	
<i>Políticas de fomento del libro en latinoamérica</i>	144
Wolfgang Montes:	
<i>¿Qué hacer?</i>	152
Rafael Ramírez Heredia:	
<i>El libro hace pensar, razonar y criticar</i>	160
Hernán Lara Zavala:	
<i>La lectura es insustituible</i>	163
Indice	167

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES FEBRERO DE 1996
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE MOSQUITO
EDITORES.
LA TRANSCRIPCIÓN DE LAS PONENCIAS FUE
REALIZADA
POR MARÍA ESTER CÉSPEDES.
EL DISEÑO GRÁFICO CORRESPONDIÓ A
CÉSAR ZÚNIGA TREVIZÁN.
LA EDICIÓN ESTUVO A CARGO
DE RAMÓN DÍAZ ETEROVIC.
LA PUBLICACIÓN SE REALIZÓ CON EL APOYO
DEL
CONSEJO NACIONAL DEL LIBRO Y LA
LECTURA.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECC. SELECCION ADQUISICION Y CONTROL

01 ABR 1996

Ca.

D.

CO.

SECC. CHILENA

La pérdida del hábito de lectura y el desplazamiento del libro del interés cultural de los chilenos son realidades que impulsaron a la Sociedad de Escritores de Chile a organizar el Seminario “El Escritor y el Fomento del Libro”, con la finalidad de analizar, desde la perspectiva de los autores, el estado actual de la lectura en Chile y proponer algunas iniciativas que profundicen el impacto del libro en los lectores. El Seminario se realizó con el apoyo del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, desde el 28 al 30 de septiembre de 1995.

Mediante esta publicación, la Sociedad de Escritores de Chile quiere proyectar los contenidos del seminario, por cuanto ellos se entienden como un aporte para superar la crisis en el hábito de la lectura que hoy experimenta nuestro país, después de largos años de oscurantismo que obligan a extremar los esfuerzos por reconstruir el tejido cultural que nos caracterizaba como país, y tenía en la mayoría de sus habitantes, receptores activos y entusiastas.